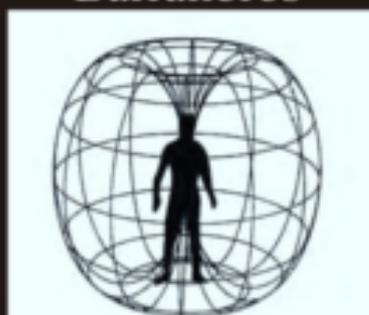


**24 horas frente
al cadáver vacío**
II edición
Gustavo Oliveros



Barralibros



Editores

24 horas frente al cadáver vacío

24 horas frente al cadáver vacío

Gustavo Oliveros

Baralibros.editores

BLE



*A todos los trasplantados a la espera de un país
mejor y con conciencia ciudadana sobre el valor de la vida.*

A mi hija Jenny y a mi mujer Jackie.

A mis preciosas nietas...

9.40 am. Martes

13 de noviembre del 2017

La escena del crimen era totalmente dantesca para los detectives que se acercaron al departamento rotulado con el número 120 de las residencias Altamira, al este de la ciudad. El horror del infierno estaba impregnado en cada rincón del amplio salón, y se extendía a las distintas dependencias o divisiones internas de la cual disponía la estructura. La sangre era el hilo conductor del trágico escenario y el inspector Guillén, acostumbrado a esta faena, no daba crédito a lo que veía a su alrededor. Pensando en alta voz pronunció la palabra “dantesco”, de allí que el resto de sus subordinados la asumieran como si con aquella sentencia, Guillén hubiese dicho: “válgame Dios, qué horror es este”. Más de treinta años en la profesión y, siempre destacado en la sección de homicidios, lo habían curtido en escenas llenas de espanto. Creyó haberlo visto todo durante su etapa profesional, pero esto... Esto superaba con creces todas aquellas pesadillas que lo perturbaron apenas se inició en el Cuerpo de Investigaciones de la Policía Judicial. Durante sus años mozos hubo de compartir los estudios de Derecho con el trabajo policial. Ser policía no era su aspiración, era solamente un paréntesis en su vida que le permitía pagarse aquella universidad privada, en donde sus profesores, a menudo, le solicitaban apoyo para estudiar el expediente de sus defendidos, cuando éstos requerían de sus servicios. Ya le tocaría a él hacer lo mismo más adelante, cuando ostentara el título de abogado, y mandara a la porra todas esas guardias nocturnas que los jefes les imponían a los novatos.

Gracias a Guillén muchos de los delincuentes capturados por la comisión de delitos menores no llegaban a los tribunales y, aunque ese intercambio de información entre él y sus profesores lucía como corrupción policial, en realidad era de gran utilidad para darle, a aquellos pobres diablos, una segunda oportunidad en sus vidas. Pocos de ellos habían reincidido y eso lo llenaba de satisfacción. En cambio, para sus profesores, esa generosidad del policía era una fuente de riqueza a la vuelta de la esquina, pues evitar que aquellos “inadaptados” llegaran a un tribunal para ser juzgados, costaba más caro que el mismo proceso contencioso. Esto para Guillén, en su inocencia precaria, no era más que una especie de intercambio: “soporte policial por nota superada”. Pero aún con esta ventaja académica, no dejaba de estudiar de manera obsesiva para convertirse en todo un abogado litigante, en Derecho Penal.

Su desempeño como funcionario activo, no había pasado en vano, y el estómago, delicado en sus inicios, se fue acostumbrando poco a poco a soportar situaciones para las que el común de los mortales no estaba preparado. Así, las arcadas originadas más por el olfato que por lo observado en cada escena del crimen a las que era llamado, habían ido desapareciendo con el paso de los calendarios almacenados en su oficina y, apenas, un recuerdo vago quedaban de ellas.

A sus sesenta y tres años de edad Guillén se negaba a jubilarse a pesar de que su mujer y sus hijos, un dúo ya bastantes mayores, trataban de convencerle sobre lo que ellos denominaban “el descanso del guerrero”. Además con toda su experiencia en materia policial, fácilmente podía optar a un cargo con mucho mayor prestigio que el de su actual ocupación, en algunas de las tantas em-

presas privadas para las cuales, en ciertos momentos de su carrera, le había sido de utilidad, bien como asesor de seguridad, o, bien como experto en estafas. Asesorías nada remuneradas pues según su criterio: hacer amigos era más importante que cobrar por algún servicio en particular. De esta manera mantenía esa ética policial intachable, por la cual se sentía orgulloso. Según él, ya lo había visto todo en esta sección de crímenes interminables. El comentario lo hizo a la violeta a uno de sus colegas mientras la radio del automóvil iba describiendo la llegada de distintas unidades al lugar del suceso. La mayoría de los efectivos que estaban a su cargo sentían una admiración profunda por su jefe, y todos deseaban ser como él en un futuro lejano, desempeñando una carrera nada envidiable, mal pagada y odiada por los policías uniformados. Llegando con la humildad que lo caracterizaba, nada de sirenas alborotando la ciudad para sortear el tráfico, pues a su edad se tomaba las cosas con la paciencia de un detective chino, alcanzaron la residencia en donde lo esperaban varias patrullas de los Metropolitanos, y una unidad de socorristas que, muy bien, podían desempeñarse como apoyo en caso de que fuese necesario. Descendió del automóvil y caminó los metros que lo separaban del grupo de uniformados que continuaban a la espera de las órdenes a seguir. Ellos, compartiendo opiniones, degustaban los aperitivos donados por los vecinos quienes los elogiaba, sumamente agradecidos, por la rapidez con la cual se apersonaron a la edificación ante el llamado de auxilio. Una vez frente a ellos, Guillén observó las agujas de su reloj de pulsera. Tomó nota de la hora, y preguntó:

—¿Quiénes fueron los primeros en acoger el llamado? —buscó

averiguar, mientras blandía en su mano derecha el pequeño megáfono portátil que, a menudo, utilizaba en estas ocasiones.

De inmediato uno de los dos uniformados se dirigió a él para informarle de lo sucedido. En medio de las palabras no dejaba de masticar uno de los sándwiches que los vecinos le habían hecho llegar a sus manos.

–Fuimos nosotros inspector –era el más joven de los oficiales quien tomaba la palabra mientras el de mayor edad, aprobaba con movimientos de cabeza afirmativos todo lo que su compañero narraba con lujo de detalles– pero al subir al departamento y llamar a la puerta nadie respondió y, en vista de un fuerte tufillo bastante sospechoso, regresamos a la patrulla para comunicar la novedad a la Central. Desde esta distancia usted mismo podrá notar que cuando cesa el viento, el olor a podrido se siente con fiereza. Por eso, para tomar el desayuno, nos retiramos unos cuantos metros de la edificación...Y le digo sinceramente, yo no sé cómo han hecho esos vecinos para continuar en sus departamentos bajo esa putrefacción.

–Para mí –interrumpió el segundo oficial al más joven– se trata de un muertico que lleva varios días allá arriba...Y espero que no cuenten conmigo para acompañarlos a la escena, Inspector, porque, de verdad, yo no tengo estómago para eso casos.

–Bien hecho muchachos, ya hicieron su trabajo, ahora nos toca el nuestro –respondió Guillén dándole unas palmadas en el hombro al joven oficial, en reconocimiento a su hazaña– veremos, pues veremos –agregó y, de inmediato, se dirigió con toda la corte que

lo secundaba a la entrada de la residencia. Antes de traspasar el largo pasillo, que lo conduciría al portón principal una vez superada la garita de vigilancia, el detective observó que toda la edificación se encontraba fortificada por un muro de piedra caliza, de unos tres metros de altura, sobre el cual se extendía una alambrada eléctrica capaz de achicharrar a quien intentara atravesarla. En definitiva, aquello era una barrera de protección contra las bandas organizadas de delincuentes que, de un tiempo a esta parte, hacían de las suyas en vista de la impunidad reinante. Además el edificio disponía de un circuito cerrado de cámaras muy bien instaladas en todas las zonas comunes utilizadas por propietarios y visitantes. Un agregado a este mecanismo de seguridad era la garita que permanecía custodiada por vigilantes privados, en donde todo el que no fuera propietario o inquilino, debía registrarse con su respectivo documento de identidad. Guillén tomó nota de la compañía que se encargaba de suministrar el respectivo personal mientras, su “otro yo”, elucubraba acerca de la mentalidad del criminal venezolano. Una modalidad de delinquir que había evolucionado producto de la parálisis oficial. *“Los maleantes, se dijo, hoy en día, actúan en todo el territorio capitalino, con la protección de las mismas autoridades gubernamentales”*. Para cometer sus delitos, habían creado corredores seguros a través de los cuales podían huir sin mayores inconvenientes. Esa estrategia criminal terminó rompiendo los muros territoriales en toda la ciudad. Apenas unos años atrás, cuando él podía dirigir con eficacia la sección de homicidios de la policía científica, los hampones se limitaban al espacio geográfico que los rodeaba. Ahora gozaban de muchas más facilidades para trasladarse de un lado a otro de los municipios sin ser detectados”.

La delincuencia se había desplegado por todo el territorio nacional y, ahora, era más arrojadiza y agresiva que en años anteriores. Los “Barones de la droga”, junto a los corruptos que manejaban los hilos del poder, habían invertido parte de sus ganancias en modernos equipos, muy sofisticados, para llevar a cabo sus actividades ilícitas. Predominaban así, por toda la ciudad, los carros y camionetas blindadas, las motos de alta cilindrada y las armas de guerra que se adquirían en el mercado negro a precios irrisorios. Igualmente esta mafia poseía suficiente capital para comprar informantes que ocupaban altos cargos en la administración pública, quienes, desde sus puestos, suministraban datos de ciudadanos secuestrables y de aquellas instituciones factibles de ser violentadas.

Bajo esta premisa y, con una organización legal que los respaldaba, y un armamento especializado (el cual en muchos casos era mejor que el de las autoridades policiales), el hampa se fortalecía y adquiría un potencial nunca antes empleado para realizar sus operaciones en toda la metrópolis, bajo la más absoluta, y descarada impunidad. *“Había que comprender que las bandas criminales se habían estructurado de acuerdo al tipo de delito que cometían en los municipios donde actuaban. Por lo tanto, conocían a la perfección cuáles eran las zonas en las que era más fácil cometer ciertos delitos de manera infraganti y explotaban ese conocimiento”*. Su “otro yo” no le daba paz mientras se dirigía a la puerta principal de la residencia. Entonces recordó los cinturones más peligrosos de la ciudad. Por el sur: El Cementerio, El Valle, la Cota 905, El Paraíso, Montalbán, La Vega La Yaguara, Antímano, Caricuao. Hacia el este: Gramoven, La Planicie, El Jun-

quito, avenida Atlántico, Los Eucaliptos, Ruiz Pineda, La Rinconada. En el centro: El Guarataro, San Martín, San Agustín. Al este: Petare norte y sur, Macaracuay, El Marqués, Boleíta, La Urbina, Hoyo de la Puerta. Estas últimas las más cercanas y objetivos principales de los criminales por la percepción de que en ellas habitan personas de cierto poder económico.

9.40 am

Al subir los doce pisos hacia su destino los envolvió la peste que se colaba por la rendija inferior del portón: una “Multi Lock” de esas especializadas contra robos sellaba la entrada. “Seguro que sí –pensó el “otro yo” de Guillén– igual abren un boquete en la pared”. El hecho de ser un penthouse con un pasillo al aire libre, mitigaba un poco la hediondez que se impregnaba de manera inmisericorde en la tela de poliéster con las que se elaboraban los uniformes de los funcionarios policiales. Algo parecido ocurría en las paredes de los pisos inferiores donde la fetidez era mucho más intensa, casi de manera bestial y manaba por los bajantes de la basura sutilmente disimulados en las cocinas lujosas del centro residencial. De allí que el llamado al 911 se hizo luego de una reunión de condominio, varios días después cuando el olor se intensificó, puesto que uno de los vecinos hartos de la podredumbre llamó la atención al resto de los propietarios, buscando al culpable de haber lanzado por el conducto desechos orgánicos en estado de descomposición. La sospecha se diluyó cuando todos coincidieron con el reclamo sin haber depositado algún tipo de inmundicias que pudiesen causar esta anomalía. Fue entonces cuando decidieron ex-

plorar entre los pisos en busca de algún animal muerto hasta alcanzar el ático en donde el aire contaminado al extremo los obligó a retirarse optando por esperar a los organismos competentes en la planta baja, mientras una zamurada revoloteaba sobre el edificio y otra giraba en círculo perfecto al compás del viento en vuelo sincronizado.

Los primeros patrulleros llegados al lugar cumpliendo con el procedimiento policial debieron esperar a la brigada especializada. Cosa que hicieron junto al grupo de vecinos allí instalados, a los cuales les iban tomando las declaraciones que seguramente conformarían el respectivo expediente. Entre cruces de opiniones aprovechaban la oportunidad para compartir tazas de café con uno que otro aperitivo obsequiado por los inquilinos, pues por los aires que soplaban la jornada tendía a prolongarse. Con la aparición de Guillén en la escena, el grupo se dirigió al piso superior. Una vez violentada la cerradura en vista de que nadie respondía al llamado de la autoridad y abierto el portón, surgió del interior una pestilencia que los hizo a todos retroceder como si el mismo infierno a fuerza de azufre los estuviese esperando para incinerarlos en su fuego eterno. Los más bisoños al ser golpeados por aquella fetidez huyeron despavoridos escaleras abajo dejando un río asqueroso del último refrigerio ingerido esa mañana. Los menos veteranos optaron por sus mascarillas y a los pocos momentos desalojaron el escenario sin pedir el permiso respectivo y, los más experimentados, no soportaron los minutos que duró Guillén contemplando lo que jamás había visto en todos sus años de experto en homicidios. “El infierno de Dante existe”, se dijo a sí mismo y por primera vez en toda su carrera vomitaba contaminando así la escena del crimen.

En su juventud se había leído a Dante debido a un acto lleno de pretensión que buscaba conquistar a una estudiante de Letras que a diario llamaba su atención en horarios poco transitados en el pasillo de la Escuela de Derecho. La observaba concentrada en diversas lecturas: una novela abierta frente a unos lentes al aire, sin montura, y otras a su lado en donde agudizando su curiosidad Guillén pudo leer algunos títulos: “Rayuela”; “País portátil”; “Confieso que he vivido”. Una tarde sin pensarlo mucho, fue impulsado por su “otro yo” y ante ella, quiso demostrar una cultura literaria, que aún con ciertas fallas poseía, aprovechándose del boom latinoamericano de los años setenta. Luego de derrochar su verborrea sobre varios autores latinos que comparó con otros europeos e incluso haciendo mención de varios clásicos, la chica le preguntó si se había leído “la Divina Comedia”. Más de cien cantos que no eran de Sirenas y de los cuales él no tenía ni idea en toda su puta experiencia literaria. Al notar su turbación ante una pregunta de la cual no vio señas de respuesta, la chica agregó en forma despectiva: “Quien no se ha leído la Divina Comedia, no ha leído nada”. Se levantó del asiento sin un gesto de despedida, circunspecta ella y se alejó por el pasillo contiguo a la biblioteca, él permaneció clavado en la butaca observándola en su andar, posiblemente ella sintió su mirada penetrante y sin girar el rostro hizo un gesto de despedida con su mano dejándolo impávido por varios minutos. Luego pensó que eso le sucedía por meterse en camisa de once varas y se dijo así mismo zapatero a tus zapatos, mientras su “otro yo” parafraseaba a Sherlock Holmes. “Elemental mi querido Watson”.

Lo “dantesco” de la escena no le rendía honor a la Divina Comedia, más bien la superaba en horror. Purgatorio y Paraíso brillaban por su ausencia, en tanto que el mismo Infierno se quedaba corto. El salón no podía rivalizar con aquella obra que según los eruditos había sido escrita en poco menos de veinte años por aquel italiano insigne. Guillén, en la soledad del guerrero, fue grabando en su mente cada circunstancia, un evento tras otro, una que otra coincidencia entre ellos mientras detallaba pormenorizadamente cada dato, cada pista que le luciera significativa. El resto de sus colegas habían desertado ante la putrefacción que si bien era insoportable, no se comparaba en nada con aquel espectáculo aterrador. Un acontecimiento que seguramente no olvidarían el resto de sus vidas.

A la vez que tomaba notas en una pequeña libreta, el Inspector grababa lo que le venía a la mente en su iPod de última generación, obsequio de cumpleaños de su hijo mayor. Se preguntó: ¿Cuánta sangre puede contener un cuerpo? La respuesta la obtuvo en Google. Una página dedicada a la medicina expresaba que un cuerpo humano según tamaño y peso puede contener entre 4.5 y 5.7 litros de sangre. Un donante puede perder la décima parte, es decir 4,73 mililitros sin que esto le afecte la salud, pero si llegara a perder una quinta parte entraría en shock, el oxígeno no llegaría al cerebro y el daño sería prácticamente irreversible. La información no era compatible con lo que sus ojos captaban a su alrededor. El departamento debía tener unos 80 metros cuadrados y con cinco litros de sangre, aún diluida en agua no podía alcanzar para pintar las paredes de esa manera. Además se notaba lo pastoso de los coágulos ya secos por el tiempo, en donde las moscas habían muerto

prisioneras al no poder separar sus patas del pegamento, dejando sus huevecillos para que de ellos surgieran millones de gusanos para quienes el cadáver era un manjar de Dioses y las alfombras un hotel de lujo en las Bahamas. Guillén no había reparado en eso y en su andar posiblemente había aniquilado a millones de aquellas larvas blanquecinas que habían engordado y crecido de tamaño como nunca él antes las había visto en otros despojos humanos.

Mientras al interior del departamento el inspector realizaba aquella titánica labor, en las afueras sus colegas se preguntaban cómo “el viejo” podía aguantar aquella situación sin inmutarse. Era evidente que no lograron verlo cuando se fue en vomito apenas sus compañeros abandonaron el recinto. Aguantó como todo un veterano aquellas nauseas que lo tomaron desprevenido para no manchar su fama, ganada religiosamente durante todos esos años de servicio. Acostumbrado a estos menesteres y con una popularidad a toda prueba, no podía darse el lujo de mostrar debilidad ante sus subalternos. Así entre la admiración y la burla, alejados de aquella escena nauseabunda, sus muchachos hacían diversos comentarios y recordaban sus actuaciones en aquellos casos que muchos de ellos compartieron con el audaz funcionario. Las historias, los cuentos, las anécdotas iban y venían. Cada uno de ellos narraba algún hecho extraordinario que les tocó lidiar junto al veterano policía, en eso estaban cuando apareció la furgoneta de la morgue con el forense de turno. El vehículo se detuvo a unos metros del hatajo de patrullas que custodiaban los alrededores y Andrés Lozano descendió de mismo como si levitara en medio de la maraña de uniformes que se desplazaban de un lado al otro de la calle, cumpliendo con las normas de rigor, o mejor dicho, con la rutina

típica que ameritaban casos como el acaecido. Era contemporáneo con Guillén y se jactaba de una amistad que ambos habían cultivado desde su ingreso al Cuerpo Policial, cuando apenas superaban la mayoría de edad. Para aquel tiempo tenían la convicción de que dichos empleos iban a ser provisorios mientras culminaban sus estudios universitarios, uno en la Facultad de Derecho y el otro en la de Medicina. Si bien Guillén estaba obsesionado por ser penalista, Lozano lo superaba en la búsqueda de la vida después de la muerte.

Siempre circunspecto, enjutado en su braga azul añil, el forense se dirigió a pasos agigantados a la entrada de la residencia y antes de solicitar la apertura del portón, fue abordado por dos de los principales colaboradores del Inspector, quienes le notificaron que el mismo se encontraba aún dentro de la escena del crimen, a pesar de que la situación era realmente inaguantable. Todos se preguntaban cómo era posible que resistiese aquellos vapores por tanto tiempo en vez de dejar ese aspecto de la investigación en manos de los expertos.

—Bueno, eso no me asombra, ya ustedes saben cómo es de terco ese abuelo —fue la respuesta de Lozano antes de lanzarse al encuentro con Guillén.

Lo de abuelo era una manera de tratarse... Por años, desde que empezaron a surgir las canas en sus cabelleras y acudir uno al otro cuando se les olvidaba una palabra, se la pasaban compitiendo por ver quien sucumbía primero ante los avatares del tiempo. En cuanto a los términos que a menudo se les hacía difícil recordar, una vez llegados a sus mentes servían como puntaje para burlarse

uno del otro, como si ese acto reflejo representara el haber obtenido el primer lugar en una competencia deportiva. Lo segundo era más complicado, y el sucumbir significaba irse a casa jubilados para apoltronarse en un sofá hasta que los consumieran los recuerdos, y solo dejaran para las nuevas generaciones una efímera herencia de sus glorias pasadas.

Entró solitario al elevador y pulso el último piso. Sus colaboradores del departamento de Medicina Legal estarían a la espera de su llamado puesto que cómo lo sostenían las normas, el jefe debía inspeccionar antes que nadie la escena del crimen para evitar una contaminación de la misma. Luego, el conglomerado iniciaría la recolección de pruebas. El que Guillén anduviera husmeando en ella, no le ameritaba ningún tipo de aversión, todo lo contrario, siempre resultó de una ayuda invaluable, incluso en aquellos casos que por su condición y características lucían con pocas posibilidades de ser resueltos. De allí el respeto que se había ganado en las disputas forenses, siempre de entrometido, apareciendo en los momentos precisos sin ser convidado. Para muchos en la sección de homicidios era como una piña debajo de la axila, una especie de sabañón incurable, terco como nadie más, obsesivo compulsivo hasta rallar en la paranoia, irreverente y poco aplicado a cumplir las órdenes emanadas de sus superiores. En la sede policial, nadie entendía cómo había durado tanto comportándose de esa manera, aunque todos conocieron de dos históricos despidos que luego fueron reconsiderados, uno con sólidos argumentos ante el Ministerio del Trabajo que ordenó su reincorporación al Cuerpo y el otro por destitución de sus anteriores directivos. El caso es que a pesar de las trabas que le imponían y los obstáculos que por

años se vio obligado a sortear, Guillén siempre terminaba saliendo con las suyas.

El elevador se detuvo en seco como si hubiese chocado con una esponja gigante o como si estuviese dañado el sistema hidráulico. Lozano se percató de que a medida que la cabina ascendía el hedor se iba incrementado de forma alarmante para sus pulmones y optó por colocarse la mascarilla, la cual roció con una especie de líquido antibacteriano que el mismo preparaba en su laboratorio.

Las dos hojas del elevador abrieron con dificultad, quizás habían subido en él varios funcionarios sin percatarse de la cantidad de peso neto que debía cargar en su interior, no le dio importancia al hecho y se apresuró a penetrar al oscuro salón en donde Guillén lo esperaba grabando en su celular todas las ocurrencias que le llegaban a la mente. Se saludaron y el forense conociendo su terquedad le colocó el mismo la otra mascarilla que llevaba en una de sus manos, luego de rociarla con el mismo líquido con el que había irrigado la suya.

Dos horas antes de la llamada al 911

7.30 am

Sentado en el pequeño mesón de la cocina, Guillén revisa los periódicos en su laptop. Se había resignado a ello de a poco, pero añoraba el papel y esa costumbre de transitar por sus páginas deleitándose en algunos casos y preocupándose al llegar a la sección de sucesos. Cuando una noticia le llamaba la atención se apresu-

raba a tomar las tijeras y la recortaba para colocarla en un álbum personal que le había acompañado desde que comenzó a curtirse en la sección de homicidios. En tres años, el papel periódico había desaparecido en base a una estrategia del gobierno que no aceptaba ningún tipo de disidencia y muchos menos, unos medios que cuestionaran una política que parecía conducir al país por un desfiladero cada vez más estrecho, en medio de una inflación que lo devoraba todo. Hizo clic en un titular: “Tiroteo en el Metro culminó con un muerto y tres heridos”. La nota la firmaba Marcos Marín: “El hombre había retornado a su rebaño” pensó y asomó una sonrisa.

–Daniela, adivina quién está de nuevo vibrando en la prensa – las palabras iban acompañadas con un giro de la computadora hacia su mujer quien lo acompañaba con un zumo de frutas y un yogur.

–Mira pues quién lo iba a pensar –acotó ella– el hombre que deseaba ser un escritor consagrado y quien juró jamás volver a esas andadas. ¿Qué edad tendrá?

–Pues probablemente un par de años menos que yo, creo –respondió Guillén con un gesto de satisfacción. Daniela, su mujer, le había colocado una taza de café cerrero como a él le gustaba y el cual disfrutaba sorbo a sorbo siempre y cuando estuviese bien caliente.

Eran sus mañanas de compartimento, una rutina que los había unido por muchos años desde antes de que ella optara por jubilarse. Casi cuarenta abriles juntos y con dos hijos varones que gra-

cias a Dios habían sido cautivados por otras carreras que nada tenían que ver con la de sus padres. Rogelio, el mayor, terminó como Ingeniero en informática y Alonso, el segundo, optó por la Facultad de Ciencias, licenciándose en Biología para luego anotarse un doctorado en Genética.

Al Inspector, ese regreso de Marín a los medios y de nuevo en la fuente de sucesos le agradaba. Lo había perdido de vista durante una larga temporada en que el periodista se había dedicado a escribir novelas de ficción. Él, por supuesto, las había leído todas al igual que Daniela. No así los chicos a quienes la literatura nunca les llamó la atención, sin embargo se conformaban con la narración que su padre les hacía cuando una vez a la semana se acercaban para pasar una tarde de cena familiar. De esos encuentros solo quedaban recuerdos de unos tiempos mejores que el presente. Habían crecido y cada uno escogió su propio rumbo. A Rogelio prácticamente lo secuestro una compañía de software que se lo llevó a trabajar a Méjico en donde se dedicaba a elaborar aplicaciones de usos múltiples, y aunque siempre prometía a sus padres un pronto regreso a través de sus constantes llamadas telefónicas, el ofrecimiento cada vez se hacía menos convincente. Alonso en cambio, se refugió en el Instituto de Estudios Científicos, en donde aislado de las tribulaciones y conflictos políticos que dentro de la institución se dirimían, continuaba su investigación acerca de la clonación con miras a alargar la vida de las especies y aunque no mencionaba la frase de Lozano: “vida después de la muerte”, según su padre, la coincidencia era de milímetros, si tuviese que hacer un cálculo entre ambos eruditos; el ya vejete Andrés Lozano: un ser temático, obcecado, ateo, iconoclasta, prejuicioso y sexual-

mente impotente, y el joven Guillén lleno de vida, estudioso, minucioso, agudo y superdotado como ningún otro científico de su edad. Qué más podía esperar de un par de hijos privilegiados en un mundo lleno de maldad.

Terminando el desayuno, y a punto de prepararse otra taza de café, repicó el celular con el ulular de sirena, odiado por su mujer, puesto que le causaba sobresalto y la trasladaba a su pasado policial. La molestia o el susto de su mujer era para Guillén motivo de risa, de allí que nunca cambió el tono a pesar de que siempre ella se lo exigía, algunas veces en broma y otras con una seriedad que le hacía pensar al detective que el reclamo no era juego ni tampoco una súplica, sino una orden militar que en cualquier momento podría traerle serias consecuencias, por ello le aseguró esa mañana que apenas respondiera la llamada, buscaría la forma de reemplazarlo.

El timbrado provenía de uno de sus subalternos quien al escuchar la voz de su director de inmediato se apresuró a referirle la novedad.

—Jefe al parecer hay un muerto en una residencia de la zona este. Ya una patrulla de uniformados se encuentra en el lugar pero dicen que al subir al apartamento, olía a cadáver en descomposición.

—Ok, avísales a Javier y a Méndez y pasen por mí en media hora. Los espero en la planta baja. —Cortó y volvió a prometerle a su mujer que eliminaría aquel tono alarmante y acto seguido se apresuró a darse una ducha.

9.50 am

La mascarilla le alivió un poco la sensación de repugnancia que le invadía el organismo. El forense se burló de su compañero con su típico sarcasmo que lo caracterizaba cuando se encontraba en situaciones parecidas.

—Un día de estos vas a agarrar una bacteria que te va a comer hasta los güevos —le criticó su irresponsabilidad que rayaba en la osadía— no se puede ser tan ignorante en pleno siglo XXI.

—Déjate de consejos y anda a lo tuyo, vejete —le respondió Guillén con su insolencia a sabiendas que el médico tenía toda la razón en su reclamo.

—¿Habías visto algo como esto en toda tu carrera? —no fue una pregunta, sino más bien una inquietud del Inspector esperando algún dictamen de su colega que le despejara en algo, el embotamiento en el cual se encontraba desde que lo aturdió aquella atmósfera sombría.

Ambos iniciaron un recorrido por todo el lugar, era la segunda acometida que Guillén realizaba sin encontrarle ni pies ni cabeza a este crimen monstruoso, palabra que utilizó al no encontrar otra más apropiada. Lozano quien había examinado miles de cadáveres en toda su honorable carrera, tampoco concebía algo parecido. A simple vista y antes de llamar a su equipo de medicina legal, notó que a aquel cuerpo le habían vaciado todos los órganos, no era más que un cascarón de piel y pocos huesos, porque hasta el cerebro de la víctima le había sido extraído con una perfección tal, que ni él mismo hubiese podido lograr algo así en su sala de autopsias.

—Un trabajo admirable —expresó Lozano para sus adentros. Guillén obsesionado con el escenario no había reparado mucho en el cadáver y toda su atención la había dedicado al escenario. Algo que también lo cautivaba pero por distintas razones a las del médico forense.

—En que mente puede caber algo como esto —tampoco fue una pregunta para Lozano, más bien una introspección, sin embargo el forense se atrevió a responder:

—En un cerebro espléndidamente enfermo mi querido Armando —era su nombre de pila. Ellos a diferencia del resto de los colegas rara vez se llamaban por el apellido, como ocurría con todos los funcionarios en la Central Policial.

En la planta baja el resto de los funcionarios asignados al caso esperaban por el llamado de sus jefes respectivos. Ya los de Medicina Legal se habían encargado de repartir las mascarillas y las bragas de polietileno que los cubrirían por completo, desde la cabellera hasta los zapatos, en vista de la breve descripción que los directivos habían hecho de la escena. La contaminación era un hecho y no se podía correr ningún riesgo con los funcionarios. Esa fue la orden emanada por la radio que daba Lozano desde lo alto a sus adjuntos, a la vez que sugería un acordonamiento del área y una evacuación del edificio imponiendo una especie de cuarentena inmobiliaria. Una vez desalojados todos los inquilinos, nadie debería regresar a sus departamentos hasta tanto no llegaran al sitio las unidades especializadas en descontaminación, quienes deberían verificar el grado de contagio por bacterias. La previsión la tomaba el galeno en vista de la alfombra de gusanos de gran ta-

maño que ya habían ganado los pasillos, el elevador y los bajantes de basura, “Cuanta sangre tiene un cuerpo humano” volvió a preguntarse Guillén, pero en esta oportunidad lo mencionó en voz alta. Lozano lo había oído y desde que vio todo aquello, una hipótesis se había formado en su mente. Tanta sangre no podía ser de una sola víctima. Las preguntas sin respuestas iban invadiéndolo e incrementándose en la medida en que su mirada viajaba a través del salón. Una de ellas lo llenó de preocupación: ¿Y si la víctima padecía de una terrible enfermedad infectocontagiosa? A qué tendrían que enfrentarse, sobre todo por el tiempo en que había estado expuesto el cadáver al medio ambiente, porque no hacía falta ser un experto para darse cuenta de que el asesinato había sucedido en un lapso no menor a cinco o seis días. La peste comenzaría a rondar el edificio a las 48 horas y se iría incrementado al pasar del tiempo. En vista de ser el último apartamento cuyos vecinos más cercanos se encontraban dos pisos más abajo, puesto que el peldaño intermedio no estaba habitado, los inquilinos comenzarían a sentir la fetidez quizás tres o cuatro días después de que el cuerpo se había descompuesto. Esto daba un lapso suficiente para que, de existir un cuadro contagioso, todos estuviesen en riesgo. Esa era la inquietud que más perturbaba a Lozano. Turbación que decidió no compartir por el momento con su compañero de causa para no aturdirlo más de lo que ya estaba.

Mientras Lozano se debatía entre dudas e hipótesis bacteriológicas, Guillén se paseaba por el móvil. “Todo asesino está guiado por una motivación”, ese pensamiento fijo lo llevó a lucubrar sobre la metodología del asesino, la imprudencia de la víctima, la relación entre ellos, el perfil humano de cada uno, sus preferencias y

gustos, sus costumbres y rutinas, sus amigos y enemigos. Esto dentro del ámbito personal de la víctima y el victimario en caso de que fuera una sola persona. Pero también su imaginación se extendía más allá, tan lejana que invadía la zona periférica, los sectores cercanos, los barrios más peligrosos alrededor de la urbanización, las empresas que prestaban el servicio de seguridad a la residencia y a las convecinas, la inestabilidad reinante en el país, la intolerancia para con algunos personeros no afectos al gobierno o bien contrapersonas con gustos sexuales distintos, los rituales que habían proliferado con profanaciones en los cementerios a las cuales el estado ni los municipios le prestaban atención, en fin, eran tantas las conjeturas que de pronto su cerebro se sintió agotado y una especie de vahído lo agarró de súbito y pensó que estaba a punto de desmayarse. Así que previendo una eventual caída, le advirtió a Lozano acerca del estado en que se encontraba. Éste de inmediato lo tomó de la cintura colocando el brazo sobre sus hombros y lo llevó al sillón más cercano. Observó cómo su rostro palidecía y decretó como toda un sabio en la materia que se trataba de una baja de azúcar.

—Así estarás de chocho —se burlaba nuevamente del detective—, vamos a elevarte las piernas para que la sangre oxigene el cerebro. Luego extrajo un caramelo de su bolsillo que le obligó a chupar a la espera de que retornara el color a su piel. Sin dejar de estar pendiente de la condición de su compañero continuó su pesquisa bacteriológica y apenas transcurridos unos minutos, su equipo de especialistas traspasaba la puerta. Ataviados como si en vez de estar en presencia de un crimen, se encontraran calados en una central nuclear en estado de emergencia, lo primero que hi-

cieron fue extraer del maletín una jeringa conteniendo un coctel de antibióticos capaz de matar una bacteria del tamaño de un elefante, o finiquitar algún virus que se hubiese encontrado un huésped disponible en el cuerpo de los dos oficiales, quienes sin protección adecuada, habían estado por un largo tiempo en medio de aquella zona infectada hasta más no poder.

–Inyecten al vejete ese primero. Ha estado menos protegido que yo –les ordenó el jefe a los chicos señalando un sofá estilo Luis XV donde se encontraba patas arriba el detective, en medio de su soponcio.

Lozano apenas vestía con su braga azul cielo pero se había resguardado las manos con sus guantes de hule y desde que puso pie en el elevador, no se había desentendido de la mascarilla. Igual, y sin perder tiempo, los auxiliares continuaron con él apenas terminaron de colocarle el coctel antiviral al Inspector.

Mientras los chicos hacían su trabajo, se dirigió hacia su viejo amigo y compartió parte de su teoría dictando una cátedra magistral acerca de las diferencias entre bacterias y virus, justificando así la orden de antibióticos para el organismo de Guillén, quien siempre fue reacio a cualquier objeto punzo-penetrante, incluyendo una aguja insignificante que le pinchara la piel. Le comentó que le preocupaban los días en que el cadáver permaneció en aquel salón sin que ninguno de los vecinos se percatara con tiempo, por ello había sugerido un despiste y un interrogatorio a toda la comunidad y se encontró con que solo dos casos habían padecido de diarreas, vómitos y fiebre elevada. La circunstancia se remitía a una sola familia, precisamente la que habitaba en el departamento

más cercano en donde se había cometido el asesinato. Tal cual la palabra utilizada por Guillén en lo que él denominaba una clasificación sencilla de los homicidios. En este caso no había dudas de que se trataba de un hecho calificado: hubo premeditación, alevosía ensañamiento, ventaja, sevicia y sabrá el legislador que otros calificativos colocarle a aquello, que más que un asesinato, se asemejaba a una pesadilla para la cual, Quentin Tarantino, lucía como un bebe de pecho. Películas que habían cautivado al detective por su crudeza, a sabiendas que se trataba de ficción. Ahora, concebir una realidad como la presente no tenía comparación alguna.

Se preguntaba que si bien este homicidio encajaba en su apreciación inicial, ¿cuál habría sido el motivo para tal crueldad y locura? El crimen, a primera vista, pudo haber sido un ritual de locos ensañándose con el primer desconocido que encontraron en la vía, o bien un acto pasional que llevó al asesino a crear este escenario para confundir a los investigadores. Otros móviles como el robo no tenían por qué llegar a esas consecuencias, a menos que intentaran sacarle a la víctima alguna información a fuerza de tortura. Esta opción no era descartable en vista de las remesas en dólares que enviaban desde el exterior los familiares de una diáspora sin precedentes, que se había iniciado a consecuencia de la crisis a todo nivel que acogotaba a los nacionales sin distinción de edad o clase social. La venganza pudo también haber sido un motivo pero para hacer esta relación había que esperar a identificar a la víctima, su trabajo, sus relaciones etc. Guillén incluso se paseó por un crimen de odio, intolerancia o xenofobia pero sea cual fuere el motivo, obligatoriamente había que esperar juntar todas las evidencias, contar con los resultados de la autopsia y luego iniciar

todo el proceso de búsqueda del o de los involucrados y sospechosos. El trabajo iba a ser arduo y él esperaba que con este caso no ocurriera lo sucedido con muchos otros de menor envergadura que por falta de presupuesto o por desidia, eran archivados contribuyendo así a incrementar la impunidad con la cual se movían los delincuentes en una ciudad caótica, una ciudad en donde la Ley poco a poco iba perdiendo terreno.

Lozano, casi siempre compartía todas las apreciaciones de Guillén, así como el Inspector las del médico forense. Y la angustia por la posible epidemia le causó escozor cuando el forense decidió que era hora de participarle su preocupación sobre la idea de que el muerto estuviese infectado con un virus de alta peligrosidad, como el ántrax, el ébola, o el Marburg.

–Te imaginas –le espetó el galeno mirándolo de frente.

Ante esa apreciación, Guillén pensó que de surgir una que otra víctima más por una enfermedad contagiosa, también tendría que formar parte del expediente como un daño colateral y en este caso un agravante para los autores. De ser ese el caso, las consecuencias serían de pronósticos reservados. Algo que no cabía en su imaginación, más cuando había estado expuesto largo tiempo sin protección alguna.

–Eso que me inyectaron me salva de una muerte segura –lo dijo en juego pero con la incertidumbre carcomiéndole las entrañas.

–Tranquilo, vejete, que son vainas mías, deja el miedo que para eso hay antídotos por millones. –Respondió el galeno para tranquilizarlo, siendo conocedor de su incipiente hipocondría, pero in-

ternamente esperaba que una vez examinado el cadáver en el laboratorio, pudiese despejar toda duda al respecto.

Aclarado el tema, Guillén continuó con sus lucubraciones... Autores... Por alguna razón lo había pensado en plural: “autores”... Algo en su interior, ese olfato de felino, esa experiencia de años o bien esa intuición femenina con la cual siempre funcionó su mujer para resolver centenas de casos, le indicaba que lo sucedido no era obra de un solo hombre o mujer. El último término también lo sorprendió. Por eso, cuando conversaba consigo mismo era como si adquiriera una doble personalidad en donde dos seres se peleaban entre ellos dentro de un mismo pensamiento, sin que necesariamente coincidieran. Era una discusión sin tregua en cuestiones de criminalidad bajo preguntas y respuestas, en donde los motivos, las causas y demás percances, formaban parte de una diatriba interminable cuando se obsesionaba con una escena del crimen. También pudo tratarse de una mujer, le dijo el otro Guillén. ¿Por qué siempre se piensa en hombres en casos como este?, se preguntó, y su alter ego de nuevo le respondía: por un machismo inherente que nos lleva a pensar que el sexo femenino es incapaz de atrocidades tan extremas. Y ese “otro yo” de él no dejaba de tener razón. Varios casos habían tratado sus muchachos en donde, para los transeúntes, una pareja de ambos sexos tripulando una motoneta, resultaba más confiable que equipada por dos hombres. Esto a pesar de las estadísticas que demostraban todo lo contrario, pues cuando una mujer iba en el asiento trasero, el peligro era mucho mayor ya que sí estaba armada y no lograba su cometido, no dudaba en dispararle a su víctima. Paradójico en el caso de dos hombres. ¿Cuáles eran las razones culturales para que esto se

cumpliera de esa manera? Guillén manejaba una hipótesis. El hombre se sentía con más fortaleza y entendía que si la víctima no soltaba el bolso en el momento del atraco, no valía la pena malgastar un proyectil en él. En cambio la mujer en vista de ser más débil, al sentir el fracaso ante su acción, descargaba su ira contra la víctima cuando no alcanzaba su propósito. De allí que Guillén sostuviera siempre que había que temerle más a una mujer con un arma de juguete que a un hombre con una arma verdadera. Un dato importante que le había llegado hacía poco a su despacho era que más del 80% de los delitos cometidos en la ciudad, se llevaban a cabo por motorizados. Esto, debido al potencial que tiene este tipo de transporte para garantizar una fuga exitosa. Según los expertos, las áreas con más transgresiones se ubicaban cerca de las principales avenidas, por las que podían escapar rápidamente los antisociales a bordo del vehículo, una vez cometido el delito.

Se trataba de una reflexión compartida con el forense quien agregaba más agua al caldo mientras sus chicos continuaban la labor de recopilar cuantas evidencias pudieran, para armar aquel rompecabezas mañanero.

–No es loca tu sospecha, esto no es producto de un asesino solitario y este sangrerío pareciera a primera vista no provenir de un solo cuerpo... Por cierto haz notado que el elevador tiene un golpe seco al llegar al piso.

– ¿Cómo?

–Sí, claro, lo noté al subir pero hasta ahora no le puse atención. Pensé que era un problema hidráulico, pero también puede ser de

sobrepeso...No sé, te lo participo porque habría que revisarlo ya que se detuvo en dos oportunidades y no dio señales de estar descompuesto.

—¡Carajo! —Saltó, Guillén, del sillón como impulsado por una catapulta— no lo había pensado, diste en el clavo.

Y para asombro de Lozano quien no sabía a qué “clavo” se refería su compañero, Guillén corría al balcón y megáfono en mano increpaba a sus muchachos que subieran con la urgencia del caso.

—¡Todos! —exclamó, desde ese doceavo piso— que nadie se me quede allá abajo. Y no utilicen el elevador —volvió a repetir para asegurar que su orden se había escuchado a la perfección...

—... ¡Sin utilizar el ascensor!

¿Por qué no se le había ocurrido antes? No lo vio venir, tanto pasearse por estas paredes y no le asaltó otra idea distinta a permanecer abismado como un autómatas en medio de tanta sangre. ¿Acaso no había sentido esa pestilencia en el trayecto antes de abrir aquel portón que obligó a sus muchachos a dejarlo abandonado en medio de este panorama asqueroso? Tanta pestilencia desde un local cerrado al final de un edificio, con un piso intermedio en donde nadie habitaba y un viento que no cesaba en esta montaña urbanizada del este de la capital, ¿por qué se había extendido hasta la planta baja? El mejor indicador eran los zamuros que revoloteaban en la platabanda con brinquitos alocados en una especie de baile a lo regatón. En esa residencia había algo más que un cadáver.

10.30 am

Marcos Marín apenas llega a la Central Policial observa como todos sus colegas y reporteros gráficos corren a sus automóviles y salen apresuradamente. No logra descender del vehículo y dirigiéndose al conductor le sugiere pegarse detrás de los carros rotulados con el logotipo de cada uno de los medios que cubren la fuente policial.

—Algo está sucediendo fuera de lo común, porque salieron atropellándose como locos —la frase pertenecía a Domingo Navas, uno de los reporteros gráficos estrella del matutino, quien lo acompaña.

—Y llegamos a tiempo, unos minutos más y nos perdemos el show —fue la respuesta de Marcos Marín, quien ya pulsaba en la pantalla del Samsung el nombre de Armando Guillén. El satélite hace su trabajo y en el último piso de las residencias Altamira, un sonido de sirenas policiales le recuerda al detective que debe cambiar el tono de su celular antes de regresar a casa.

Marín se había desentendido del periodismo por varios años. Su carrera había sido vertiginosa y a pesar de manejar siempre la fuente de sucesos, de vez en cuando le había tocado desempeñarse en la sección de política. La experiencia en ambas labores le abrió las puertas para escribir unas cuantas novelas en donde conjugó ficción con realidad, el las denominó novelas-documentales. Durante este lapso de su vida siempre deseó volver a ejercer la profesión y la oportunidad le llegó con un formato creado para redes sociales y más tarde, gracias a los trabajos de investigación que

semanalmente publicaba junto a un pequeño equipo de periodistas, era contratado por su viejo matutino y a petición propia, asignado también a su anterior fuente de sucesos. En ella se sentía como pez en el agua. Su regreso fue celebrado tanto por los periodistas veteranos como por los nuevos bisoños que veían en ellos a unos maestros en el arte de armar “ollas”, lanzar “globos de ensayo”, franquear como prestidigitadores, la censura de los organismos policiales, e investigar un caso hasta las últimas consecuencias, corriendo los riesgos que los mismos implicaban una vez expuestos ante la opinión pública. Una hora antes, cuando Marín revisaba pauta diaria asignada por su jefe, había recibido en plena redacción el timbrado del detective. Guillén había leído la nota que reseñaba el tiroteo en el tren subterráneo y luego de compartirla con su mujer, le llamó para felicitarlo y a la vez darle la bienvenida por su regreso al mundo de la delincuencia. Intercambiaron números telefónicos y acordaron verse antes del mediodía en la Central Policial para almorzar juntos, y recordar viejos tiempos. Pero ahora debido a la coyuntura con la que se habían encontrado, ese almuerzo iba a quedar para otra ocasión. Cuando el detective respondió la llamada, Marín se excusaba porque apenas llegaba al recinto judicial, algo había sucedido que llevó a todos los periodistas a partir en carrera desbocada y ellos se encontraban a la cola del resto de los automóviles que se dirigían al este de la ciudad.

En su época como escritor fantasma, un cliente le había preguntado el por qué escribía historias sobre los demás en vez de escribir cuentos de su propia vida: “o es que usted no ha vivido lo suficiente como para contar sus propias anécdotas”. Le sobraban, pero se negaba a enfrentar sus propios fantasmas. Cuando se atre-

vió a intentarlo, no logró franquear las cinco primeras líneas. Le apasionaba más escuchar los cuentos de otros, historias que le permitían evadir su inevitable compromiso con la vida. Así, con cada anécdota, su cerebro fabricaba escenas, tomas y secuencias. Imágenes al vuelo de su imaginación. Muchas de ellas llenas de coloridos. Otras, matizadas entre grises y negros, dependiendo si la depresión atacaba por sorpresa y en el momento menos esperado. Toda una película interminable, en donde la tragedia daba existencia a una serie de personajes parecidos, en gran medida, a sus conocidos de tabernas y tugurios. A menudo, desde la barra, prestaba atención a las conversaciones de los parroquianos congregados a su alrededor. Unas lo llenaban de interés; otras, las desechaba de inmediato. Y así, en la medida en que aumentaba su nivel de alcohol en la sangre, podía leer las palabras en un suspiro. Mirar las frases cortas y las oraciones en párrafos interminables, rebelarse ante los signos de puntuación. Al final, alcanzaba un desenlace patentado en una obra a punto de desvanecerse en el vacío, junto al retorno a casa. Un guión que se le escurría de las manos, tal cual los trozos de hielo en su ya usual trago de ron Santa Teresa.

Iniciándose en la profesión se había lanzado en solitario con su propia cámara y su carcacha de Volkswagen, rumbo a un pueblo costero en el centro del país con el objeto de escribir un reportaje de fin de semana para el suplemento turístico de los domingos. Luego de un par de horas en la autopista, tomó la angosta carretera que lo conduciría hasta el pueblo de Ocumare de la costa. Todo un viaje increíble circundado por el río Limón. Una vez alcanzada la cima de la montaña, debía descender hasta la bahía de Cata, la cual para aquel momento se estaba convirtiendo en uno de los cen-

tros turísticos más apetecibles del país. De pronto, sin aviso alguno, se desprendió un aguacero que lo obligó a detenerse a un lado de la vía, debido a la inoperancia de su limpia parabrisas para poder observar la ruta con claridad. Lo que vino después fue catastrófico. El pequeño riachuelo de un momento a otro se convirtió en un torrente de magnitud incalculable, arrastrando todo lo que encontraba a su paso. Al notar la crecida de las aguas, Marcos no tuvo más remedio que dejarse llevar por el río carretera abajo. Llegó al pueblo a salvo, pero no contó nunca con que la violencia, desatada de las aguas, lo dejaría atrapado e incomunicado por varios días en aquel lodazal. Una vez rescatado junto a decenas de turistas por un guardacostas de la Armada, apenas tocó tierra firme, todo magullado como se encontraba, corrió raudo y veloz directo a su matutino... Ya había previsto una buena explicación, augurando un despido por haber estado ausente tantos días sin una excusa valedera. Y apenas iniciándose en las lides.

En la autopista hacia Caracas, en el bus dispuesto para el traslado de los accidentados, pensó que sería una buena estrategia llegar con los mismos harapos pestilentes y maltrechos, con los que había pasado aquellos cinco días enterrado en aquel poblado. Así se presentaría ante el director del periódico, a quien la redacción le tenía terror por sus actos despóticos. Episodios consistentes en romperles las cuartillas en pleno rostro a los periodistas, cuando no cumplían con el célebre lead, cuerpo y cola, tal cual dictaba el manual de estilo impuesto por su persona. “Eto e una mielda, cabrón” era su frase más hiriente, en perfecto cubano, para dejar petrificado a los novatos, hacer llorar a las pasantes y llevar a un cambio de profesión a los inseguros. Apenas entró a la redacción

se escuchó un murmullo de asombro, todo un cuchicheo y comprendió de inmediato que estaba despedido. El secreteo, pensó, probablemente se debía a la descarga y al grito estruendoso que recibiría del cubano Alfonso Romero. Con cierto recato, antes de saludar a sus colegas, tocó, tímidamente, la puerta del director... Diez minutos fueron suficientes. Al salir de la oficina, había descubierto su trágica muerte. Su deceso se detallaba a página completa. En ella se leía como los compañeros de trabajo, familiares, profesores de universidad y el gremio alababan su cortísima carrera. Leyó con asombro todo el reportaje lleno de elogios. El chico se perfilaba como un escritor de gran futuro. Las fotos eran de antología. Una lo presentaba vestido de uniforme de kaki cuando cursaba la secundaria con una vieja grabadora colgada a sus hombros. Con ella entrevistaba a un afamado locutor de radio, con lo cual ya se le notaba la vocación de ese portento. Otra, lo mostraba con toga y birrete, estrechando manos con el Rector, Edmundo Chirinos, quien cayera en desgracia luego de fungir como psiquiatra del presidente Hugo Chávez, de quien se decía golpeaba a la esposa por razones que sólo el psiquiatra sabía y que se llevaría a la tumba, tiempo después, junto a otros muchos secretos. Más destacada aparecía una tercera fotografía hecha frente a su máquina Remington concentrado y con un cigarrillo en la comisura de los labios:

“Escribiendo uno de sus muchos textos maravillosos, dignos de un privilegiado, un erudito a su corta edad, un docto, un letrado. Alguien fuera de serie...Una lumbrera, pues”. Se leía en la leyenda.

Luego de reiniciarse en el periódico, una vez aclarada en otra

página del matutino que “el novel periodista de planta, y encargado de los reportajes dominicales, Marcos Marín...”No estaba muerto...sino que estaba de parranda”, lo destinaron a cubrir la fuente de política.

–Dime Guillén ¿sabrás qué es lo que está sucediendo? –le preguntó una vez hecha la aclaratoria de que se encontraba en una caravana que por la prisa que llevaba, le indicaba que había ocurrido algo grave y digno de las primeras páginas al día siguiente.

–Estoy en el lugar del suceso, apenas llegues házmelo saber y prepara el estómago, porque con lo que te vas a encontrar requiere de ímpetu y fortaleza. Bueno, te dejo...algo se ha presentado y debo reunirme con el resto del equipo.

Colgaron ambos y Marcos se dirigió a su compañero de labores:

–Espero no hayas desayunado muy fuerte –le dijo– porque creo que nos vamos a tropezar con algo fuera de lo común. Algún crimen de estos a los que nos cuesta acostumbrarnos.

¿En qué momento se inició la escalada del crimen acompañada de un desborde sin precedentes de robos contra las personas?, era una interrogante que venía molestando a Guillén desde un tiempo a esta parte. Todo se habría iniciado cuando se comenzó a argumentar que el robo no era un delito si se era pobre y había hambre, una especie de resultado matemático en donde una cosa, más la otra, daba cero penalidad. Es decir, el régimen prácticamente prohibía a las autoridades detener a quien cometiera esos llamados

“delitos menores”, como si existiese una especie de propiedad conmutativa en donde el orden de los sumandos no alteraba el valor del producto: ser pobre y ladrón, o ladrón y pobre daba como resultado injusticia social. Con eso el gobierno mandaba al traste la célebre frase que por siglos marcó la dignidad del ciudadano de bajos recursos: “pobre pero honrado”. El caso es que las transgresiones fueron escalando niveles y en la medida en que el país se iba empobreciendo con la respectiva consecuencia de una moneda que perdía su valor de manera galopante, las mafias del narcotráfico cobraron más importancia que los robos esporádicos. Las grandes hazañas hamponiles como el robo a instituciones bancarias y las emboscadas a transportes de valores desaparecieron de la escena y estas acciones fueron sustituidas por el secuestro, el bien denominado expreso, del cual eran pocas las denuncias que se hacían ante la Central Policial y el que se llevaba a cabo bajo una mayor sofisticación, con complicidad de grupos guerrilleros y bandas del crimen organizado. Con la crisis que hundía al país, el secuestro había dejado de ser un crimen cometido contra las elites. Ahora se había democratizado y sin exclusión alguna, cualquier ciudadano podía formar parte de las estadísticas, tal como lo señalaban los expertos en el tema. La causa era clara: el rapto indiscriminado rendía mayores dividendos con menor esfuerzo. Este tipo de crimen podía perpetrarse en cualquier zona y a cualquier persona, puesto que no importaba si la víctima era un acaudalado empresario, un estudiante, un taxista o un mecánico, todos los plagiados contaban con familiares dispuestos a cancelar las cantidades requeridas en cuestión de horas para salvar la vida de sus seres queridos.

De esta manera, el secuestro se había convertido en una industria terriblemente rentable en el país, con una elevada cifra negra, ya que muchos no se denunciaban por miedo, y esto hacía que las organizaciones criminales se mantuvieran actuando libremente amparadas por la impunidad y obteniendo altos ingresos en oro, dólares o euros, porque el delincuente no exigía bolívares por la vida de sus víctimas.

Guillén recordó la narración de una pareja que en días pasados había sido secuestrada. En el informe levantado por el Fiscal, se leía: “Tras un rato rodando con sus raptos por distintos sectores de la ciudad, fueron obligados a cambiarse del vehículo en el que se encontraban para una camioneta más espaciosa, en donde sorprendentemente se toparon con otras dos parejas que también habían sido objeto de secuestro. En total resultaron ser seis personas las que estuvieron en manos de sus captores durante toda una noche mientras esperaban el pago de los respectivos rescates individuales, dijo la víctima.

Así, en este ambiente macabro que se iba incrementando acorde a la corrupción de jueces y fiscales, muchos funcionarios del cuerpo policial estaban comprometidos hasta los tuétanos. Guillén, a excepción de Lozano, no conocía a uno que de una u otra manera no hubiese aceptado un soborno. Ahora el país se debatía entre tres tipos de delitos: secuestros, narcotráfico y asesinatos, bien por encargos (el típico sicariato) o bien por robar un par de zapatos de marca, un teléfono celular inteligente a un transeúnte descuidado, y hasta una bolsa de alimentos con productos no regulados por el gobierno, ausentes o difíciles de ser encontrados en los anaqueles de bodegas y supermercados de la ciudad. Igual se había

creado una mafia con la venta de medicinas y hasta con el papel sanitario. El país era un caos. Recordaba Guillén que hacía sólo unas pocas semanas había recibido en su oficina un informe confidencial en el que se detallaba que durante el año 2016 se habían registrado en el país según cifras oficiales 76 mil asesinatos, es decir un poco más de 200 homicidios diarios. De esos, la capital se arrogaba el 45% el otro 55 se distribuía en el resto del territorio nacional. La mayoría de esos crímenes terminaban archivados a la espera de que el azar los resolviera o bien al encuentro de algún chivo expiatorio, a quien echarle la culpa de un crimen que no había cometido, para aplacar la opinión pública y las organizaciones de Derechos Humanos, en sus constantes denuncias sobre la impunidad reinante. Durante el transcurso del 2017, se estimaba que 26.616 personas habían muerto de forma violenta. De ellos, 16.046 perecieron en homicidios registrados por la justicia. 5.335 murieron a manos de los cuerpos de seguridad, y 5.035 fallecieron violentamente sin que hasta el momento, a dos meses de finalizar el año, se abrieran expedientes ante tribunales. Sumando los 76 mil del año anterior la cifra se elevaba escandalosamente. De allí que los especialistas en la materia, sostenían que “el país era el segundo más violento de la Tierra”.

En esas cavilaciones se encontraba cuando escuchó el taconeo de las botas de los oficiales que ascendía por las escaleras, atendiendo a su mandato de no usar el elevador. Desde el pasillo los observó llegando uno a uno bañados en sudor y quejándose por la pestilencia que se había acumulado en esos pasillos de puertas cerradas bajo cerradura en cada piso. Eran un total de seis los que habían logrado llegar. Los otros tres de dactiloscopia aparecieron

al final y Guillén les sugirió esperar a que el equipo de Lozano culminara con su experticia para que realizaran su labor a placer, evitándole así un disgusto sin necesidad al anciano jefe de Medicina Legal.

En vista de que la pestilencia se había hecho más profusa, el equipo de Lozano repartió mascarillas y guantes de hule para el personal recién llegado de Guillén. Ya, una vez todos medio protegidos con los aparejos higiénicos, se dispusieron a seguir al Inspector quien se dirigió escaleras arriba hacia la platabanda del edificio. Al llegar tuvieron que enfrentarse a una manada de zamuros que daban saltitos epilépticos en histeria colectiva. Se notaba que tenían días reuniéndose en aquella terraza en busca de una carroña que no lograban vislumbrar. El olor en las alturas no era tan penetrante, sin embargo, un fuerte ramalazo cuando el viento hacía una breve pausa, les indicó a los chicos que Guillén los conducía a un nuevo descubrimiento.

11.00.am

Mientras esto sucedía a una altura de doce pisos, una hilera de vehículos con logotipos en sus puertas de los medios de comunicación, impresos y audiovisuales, hacían acto de presencia en la zona acordonada por los efectivos policiales uniformados. De último en la fila se encontraba Marcos Marín con Domingo Navas, quien no perdió tiempo en salir del automóvil con su equipo digital, al que previamente en medio del viaje había colocado una tarjeta nueva de memoria, guardando la original por estar saturada

de archivos. Por precaución no la había descargado en la computadora durante la víspera en vista de las sospechas reinante en la redacción, de que jefe de turno se apropiaba de las mejores imágenes para mercadearlas como propias, ofertándolas a otros medios del interior del país, y fuera de las fronteras, lo que le generaba un ingreso extraordinario en moneda extranjera. De todo había en el Reino del Señor. Y así como la corrupción campeaba en el medio policial ninguna otra institución, incluyendo el llamado cuarto poder, estaba a salvo de ese flagelo.

En tanto Navas se dirigía a hacer su trabajo de fotógrafo estrella, Marcos tomaba su celular y de nuevo marcaba el número de Guillén.

—Sube tú solo y llévate la exclusiva. Voy a dar la orden para que te espere un agente de mi confianza por la parte trasera del estacionamiento de la residencia. Así te escapas de todos tus colegas porque la televisora estatal probablemente tiene pautado enviar hasta un helicóptero para sobrevolar la residencia y ya te imaginas cómo van a manejar esta información.

—¿Y quién es la víctima? —preguntó Marín al observar que quienes se encontraban en el lugar eran los miembros de la delegación de homicidios. Esto no podía ser un caso común y corriente.

—Adelántame algo, dame algún dato para lanzar un avance en nuestra página web, antes de que la radio o la televisión me tumben la exclusiva —agregó deseoso.

—No tengo nada concreto aun, pero sube y descubre la primicia por ti mismo... si es que puedes soportar esto...—le respondió Gui-

llén con cierta perturbación que Marín logró reconocer en el sonido de sus palabras.

No perdió el tiempo y apenas tuvo oportunidad, logró evadir a sus colegas dirigiéndose al lugar acordado con Guillén. Al llegar, un chico joven lo aguardaba algo nervioso.

–¿El licenciado Marín? –pregunto al verlo acercarse.

–Lo de licenciado está demás –respondió Marcos dándole una palmadita en el hombro.

–Marcos, llámame Marcos... y si te parece irrespetuoso, me puedes decir señor Marín... como prefieras –y ambos caminaron hacia el interior del edificio.

–Hay que subir los doce pisos por la escalera –le advirtió el joven como pensando que el periodista a su edad se iba a negar a tal olimpiada.

–Para luego es tarde –fue la respuesta inmediata del reportero.

Enfilaron escaleras arriba ante el asombro del joven detective, al ver que Marín lo superaba en velocidad, subiendo los escalones de a dos y de a tres peldaños, en su afán por enterarse antes que sus colegas del acontecimiento ocurrido en aquella residencia. Un hecho que sobrecogía una mañana apacible como pocas en vista de las decenas de manifestaciones ciudadanas que a diario tomaban la ciudad, todo eso sucedía debido a la escasez de alimentos, medicinas y dinero en efectivo que les permitiera cancelar un traslado en el transporte urbano.

—Tenemos que hacer una escala en el piso doce donde lo espera un agente del equipo del doctor Lozano para entregarle un kit de protección —anunció jadeante el joven detective cuando apenas alcanzaban el quinto piso.

—A partir de aquí vamos a notar que se incrementa un olor a podrido terrible y le confieso que al igual que usted, es la primera vez que subo —aclaró luego para darse ánimos.

Ya Marín lo había notado, pero en vista de que en muchas residencias, incluyendo la suya, la basura se acumulaba por días debido precario servicio del aseo urbano, los malos olores invadían los edificios y hasta se extendían a los alrededores de las urbanizaciones. Quiso sacarle alguna información al chico mientras ascendían, pero éste no tenía la más mínima idea de lo que estaba ocurriendo. Al igual que todos sus colegas, hasta ahora la única información de la que disponían era la del terrible olor cuyo origen era el último piso de la residencia por lo que se presumía la existencia de un cadáver en descomposición. Al menos, eso ya le daba entonces una pista al fisgón de Marín: “Tanto secreteo significaba algo fuera de lo común. Si había ocurrido un asesinato, todo este despliegue policial, no formaba parte de la rutina”.

Entre tanto el viejo periodista y el joven detective se apresuraban por llegar a la escena del crimen, sudando la gota gorda piso tras piso, Guillén en compañía de tres de sus chicos más consentidos, alcanzaban el cuchitril desde el cual podían observar a sus anchas el hueco por el cual se desplazaba el elevador. Al abrir la compuerta de metal y mirar hacia abajo, un segundo infierno quedó expuesto ante sus ojos: un cadáver reposaba sobre las poleas, apa-

rentemente mejor conservados que el del penthouse. Ahora sí, con este suceso, Guillén se enfrentaba a lo que le había temido en toda su vida. O bien se veía realizado como policía, o mal que bien terminaba resignándose a lo que nunca había hecho en toda su carrera: archivar un caso sin sentir culpa como lo hacía el resto de sus colegas, quienes a pesar de su desidia ascendían a altos cargos en el Cuerpo sin vergüenza alguna.

Si bien hacía unos veinte años la ciudad se dividía en sectores de barrios pobres, clase media y ricos de cuna, con la llegada del populismo los sectores de clase media fueron invadidos por edificaciones sencillas levantadas con materiales de muy baja calidad y fachadas que les daban un ambiente de barriada vertical. Además el gobierno se encargó de expropiar residencias y llenar de concreto los pocos espacios y áreas verdes con los cuales contaba la ciudad. Todo eso se hacía bajo la excusa de propiciar la construcción de viviendas dignas para las clases populares pero cuyo real propósito era mantener bajo chantaje, un mercado de votos que les permitiera gobernar el tiempo necesario, para implementar un sistema político cuyos intereses no eran precisamente el sacar a los pobres de la pobreza, sino más bien enriquecer más a los ya ricos que se aliaban con el gobierno, en detrimento de los más pobres, incluyendo la clase media. Así lo que se inició como un cambio de paradigma en la búsqueda de una sociedad justa y equitativa, se fue convirtiendo en una sociedad excluyente en donde solo cabían los que estaban dispuestos a apoyar un saqueo a las riquezas de las que se disponía. Durante la primera década, el país había disfrutado de los altos precios del petróleo y con ello, la clase política logró aumentar sus arcas gracias a las altas comi-

siones que cobraban a los prestadores de servicios, y a las concesiones de minerales otorgadas a la República Popular de China, a la Rusia de Vladimir Putin y a la compañía brasilera Odebrecht. Para mantener un liderazgo político a nivel del continente, se regalaba el crudo a naciones como Cuba, Ecuador, Bolivia, Nicaragua e islas del Caribe, al igual que se celebraban convenios multimillonarios con multinacionales agrícolas argentinas. Todo tenía su precio. Para el populacho, incluida la clase media, se implementó un sistema de cambios de divisas que les permitía viajar a sus anchas y “raspar” la tarjeta de crédito con un cupo anual asignado por el Estado. Una acción que se traducía en recibir una cantidad controlada de dólares en efectivo que alcanzaba a los 3.500 con la finalidad de ser usadas en el exterior. Esto generó todo un negocio de venta y reventa de la divisa dentro del país, pues quienes viajaban no sólo usaban sus propias tarjetas de crédito, sino también las de otros que no surcaban las fronteras y vendían el cupo asignado por la cuarta parte de su valor. Todo parecía ir a pedir de boca, hasta la llegada de la corrupción organizada, la baja producción petrolera nacional y la caída en los precios a nivel internacional, así como la irrupción del narcotráfico en las altas esferas del gobierno.

En el país, desde tiempos remotos, el tráfico, venta y consumo de drogas había sido una constante y a partir de la llegada del gobierno de Chávez hubo un incremento exagerado en lo que a este tipo de delitos se refería. Para complementar el panorama, un personaje nefasto entraba en la escena, se trataba del General Porfirio Alvarado, quien se había iniciado en el negocio del tráfico de armamentos y luego descubriría que menos peligroso y más rentable

era el narcotráfico. Así que desplazado en el negocio de las armas por un ministro de la Defensa con quien no logró establecer una sociedad en esta actividad, Alvarado se cobijó bajo las sombras de varios colaboradores con la DEA a quienes logró corromper y conquistar para su nueva actividad empresarial, siempre contando con la venia de altos miembros en el gobierno. Era un intocable para las autoridades judiciales y se afirmaba entre otras versiones que desde que Chávez asumió el poder, Alvarado era un infiltrado de esta organización antidroga y que incluso antes, ya en los gobiernos de Pérez y Caldera era miembro activo de la CIA. Probablemente siempre ejerció como doble agente o bien, se corrompió por el camino y optó por uno de los dos bandos. El caso es que aunque de su persona nunca más se supo, viejos socios, hoy en día dueños del negocio, sostenían que desde el 2008 y hasta el 2012 había logrado tener vínculos con el narcotráfico internacional. Se le relacionaba con la detención de Hermágoras González Polanco, alias “El Gordito”, comisario general de la Disip, quien fuera capturado en la zona del sur del lago de Maracaibo el 9 de marzo 2008 acusado de traficar con armas y de estar vinculado con grupos paramilitares colombianos, y por supuesto con el narcotráfico entre ambos países. Al parecer, “El Gordito”, a pesar de ser solicitado por el Departamento de Estado norteamericano sobre quien pesaba una recompensa de cinco millones de dólares, se desplazaba libremente por Venezuela portando armas con permisos expedidos por la Dirección de Armamento de las Fuerzas Armadas y firmados por su entonces Director, el General del Ejército Gustavo Rangel Briceño, mientras que su personal de seguridad poseía carnets de inteligencia como agentes de la policía política del gobierno. Dichos carnets habían sido firmados por el director de la Disip, Co-

ronel Miguel Rodríguez Torres, y el General de Brigada Alexis Maneiro Gómez.

Hermágoras, desde el 2004, había jugado un papel preponderante, luego del asesinato de su hermano Eudo González Polanco, quien, según informe de la Casa Blanca al Congreso de Estados Unidos, tenía cargos de narcotráfico en un tribunal de Virginia como miembro del cártel de La Guajira. Para este mismo año, el colega y concejal Mauro Marcano, quien revelaba la existencia del cártel de los Soles en un reportaje, también denunció que este grupo tenía relaciones con Polanco. Según versiones de prensa, los hermanos González Polanco contaban entre sus socios estratégicos con el exsenador colombiano Samuel Santander López Sierra, alias “El hombre Marlboro”, quien capturado en territorio colombiano, fuera extraditado a Estados Unidos. Al Cártel de la Guajira, como se hacía llamar este grupo, se le atribuyó el envío de varias toneladas anuales de cocaína a Estados Unidos y operaciones de tráfico de armas desde Europa a través de Venezuela para los escuadrones paramilitares colombianos.

Las actividades del General Alvarado, no pararon ahí. Para el 2009 la ONU reportó que el tráfico de droga de Venezuela hacia EEUU, Europa y África Occidental pasaba de 60 toneladas en 2004 a 260 en 2008, por lo que en 2009 el Departamento de Estado destacaba que Venezuela se había convertido en la ruta del mayor tráfico de cocaína fuera de Colombia. Según se contaba, Alvarado había desplazado parte del cuartel de la Guajira y prácticamente se había adueñado del negocio tan pronto desaparecieron los hermanitos Polanco. Tanto que un año después de este señalamiento de la ONU y según fuentes colombianas, estadounidenses y euro-

peas, se había registrado un aumento del 41% de todos los cargamentos marítimos de cocaína con destino a Europa, en vuelos que partían desde Venezuela hacia Haití y la República Dominicana.

Pero quizás la denuncia más impactante entre muchas otras en la cual haya estado involucrado Porfirio Alvarado, sería aquella que lo colocaba como socio de Walid Makled. Este caso representó uno de los escándalos por droga más grandes en el país donde se habló de un decomiso en el estado Carabobo de casi 400 kilogramos de cocaína, en donde fueron detenidos tres de los hermanos de Walid: Alex, Basel y Abdala, este último candidato a la alcaldía de la ciudad de centro costera de Valencia, bajo cargos de tráfico de drogas, legitimación de capitales, y asociación para delinquir. Walid, para evitar su captura, pasó a la clandestinidad y posteriormente su banda asesina en hechos separados a los testigos claves citados por la Fiscalía en el caso. Sería en agosto del 2010 cuando Makled es detenido en la ciudad colombiana de Cúcuta. Tres años luego de su captura desata una gran polémica al denunciar, a través de medios locales e internacionales, el pago de millonarias comisiones a algunos altos oficiales y funcionarios del gobierno del presidente Hugo Chávez.

Para ese 2013, Alvarado se había dado a la fuga ya que se le había señalado como el responsable del vuelo de Air France que llegó al aeropuerto de París–Roissy procedente de Caracas, con una carga de 1.382 toneladas de cocaína. Fue una noticia que llenó las primeras páginas de varios medios impresos tanto nacionales como internacionales. La carga en cuestión fue decomisada por las autoridades francesas, para constatar que se trataba del contrabando más importante realizado nunca en Francia, con un valor

de reventa evaluado en unos 200 millones de euros según las fuentes policiales. Un cable de la AFP, señalaba para ese 23 de septiembre del 2013, que en este decomiso no había ningún francés entre los detenidos, y que eran esencialmente sudamericanos. La droga, continuaba diciendo la reseña, estaba “destinada sin duda al mercado europeo”, y agregaba que, respecto al caso, en Venezuela, el ministro de Justicia, Miguel Rodríguez Torres, el mismo ligado a los hermanitos Polanco, anunciaba la detención de un teniente y dos sargentos de la Guardia Nacional Bolivariana que montaban guardia para esa fecha, en el aeropuerto internacional Simón Bolívar. Como siempre, la cuerda reventaba por lo más delgado. Finalmente la información de la AFP concluía afirmando que “Venezuela estaba considerado un país no productor de drogas por las Naciones Unidas, pero los narcotraficantes lo utilizaban como tránsito de estupefacientes hacia otros países. En 2012 unas 45 toneladas fueron requisadas en el país, según cifras oficiales. Para cuando apareció la noticia y se armó el escándalo ya Alvarado había desaparecido de escena y de él nunca más se supo. Los rumores que circularon mas tarde en el alto gobierno, daban parte sobre una sospecha de que Alvarado había traicionado la causa y ahora jugaba con el equipo enemigo.

Guillén era una esponja para recordar estos casos pues había sido el “garganta profunda” de Marcos Marín. Con estos reportajes en varias entregas, el periodista se había hecho de cierta fama entre sus colegas y se había ganado la animadversión de muchos funcionarios policiales, así como de altos jerarcas del gobierno. Para la segunda década del gobierno un Chávez moribundo dejaba el

país en manos de su más confiable colaborador y las cosas fueron cambiando, la pobreza fue ganando terreno. El hambre comenzó a tocar a las puertas de los más pobres y a entrar por las ventanas de una clase media que se iba arruinando. Los “cupos” en dólares pasaron a ser una mera referencia del pasado millonario, y los nuevos ricos de la revolución en su avaricia, olvidaron proveer de un poco de “pan y circo” a los ciudadanos más empobrecidos optando por guardar sus fortunas en paraísos fiscales. Todo ello con el auxilio de testaferros, gobiernos aliados, banqueros inescrupulosos y grupos terroristas. Un coctel que no podía traer nada bueno, sobre todo para algunos aliados internos que tardíamente reclamaban su parte del pastel. Así el gran Partido del Pueblo se dividía en pedazos: los que se habían enriquecido con tiempo desde el principio, los que se dieron cuenta a tiempo de que solo les iban a quedar las migajas y no perdieron un instante para rebuscarse lo suyo, y los que se quedaron sin nada esperando un tiempo que nunca llegó. Y viéndose burlados, optaron por robarle el pastel a los primeros mediante triquiñuelas legales, acusándolos de corrupción, traición a la patria, prevaricato, extorsión, fuga y lavado de divisas.

Bajo este panorama el país lucía apagado, casi en ruinas, la miseria lo tomaba por los cuatro costados. De cómo sacar provecho de esa dura realidad lucía inexistente. Y de pronto llegó la luz: apareció la falta de alimentos y medicinas para abrir una veta a la importación y continuar exprimiendo los restos de una nación agonzante a través de convenios amañados. Ahora sí, todo estaba acabado. Quienes se habían dedicado al comercio de mercancía seca: prendas de vestir, línea blanca, telefonía celular, tecnología y elec-

trodomésticos cayeron en crisis. El dinero se había agotado, los bancos no disponían de efectivo para satisfacer las necesidades de los ciudadanos y cada vez se vivía más del trueque. Todo se cancelaba con tarjetas plásticas y lo disponible en ellas se usaba para lo más básico: la alimentación. Así ante la crisis avasallante, los criminales, los delincuentes y los estafadores cambiaban sus modos de operar.

Empapados en sudor, los dos hombres finalmente alcanzaban el piso doce. Marín estaba un poco fatigado, pero el joven detective se encontraba tan pálido que Lozano al recibirlos con un par de kits higiénicos en sus manos, creyó que se iba a desmayar. El forense saludó al viejo periodista con afecto. Ya Guillén le había advertido de su llegada y ellos se conocían desde tiempo atrás, también compartían los almuerzos cuando tenían un chance para deleitarse entre tragos y conversar sobre los sucesos a los que siempre les tocaba asistir por separados. De eso hacía ya poco menos de cinco años, tiempo en que Marcos había dejado la fuente para dedicarse a otras labores para las cuales, según Lozano, no estaba hecho. “Eso de escribir novelas en un país donde nadie lee, no le pareció nunca un buen negocio”. Por eso se alegró cuando Guillén en medio de su bajada de azúcar le participó del regreso del amigo mutuo al mundo del periodismo.

Desde el pasillo se sentía el fuerte olor que surgía desde el apartamento pero Lozano no les podía permitir la entrada hasta que sus “muchachos” terminasen su labor. “Falta poco”, le dijo a modo de excusa.

–Y ¿quién es la víctima? –preguntó Marín.

–Eso le toca a Guillén descubrir, lo mío es el escenario, el muerto y la morgue.

–¿Qué hay del escenario entonces – atacó Marín de nuevo.

–En cuanto regrese Guillén lo tendrás que ver por ti mismo. Tú eres el novelista, yo ni idea tengo cómo describírtelo.

–Tan fea está la cosa.

–Más de lo que te puedas imaginar –cortó Lozano.

–¿Será que puedo decirle a mi fotógrafo que se acerque?

–No lo creo, Marcos, pero apenas salgamos de esto te puedo enviar las nuestras a tu correo.

–Pero sin la censura –se atrevió a insinuar el periodista

–No chico, cómo vas a pensar eso. Tú sabes cómo somos Guillén y yo, y sobre todo lo que pensamos con respecto a esta política de ocultarle a los periodistas la debacle criminal que estamos viviendo.

–Sí, Andrés, tienes razón, disculpa mi falta de tacto pero últimamente me he percatado de la presión de la cual ustedes son objeto para no divulgar los casos en los que están trabajando...y me pregunto el por qué.

–Sencillo Marquito, porque se archivan, no hay seguimiento, todos esos crímenes permanecen en la sombra de la impunidad.

Apenas se levanta un acta y listo. De tal modo que cual información a la prensa podrían suministrar.

–Eso que me cuentas lo debería escribir.

–Ni se te ocurra, aún no me jubilo y son capaces de que me despidan y me lancen al abandono. –Se sonrió ante la posibilidad, pero Marcos no lo había dicho en serio y eso Lozano lo sabía.

–La verdad, Andrés, que regresar a este mundo, luego de nuestros tiempos en que incluso existía una sala para la prensa resulta frustrante.

–Así es, tiempos pasados. El gobierno jura que si los crímenes no salen a la luz pública, no existen. Eso me suena a dictadura. Una censura típica de los que se quedaron tan atrasados que siguen creyendo en que los medios se manipulan a su antojo, y que la ciudadanía es pendeja e incapaz de ver la realidad con sus propios ojos.

–Además, mayor es la estupidez cuando hoy en día no existe persona que no tenga un celular y tome una foto para luego subirla a las redes sociales. –agregó Marcos Marín en apoyo a lo expuesto por el Jefe de Medicina Legal.

–Y Guillén ¿dónde se encuentra? –Marcos de pronto le daba un giro a la conversación, y Lozano para no entrometerse en el escenario del Inspector prefirió sugerirle que lo llamara al celular.

–Tú conoces como es el viejo de enrevesado –Y entonces se disculpó pues uno de sus subalternos lo llamaba para que le instruyera

sobre alguna de las evidencias que andaban recopilando.

Marcos aprovechó el momento para de nuevo marcar el número del jefe de homicidios a la vez que se introducía en el traje entregado por el forense e intentaba colocarse la mascarilla que no calzaba bien en su nariz aguileña. Los guantes de hule eran un fastidio para manejar el celular si no se estaba acostumbrado, pero al fin logró presionar en pantalla el nombre de Guillén. El celular repicó varias veces sin resultado y Marcos hizo varios intentos pensando que se trataba de problemas con su línea, pues de un tiempo a esta parte todas tenían fallas y la señal iba y regresaba sin que ninguna de las operadoras diese una explicación convincente del mal servicio, pero igual, no obtuvo ninguna respuesta.

En esto se encontraba cuando se topó con dos agentes que ascendían por las escaleras para dirigirse a la terraza de la edificación. Sin conocerlos les pregunto hacia dónde se encaminaban y estos confundiendo con uno de los auxiliares de Medicina Legal, le respondieron que se dirigían a la terraza porque se había encontrado otra víctima enrollada a las poleas del elevador. Sin perder tiempo y embutido en su traje protector, se unió a ellos escaleras arriba.

Una vez al aire libre, divisó al Inspector quién giraba instrucciones para que se permitiera la entrada de los bomberos quienes, seguramente, deberían acompañar a los muchachos de Lozano a una segunda actividad fuera de lo previsto. La labor se extendía y seguramente se tomaría el resto de la tarde. Guillén no reparó en el reportero y al igual que el resto de los detectives lo tomó por uno de los chicos de Lozano y entonces dirigiéndose a él le notificó que fuese por el jefe.

–Dile a Lozano que suba porque tenemos otro cadáver en esta azotea.

Marcos se desentendió de la mascarilla para saludar a Guillén y éste cayó en cuenta de quien se trataba.

–Hermano querido, que bueno verte... Tanto tiempo –fue su expresión de alegría acompañada con un abrazo fraterno, para luego darle espacio a continuar el recorrido, pues el periodista no aguantaba la curiosidad por descubrir los que estaba sucediendo.

–¿Cuéntame ¿qué está pasando aquí, Armando? –fue lo primero que le pasó por la mente, mucho antes de expresarle a su amigo de antaño, el placer de encontrarlo de nuevo después de tanto tiempo sin verse.

Ese desapego sentimental para nada inquietó Guillén, quien siempre le criticaba esa actitud que tenían él y sus colegas corresponsales, con respecto a sus amigos y familiares, para quienes lo primero era la noticia y luego las relaciones sentimentales. Por eso en su intimidad, Guillén no había conocido a ninguno que no viviera de divorcio en divorcio. Algo que le envidiaba Marcos Marín, cuando Guillén le confeso en una oportunidad que desde que contrajo matrimonio con Daniela, jamás había tenido otra aventura amorosa.

Los efectivos del Cuerpo de bomberos no tardaron en llegar al lugar con todo su equipamiento. Lozano y tres de sus muchachos le habían ganado apenas por unos pocos minutos. Una vez puestos de acuerdo los tres representantes de los distintos organismos, se acordó que Lozano dirigiría las acciones de rescate de la víctima

con el auxilio de los bomberos y luego dejarían actuar al Cuerpo detectivesco. Era previsible que el Jefe de Medicina Forense estuviese al frente de las acciones como igual lo había hecho en el piso inferior. De modo que los primeros en descender con sus respectivos arneses fueron Lozano y dos de sus muchachos, un tercero permaneció a la espera de instrucciones y cuidando de que el anciano forense no sufriese un accidente, puesto que como escalador o deportista no tenía ninguna experiencia al menos conocida en el medio legal.

Como el levantamiento del cadáver se iba a tardar mucho más de lo previsto y debía aplicarse el mismo protocolo que con la anterior víctima, Guillén, una vez otorgada la autorización para iniciar su pesquisa dentro del apartamento, invitó a Marcos Marín a seguirlo en compañía de los chicos de dactiloscopia.

—Ven para que observes a lo que nos estamos enfrentado —le dijo en tono condescendiente— sugiero que mantengas la mascarilla en su lugar. Esto no es para estómagos débiles.

Aquella advertencia le recordó al periodista varios casos en los cuales el Inspector había actuado. Los enumeró en su mente uno a uno: Los hermanitos Faddoul de 12, 13 y 17 años eran secuestrados en el 2006 por una banda entre los cuales se encontraban varios funcionarios policiales. Una vez malogrado el pago del rescate pedido por los asaltantes para liberar a las criaturas, no se supo más de ellos y semanas después fueron hallados en estado de descomposición en un terraplén fuera de la ciudad. Lozano con su equipo de forenses dictaminó que cuando los asesinos pidieron el rescate ya los niños habían sido asesinados. Con una escopeta

les había volado los sesos. Aquel crimen causó tanta repulsión en la opinión pública que hasta hubo manifestaciones de madres y ciudadanos frente al Ministerio de Justicia. La población harta de tanta delincuencia exigía un freno a la impunidad.

Aquellas movilizaciones no cesaron y secundadas por los medios de comunicación continuaron en su insistencia de que el gobierno tenía que ponerle mano dura al libertinaje. El caso no tenía que ver únicamente con funcionarios policiales, jueces y fiscales del Ministerio Público, sino que envolvía a toda la administración de justicia en todo el territorio nacional.

Casualmente hacía apenas una semana antes de la llamada del Inspector Guillén, Marcos había reseñado la muerte de uno de los involucrados en este hecho:

“Un hombre acusado de participar en el triple asesinato de los hermanos Faddoul y su chofer, murió tras enfrentarse a una comisión de la FAES, Fuerza de Acciones Especiales, de la Policía Nacional Bolivariana, el martes pasado. La víctima identificada como Samuel Francisco García Coronil, alias el Samuelito, de 34 años de edad, se encontraba en la avenida Antonio Guzmán Blanco de la Cota 905, cuando presuntamente ocurrió el enfrentamiento en el que recibió tres impactos de bala.

Según el reporte policial, en el sitio fue incautado un revólver calibre .38, modelo Smith & Weason, color negro con logo de la desaparecida Policía Metropolitana, organismo policial al que perteneció García Coronil. De acuerdo con las investigaciones de la FAES, el delincuente participó en el secuestro y homicidio de

los hermanos Faddoul: Kevyn de 13 años de edad, Bryan de 17 y Jackson de 12, así como el chofer de ellos, Miguel Rivas de 30 años, secuestrados el 23 de febrero de 2006 cuando el conductor se disponía a llevarlos al Colegio Nuestra Señora del Valle, de El Paraíso, y cuyos cuerpos fueron encontrados el 4 de abril de 2006 en el sector El Lechozal, San Francisco de Yare del estado Miranda.

Los secuestradores se habían comunicado con la familia Faddoul para exigir la suma de 10 millones de bolívares, a cambio de la vida de los muchachos. Tal cantidad fue bajando hasta llegar a 500 millones, pero al momento de la entrega del dinero y por diversas razones, la operación fracasó. Los cadáveres fueron encontrados por policías municipales de Yare y presentaban disparos de escopeta en la cabeza, con una data de muerte de 48 a 72 horas.

Por este hecho fueron condenadas 14 personas, 4 de ellas funcionarios de la Policía Metropolitana, encargados de montar una alcabala ficticia en la zona para cometer el plagio. Las pruebas presentadas por la Fiscalía, demostraron su responsabilidad en la planificación del secuestro y fueron sentenciados a 30 años de prisión.

García Coronil tenía orden de aprehensión emitida por el Tribunal 38° y 34° de Control de Caracas, por el delito de abuso de autoridad y estaba prófugo del Centro de Reclusión Zona 4 del municipio Baruta. El hombre portaba documentos de identidad falsos al momento del hecho”

Apenas a un mes de aquel secuestro en el 2006, en un estado

céntrico del país también se había perpetrado un secuestro con el inmediato asesinato del empresario Filippo Sindoni, propietario de una industria de pastas con reputación internacional, bajo el mismo modus operandi. Marcos, al cumplirse un año de aquel espantoso crimen, escribió en su periódico la siguiente reseña:

“Ocho presos, un secuestrador abatido, otro muerto a tiros, un rehén asesinado y otro herido fue el saldo negro de la historia del secuestro de Filippo Sindoni —industrial italiano, radicado en Maracay, Aragua—, que arrancó la noche del martes 28 de marzo de 2006 y terminó fatalmente, horas después. El 29 lo hallaron muerto en una quebrada en Arenales, cerca de Carora.

De 73 años, Sindoni —propietario de varias empresas como el diario El Araguëño, una televisora regional, fábricas de alimentos y bolsas plásticas— circulaba por su querida Maracay. Iba en su Honda Accord, dorado, placas DAC61A que conducía su chofer, Luis Alberto Sojo Ríos.

Pasaban cerca del Instituto Pedagógico de Maracay, en la avenida Las Delicias. Había una alcabala. Ante el cono rojo y la orden de detenerse, Sojo frenó. Allí mismo los sometieron. Al conductor le dieron un cachazo en la cabeza y lo dejaron cerca del Hotel Maracay, a pocas cuadras.

“Siempre estuvo belicoso”, contó el chofer de Sindoni, sobre los pocos minutos que pasó junto a su jefe luego de que los captores le manifestaran sus intenciones.

Los tres hombres que se llevaron a Filippo tomaron la autopista Regional del Centro. En Guacara, “cambiaron de ropa a Sindoni

y pasaron a un Toyota Yaris, blanco. Además, le suministraron tranquilizantes”, se cita del documento de apelación de las sentencias que se impusieron a los implicados en el caso.

El Accord quedó en Bejuma, a 109 kilómetros. Allí fue recuperado por la policía. Un campesino que transitaba por la carretera Carora-Barquisimeto, la mañana del 29 de marzo, vio un cuerpo tendido sobre el cauce de la quebrada Los Arenales. Estaba amarrado de pies y manos, golpeado y tenía un disparo en la cabeza.

En la autopsia le apreciaron mordidas en ambas piernas. “De Sindoni se decía que tenía un dispositivo —un chip— para ser localizado. Sus captores pusieron a un perro a que lo mordiera para extraerle el sistema de localización”, informaron fuentes en ese momento. El pelaje amarillo del animal quedó en la ropa que vestía el cadáver.

Sindoni reconoció a uno de los que lo llevaba en cautivero. Un exagente de la Guardia Nacional Bolivariana, Juan Carlos Saavedra, abatido al enfrentar al Cuerpo de investigaciones científicas en Caracas, el 21 de abril.

Saavedra estaba encargado de llevar a Sindoni hasta el Zulia. Era “el contacto entre los secuestradores y los autores materiales y la persona que se iba a encargar de negociarlo a grupos irregulares, ya que en Maracaibo iba a ser entregado a un ciudadano de nacionalidad colombiana”, explicó el director nacional del Cuerpo policial. Deborah Estanga, quien acompañaría a Saavedra y a Charly Ferry Hernández al Zulia, declaró que “Sindoni sería entregado a un ciudadano de nombre José Manuel Sierra (alias el

Colombiano) para ser negociado con la guerrilla colombiana por 10 millardos de bolívares”. A las 2:00 am, en el sector Cerro Blanco, cerca de Arenales, Saavedra detuvo bruscamente el Yaris. “Sindoni lo había llamado por su nombre para ofrecerle más dinero a cambio de su liberación, pero éste, al verse reconocido lo bajó del carro, lo apuntó en la cabeza y posteriormente le disparó”, se cita del documento, causa número 1As-7005-08.

Otro implicado en el secuestro fue Néstor Orlando Lamuño, asesinado en Cúcuta el 8 de abril de 2006. Le propinaron varios balazos. La mayor pena recayó en Miguel Ángel Joao de Jesús. El Juzgado Primero de Juicio de Aragua lo condenó a 29 años, 6 días, 7 horas y 20 minutos de prisión por: secuestro de anciano (con muerte en cautiverio), uso indebido de uniformes, robo agravado de vehículo automotor, asociación para delinquir y suministro de sustancia estupefaciente y psicotrópica.

Para Charly Terry Hernández la condena fue de 25 años, 10 meses y 15 días, por homicidio calificado en grado de complicidad, secuestro de anciano y asociación para delinquir. Por los mismos delitos, Déborah Estanga fue condenada a 24 años y 9 meses de prisión. Rafael Orlando Lamuño —padre de Néstor— antiguo funcionario de la Policía de Carabobo, fue condenado a 25 años de prisión por secuestro de anciano (con muerte en cautiverio), asociación para delinquir y suministro de sustancia estupefaciente y psicotrópica.

El policía de Aragua, Víctor Contreras debe pasar 23 años en prisión. Se le imputó por secuestro de anciano (con muerte en cautiverio), asociación para delinquir y utilización ilegal de bienes

públicos. Contreras dotó de uniformes a los delincuentes para montar la alcabala”.

En cuanto al caso Faddoul, Guillén había logrado la captura de los uniformados que habían colaborado con el secuestro y relacionó ambos delitos a base de conjeturas. Una vez sometidos a interrogatorio los policías involucrados, no tardaron en soltar la lengua. Esto les permitió a los detectives capturar a una veintena de individuos que conformaban la banda que había secuestrado al empresario.

Igualmente recordó Marín que a Guillén le tocó resolver los casos de dos jóvenes periodistas que casualmente trabajaban en el mismo medio televisivo, una en grado de pasante, pues le faltaba poco para obtener su título, y otro, ya curtido en la lides de la fuente policial, a quien un futuro promisorio lo esperaba a la vuelta de la esquina, de no haber sufrido tan terrible percance. La primera fue asesinada por un reconocido psiquiatra que en su momento prestó asistencia al Presidente de la República. En cuanto al segundo, una noche de diversión lo llevó a una muerte prematura por parte de un drogadicto en su propio apartamento. Para los entendidos en la materia, Guillén era un gran investigador a pesar de las trabas que siempre le colocaban en el Cuerpo Policial, pues solía ser peor que una picazón en el trasero cuando se sufre de hemorroides, de allí que una vez ascendido a Inspector, su carrera se había quedado congelada en el tiempo, detenida como un objeto inanimado. Si bien estos dos casos habían impactado para su momento a la opinión pública, y hubo manifestaciones por semanas

y hasta por meses la cadena de crímenes no cesó, todo lo contrario, apenas transcurridos unos meses, los asesinatos y secuestros se incrementaban y los procesos pasaban al archivo de casos no resueltos. El crimen avanzó al extremo de no respetar ni siquiera a jerarcas, líderes y diputados del gobierno, incluso en medio de tantas manifestaciones también resultaba asesinado de un tiro en el pecho, un reportero gráfico a manos de efectivos policiales. Los secuestros eran el pan de cada día y de nuevo varios crímenes aberrantes aterrizaron en el feudo de Guillén: Una célebre actriz y su marido eran asesinados en plena vía pública, los asesinos resultaron ser un par de menores de edad y el Inspector resolvió el caso en tiempo record. Dos años pasaron en confinamiento aquellos chicos hasta que un tribunal les otorgaba medidas de libertad bajo presentación. A las pocas semanas, los mismos chicos fallecían en un enfrentamiento con la policía luego de haber asaltado una joyería en un centro comercial, dejando al dependiente tendido tras el mostrador con una bala en la cabeza. Una vez resuelto el caso de la actriz y su marido, al Inspector le tocó enfrentar otro asesinato monstruoso: un joven diputado por el partido de gobierno, era asesinado a puñaladas en su propio apartamento junto a su asistente. En las primeras de cambio, el gobierno optó por hablar de terrorismo y acusar a la incipiente oposición de haber ordenado el asesinato. En días, Guillén logró descubrir que se trató de una disputa por unos dólares en donde la droga jugó su papel. Dos de los implicados terminaron en prisión y un tercero se fugó a Colombia. Para la fecha aún se esperaba que la Fiscalía enviara un oficio a los organismos policiales de ese país, o a Interpol para la búsqueda y captura del prófugo. Cerrando con broche de oro, al Inspector le correspondió también dar con el primer asesino en serie en la

historia policial del país. Un caso digno para la televisión en capítulos por entrega.

11.45 am

Ambos amigos tomaron las escaleras seguidos por el equipo de dactiloscopia al doceavo piso. La hedentina había aumentado en forma exagerada debido al calor ya que el sol inclemente dejaba caer toda su furia de rayos gamma, sin consideración alguna, sobre aquellos hombres forrados en polietileno que intentaban esclarecer una aterradora escena de un crimen. Todo ocurría a plenas horas del mediodía. En la terraza, el médico forense, antes de descender por la boca del túnel del elevador, le había comentado al jefe de detectives que el cadáver del apartamento había sido vaciado del todo.

–¡Vaciado! ¿Cómo es eso? –se había impactado el detective. Durante su estancia, más le había llamado la atención el teatro lúgubre del crimen que la propia víctima.

–Tal como lo oyes, no dejaron sino el cascarón. Y no sólo le quitaron los órganos sino algunos huesos de valor clínico y hasta médula espinal. No dejaron casi nada para realizar una autopsia integral.

–¡Santo Dios! ¿Algún ritual?

–Es posible... O también puede tratarse de contrabando de órganos –agregó el forense– pero para eso se requiere de un equipo

muy sofisticado pues el tiempo es el principal enemigo de la isquemia en órganos recién extraídos de un donante. En este caso, al parecer, un donante involuntario.

–Pero eso no explica la cantidad de sangre, pues tú mismo me comentaste que de milagro el cuerpo humano llega a los cinco y medios litros y lo que observamos en el departamento es un desajuste de plasma.

–Pues si lo explica, lo irrigaron con agua o alguna solución tratada para no contaminar los órganos. Es decir los lavaron y los trataron como un banquete para reyes. De allí el reguero de supuesta sangre que más bien está mezclada con esa sustancia antiséptica. En todo caso, eso lo dirá el laboratorio.

–Ahora bien, pensando un poco acerca de los motivos, también podría tratarse de una venganza y todo el escenario es para oscurecer y desorientar la investigación –acotó Guillén en un rebusque de ideas que compartir con el galeno.

–Bueno, todo cabe en este asunto hasta analizar los datos recopilados y llegar al menos a un par de conclusiones –dictaminó el forense para de inmediato dirigirse al levantamiento de su nuevo cadáver, no sin antes desearle suerte a su amigo con la identificación de la víctima que lo esperaba en la parte baja.

Si alguna vez Marcos Marín había visto algo en toda su vida que lo aterrorizara, esto superaba cualquier escena que se le hubiese ocurrido en sus tiempos de novelista. Sería el único testigo entre todos los miembros que integraban el Sindicato de la Prensa que se encontraba ante aquella escena tan escabrosa. ¿Cómo describir

con palabras algo tan horrendo? se preguntó. No existía ficción posible que superara aquella realidad espantosa, ni siquiera palabras orales o escritas que pudiesen describir aquel infierno. Tampoco ninguna imagen podía describir aquel horror a pesar de aquella frase que insinuaba que las palabras no eran necesarias ante una instantánea digitalizada, pues la misma podía pasar como una vulgar escena terrorífica de un film de vieja data. No existían efectos especiales en el cine que pudiesen imitar tal espanto.

Había ingresado decidido al apartamento detrás del Inspector y a pesar del traje no pudo evitar el aturdimiento ante aquella escena dantesca. La sensación de náuseas lo invadió al punto de producirle una parálisis involuntaria. Si bien la conciencia lo conminaba a continuar, esa orden neurológica no se correspondía con las acciones motoras de Marcos Marín. Guillén continuó en lo suyo junto al grupo de dactiloscopistas y ninguno reparó en aquel ser inmóvil, una estatua viviente enjuta en polietileno. El trance pareció eterno aunque en realidad solo duró unos minutos. El tiempo que tardó el Inspector en revisar gavetas y vaciar contenidos en la búsqueda de algo que ratificara la identificación recibida por la vigilancia privada. Y ciertamente la primera sorpresa para el detective fue un título profesional otorgado a Patricio Segundo Rodríguez Ocando, pergamino que lo reconocía como Licenciado en Farmacia. Lo segundo hallado en otra gaveta de su estudio particular cubierto por una receta de Prednisona, fue una credencial que lo distinguía como Jefe del Departamento de Medicinas Retrovirales del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social.

Marín volvió a la vida al sentir la mano de Guillén sobre su hombro, el susto no desapareció del todo ante aquel tacto milagroso,

que lo rescataba de las llamas del infierno. El Inspector se le había acercado para satisfacer su curiosidad acerca de quién era la víctima.

–Se llamaba Patricio Rodríguez y al parecer era un alto funcionario del Ministerio de Sanidad –le indicó al periodista luego de permitirle un respiro de alivio al notar su perturbación.

–Esto pica y se extiende –alcanzó a responder el periodista.

–Mira esta credencial en donde lo acreditan como Jefe de Retrovirales –le alargó Guillén el carnet a Marín.

–Se tratará de una venganza ¿Qué te dice tu buen olfato?

–Podría ser... Lozano y yo repasamos algunas posibilidades. Él cree que también podría tratarse de un contrabando de órganos, pero a la vez le da poca opción por el tiempo de algo que él denomina isquemia.

–Sí, ese es el lapso de duración antes de que el órgano se dañe –le instruyó el periodista– creo que debido a la falta de irrigación de células sanguíneas.

–Pues, al parecer pudieron contar con un equipo bastante sofisticado para llevar ese trabajo a cabo. De ser cierta esta hipótesis habría que preguntarse cómo y quienes lo introdujeron –se preguntó el detective rascándose parte de su calva, algo que siempre hacía cuando un caso lo perturbaba más de lo normal.

–O bien ya el equipo estaba adentro –agregó Marín.

–Cierto, no me había detenido en esa posibilidad –aclaró Guillén.

–Ahora bien de ser cierta la teoría de Lozano ¿qué tiene que ver un farmacéutico con un cargo en el gobierno guardando unos equipos sofisticados del trasplantes de órganos?

–Podía vender equipos, o bien el equipo era una muestra para hacer algún negocio con el gobierno, o se lo guardaba a alguien, o... –los “o” se le acababan a Guillén y entonces escucho a Marcos Marín, completar su opciones.

–O el equipo ciertamente le pertenecía...la cuestión está en si era nuevo o ya había sido utilizado, si era un equipo portátil aun siendo bastante sofisticado o bien un armatoste difícil de ser trasladado de un lado al otro con facilidad.

A ambos hombres se les agotaban las deducciones cuando ya el jefe de Medicina Legal regresaba de la terraza. Había dejado a los bomberos para que realizaran la extracción del cadáver desde la fosa del elevador.

–El de arriba si está completo y pareciera que sufrió una caída, pues no le noté ningún otro tipo de heridas o contusiones que me indicara lo contrario. Tus chicos –se dirigió a Guillén– no le encontraron ninguna identificación, lo único vacío que tenía eran los bolsillos.

–¿Alguna de tus teorías? –inquirió Guillén.

–Para mí se cayó o lo lanzaron al foso, en todo caso la autopsia

nos dirá el resto. Creo que permaneció un tiempo con vida aún después de la resbalada. Si había alguien con él, lo dejaron abandonado a merced de los zamuros. Esos bichos me persiguieron por toda la azotea.

—Evidente mi querido Watson... Con esa putrefacción con la que saliste de aquí, qué esperabas —bromeó Guillén en una especie de venganza contra el galeno que desde hacía rato venía haciendo de él un monigote.

—Ya me tocará a mí cuando subas por tus huellas dactilares —respondió Lozano sin señal alguna de haberse ofendido.

Andrés Lozano se jactaba de una larga trayectoria en medicina forense. Durante su carrera había participado en decenas de simposios a nivel nacional e internacional. Era un científico sumamente reconocido en Méjico, Colombia, Brasil, Uruguay, Paraguay, España y Estados Unidos. Incluso hasta China había ido a parar y bromeaba afirmando que allá había conocido a Charlie Chan, aludiendo a una serie norteamericana de finales de los cincuenta e inicios de los sesenta, ubicada en la Honolulu de los años veinte. (Hoy en día aquel detective es asimilable al Inspector Jefe Chen Cao, personaje del escritor chino Qiu Xiaolong, del cual Lozano era fanático, hasta que en el país fueron cerrando todas las librerías y no logró ver más nunca un título del autor.)

Cuando el galeno hacía esos comentarios para lucirse en presencia del policía, pues según su calificación, el Inspector apenas había salido del país por pocas semanas, una o dos veces a unos breves cursos en la Sureté francesa y en el FBI, Guillén se pre-

guntaba si Lozano había hecho célebre a Marín, a finales de los ochenta, o Marín le había dado notoriedad a Lozano, a inicios de los noventa. Todo comenzó con un reportaje de Marcos Marín, que los catapultó a los dos a la fama, en donde trataba presuntos secuestros de niños en la capital, que luego se extendieron al interior para robarles las corneas y comercializarlas en varios países de Centroamérica y Latinoamérica.

Guillén, recién ascendido a Inspector y presionado por la prensa, había puesto todos sus hombres a disposición de sus jefes para aclarar estos casos. Fue una investigación plena de incertidumbre que le llevó largas semanas sin resultado alguno, pues no fue posible encontrar una sola víctima o familiar que hubiese padecido esa terrible experiencia. Gracias a estas denuncias en los medios nació su amistad con Marcos Marín a quien más tarde le presentaría a su compañero de bares, Andrés Lozano, joven aún y con un instinto de superación envidiable. El “boom de las corneas” arrancó 1987 y continuó su giro intrigante hasta el 2008. Durante ese intermedio Guillén descubrió dos cosas fundamentales de sus amigos: el periodista era un estupendo fabulador, y “montador de ollas” (Así se les decía a las noticias amarillistas que llenaban las primeras páginas de los periódicos cuando escaseaban las informaciones de sucesos), y Lozano era un arribista en busca de plataforma que lo catapultara a la gloria. De modo que ambos se complementaban y siempre se necesitaron uno al otro, hasta el rompimiento de Marín con la prensa y su huida al mundo de la literatura. En realidad era una mezcla de ficción con realidad, lo que Marcos terminó escribiendo, o más bien un hacerse eco de rumores que en algunos casos podían ser infundados, pero en otros,

(apreciación de Marín) debían ser investigados pues cuando el río sonaba era porque piedras traía. Así el periodista justificaba su información con una sentencia digna del Ciudadano Kane: “nuestro deber es denunciar, y el de los cuerpos policiales investigar”. Y en esto no dejaba de tener razón aunque todo aquello luciera como el *súmmum* en la historia del llamado “amarillismo periodístico” a las primeras de cambio. El caso es que entre 1987 y 1989, aparecieron en la prensa latinoamericana numerosos artículos que denunciaban el secuestro de niños para extraerles órganos (como ojos y riñones) los cuales eran enviados al extranjero para implantarlos a otros infantes de familias acomodadas. El primer país en que se produjo la denuncia fue Honduras a finales de los ochenta. Posteriormente, el rumor se extendió a Costa Rica, México, Haití y Venezuela.

Si bien para algunos investigadores aquello fue catalogado como parte de las leyendas urbanas, para otros que se movían en un tablero de ajedrez político, el rumor buscaba engendrar una campaña fomentada por la izquierda contra los Estados Unidos, país que surgía como beneficiario de los órganos supuestamente robados. Un patrón mediático coordinado por la KGB soviética, la Stasi de Berlín Oriental y el G2 cubano. Algo denominado “Globos de ensayo” para crear terror en la ciudadanía con propósitos pocos transparentes ya que se publicaban las denuncias pero nunca los desmentidos ni las pruebas concernientes a los casos denunciados.

Guillén, en medio de la fetidez y a punto de regresar a la terraza de la residencia para dedicarse al segundo cadáver encontrado en

el elevador, reconocía de pronto la voz lejana de un Marín a pocos días de finalizar el año 1987, embriagado hasta la saciedad, brindando en medio de la algarabía y en plena barra, que le confirmaba: “Toda esa vaina la inventé yo en navidad Guillén, no te des mala vida. No tenía un solo suceso para cerrar la página ese 24 de diciembre”.

La llegada de uno de sus subalternos enrollado como maleta de aeropuerto en su saco azul añil, cortó las cavilaciones del Inspector, quien recordó que debía subir al piso siguiente a terminar lo ya empezado en esta residencia. De modo que se vio obligado a dejar a los dos amigos cayéndose a teorías orgánicas. No había cruzado la puerta del pasillo cuando un escándalo en la planta baja lo sorprendió. Las Fuerzas especiales del Estado (el SI) tomaban la edificación en medio de una golpiza con sus agentes del Cuerpo de Homicidios. Cubiertos sus rostros con pasamontañas y ataviados con armas largas de combate, como si enfrentaran a un grupo terrorista islámico, buscaban franquear la entrada mientras los de homicidio creaban una barrera para impedirselo. En plena trifulca, los policías uniformados no hallaban por cuál de los dos organismos tomar partido y también se encontraban divididos, unos a favor de los agentes de homicidios y otros en una actuación adúlante apoyando a los encapuchados que rayaba en la exageración. Los periodistas aprovechaban el caldo de cultivo y cámaras en mano también recibían lo suyo pero no cesaban en su empeño de grabar las escenas del conflicto cada una mejor que la anterior. Guillén al observar aquel bochorno corrió hacia el elevador y accionó el botón de bajada sin darse cuenta que sus muchachos se encontraban aun recogiendo evidencias en el interior del espacio. Se oyeron unos gritos surgidos desde la cavidad y entonces tomó

conciencia de lo que acababa de hacer. Maldijo con toda su humanidad, tal fue el estruendo que Marín y Lozano salieron corriendo a su encuentro. Se encontraba abatido y lleno de ira pensando en lo que había causado con su acción, quizás uno de sus muchachos estaba herido o peor aún, pero no quiso pronunciar la palabra. Muy dentro de él, culpaba a los invasores y a su prepotencia y juraba que si uno solo de sus muchachos había resultado herido, quien dirigiera la banda de asalto iba a vérselas bien feas y tendría que atenerse a las consecuencias. Estas no iban a ser buenas si bien su fama seguía intacta, por algo lo llamaban el “duro” Guillén. El elevador abrió sus puertas y dentro se encontraba el chico que había bajado anteriormente en su busca.

—Nada sucedió, señor—dijo sin perder tiempo al observar lo compungido de su jefe— dos compañeros se quedaron guindando en el hueco pero fueron rescatados con rapidez por los bomberos que quedaron arriba.

Guillén respiró profundo, necesitaba oxigenar la sangre antes de bajar y darle apoyo moral y violento, si fuese necesario, a sus novatos. Era un sesentón de fuerte corpulencia. Siempre se había ejercitado en artes marciales, el único deporte que desde adolescente le llamó la atención. A su edad había alcanzado el quinto dan y durante muchos años, antes de la revolución, compartía su oficio en homicidios con clases de artes marciales en la Escuela del Cuerpo Policial. Sus discípulos lo describían como un entrenador duro pero a la vez comprensivo cuando se requería de un amigo veterano o de una especie de padre sustituto.

Apenas cerraron las puertas del ascensor con los cuatro hombres

adentro, se escuchó una ráfaga de metralleta. Marín pensó lo peor, pero Guillén al notar su turbación lo tranquilizó.

–No te angusties, esos son unos cagones, seguro dispararon al aire para atemorizar a mis agentes –y no dejaba de tener razón– no ves cómo se cubren la cara para que uno no se los consiga en la calle solitos y sin manada.

–Espero les caiga un proyectil de regreso en la cabeza –agregó Marín

–Ni lo pienses en serio, estos idiotas no saben que un proyectil frío mata igual si les cae encima –aclaró Lozano.

Al abrirse las puertas del elevador, la trifulca había arreciado y los insultos iban y venían. El saldo de la golpiza había dejado unas narices y bocas rotas de lado y lado y la pelea se había reducido a insultos y amenazas. Pistolas en manos, pero en clara desventaja, los chicos de Guillén insistían en no permitir la entrada a la escena del crimen del Servicio de Inteligencia sin una orden judicial. Cuatro funcionarios de la Fiscalía General se encontraban igual en medio de aquella discusión. Dos apoyando a los de homicidios y dos que habían llegado con el Servicio de Inteligencia. Nadie se ponía de acuerdo. Guillén surgió de las sombras del edificio y fue recibido con odas y aplausos. Eso no lo hacía sentir cómodo y su rostro adquirió un rictus desconocido para Marín, no así para Lozano. Se acercó con pasos apresurados a la verja en donde sus hombres no abandonaban la barrera. Entonces se abrió paso como un toro echando fuego por las fosas nasales.

–¿Quién coño está a cargo aquí? –se dirigió al primer miembro

del SI disfrazado de cuervo con quien se tropezó.

El agente no supo que contestar al verlo tan airado y solo atinó a hacer un gesto hacia la camioneta fúnebre con las siglas del organismo en sus puertas, que se encontraba a unos metros de distancia. Hacia allá se dirigió el Inspector en tanto que la algarabía cesaba y un silencio llano se imponía ante su avance titánico, parecido a un tornado dispuesto a arrasar con todo a su paso. Lozano y Marín no asomaron las narices. El primero porque era algo que no le competía, sin embargo le daba todo su apoyo moral al amigo, y el segundo para no perder la primicia si era descubierto dentro de la residencia por alguno de sus colegas. Marín extrajo el teléfono de su chaqueta con cierta incomodidad pues seguía envuelto en plástico y marcó el número de Rosalba, su mujer. Nadie respondió.

Ambos observaron a la distancia un celaje de la espalda del Inspector quien se había desecho del uniforme plástico mientras se encontraba en el elevador. Salir así vestido significaba que podía perder el respeto de sus agentes. Una fuerte ventisca le alzó el paltó y si Marín hubiese estado más cerca, habría notado que no llevaba pistola, nunca la usaba...pero eso ya Marín y Lozano lo sabían. No le gustaban las armas desde su último tiroteo en donde casi ejecuta a una mujer inocente. Afortunadamente la herida fue leve, pero él jamás se perdonó ese desatino.

Era la segunda vez que veía a su amigo enfrentarse a los engreídos del Servicio de Inteligencia, un apellido que les quedaba

grande: “Inteligencia” pensó y se ríó para sus adentros. En la primera oportunidad que lo observó tan airado fue cuando en el 2004 asesinaban a un Fiscal del Ministerio Público. Un caso que hasta la fecha no se había resuelto y que le costó el ascenso a Guillén y para colmo una despedida del Cuerpo. Guillén, ni corto ni perezoso, acudió al Ministerio del trabajo y solicitó ante la inspectoría que calificaran su despido, con la suerte que, cuando dos Inspectores se encuentran, aunque pertenezcan a organismos distintos al igual que los bomberos, no se pisan la manguera, pues nunca se sabe cuándo uno de ellos necesitara del otro. Una vez efectuadas las diligencias respectivas, Guillén fue reincorporado a su cargo luego de un año de dimes y diretes, y le fueron cancelados todos sus salarios caídos y sus prestaciones sociales. Por supuesto que la idea era retirarlo del caso del Fiscal asesinado por vía de hecho. Cuando retornó a su oficina ya el ridículo de procesados y detenidos, testigos estrellas y fiscales comprados, jueces amenazados y empresarios huidos, había pasado a la historia de los llamados “cangrejos judiciales”. Sin embargo él había sacado sus propias conclusiones: Una mafia de corruptos usó a un pendejo para lucrarse y el pendejo creyó que podía estafar a la mafia de corruptos y quedarse con una tajada de la corruptela. A la Directiva que lo había cesado también la despacharon y jamás se supo a donde fueron a parar sus miembros. Para aquellos momentos ya Marcos estaba dedicado a la escritura. Había abandonado el periódico con la promesa de “jamás regresar a esa labor”. Más en un país en donde la vida de los periodistas pendía de un hilo, a menos que fuesen complacientes con las informaciones oficiales. Sin embargo en su novela titulada “Mi adorada prostituta” cuya trama versaba sobre una prostituta y su proxeneta que hacían dinero gracias a

una sociedad de “chicas” creada para complacer en sus preferencias sexuales a los nuevos millonarios impuestos por la revolución, así como a altos jerarcas del gobierno, militares, banqueros y hasta sacerdotes. Marcos hubo recopilado decenas de reportajes acerca de la muerte del Fiscal. En los primeros se mencionaba a Guillen, unos días después, el Inspector había desaparecido de todas las reseñas de prensa referentes al caso. El primero de los recopilados, aparecido en el periódico para el cual había trabajado, narraba:

“Eran las 11:00 de la noche del jueves 18 de noviembre de 2004 cuando se escuchó un estruendo en la urbanización en la avenida las Ciencias con calle Vargas de la urbanización Los Chaguaramos. Los vecinos, quienes mayoritariamente dormían para ese momento, salieron de edificios y casas cercanas para percatarse de lo sucedido. El estruendo había sido originado por la explosión de un vehículo el cual causó daños a los inmuebles cercanos, reventando los vidrios de las ventanas y algunas paredes en mal estado. Al llegar las autoridades, el rumor dio cuenta de que se trataba den una camioneta Toyota Autana, dentro de la cual se encontraba un ciudadano totalmente carbonizado.

La víctima:

Nacido en Caracas, Danilo Anderson estudió Derecho en la Universidad Central de Venezuela (UCV) y se especializó en criminología y leyes ambientales. Después de un tiempo trabajó en bufetes de abogados y fue fiscal tributario entre 1993 y 2000. Anderson se manifestaba como un izquierdista radical, que a pesar

de sus opiniones era considerado por varios como uno de los más destacados y brillantes fiscales del Ministerio Público.

Las investigaciones que inició Anderson buscaban destapar crímenes políticos y homicidios ocurridos durante el golpe de Estado de abril de 2002 contra el presidente Hugo Chávez Frías. Además estaba investigando a banqueros y sus vinculaciones con el Alto Gobierno. Los casos que estaba llevando el fiscal fueron calificados como una sentencia de muerte o sicariato con ventaja y alevosía, pues le habían colocado un par de explosivos C-4 debajo de su asiento, los cuales hicieron explotar en el lugar preciso con la finalidad de no causara daños a personas inocentes.

Las comisiones policiales y de la Policía Científica, al mando del Inspector Armando Guillén, llegaron al sitio a realizar las investigaciones del caso en tiempo record pero vieron interrumpidas sus pesquisas al apersonarse a la escena del crimen varias personalidades políticas que entorpecieron la actuación del Cuerpo policial, entre ellos el entonces vicepresidente José Vicente Rangel, quien llegó al lugar del evento de forma inesperada, hecho que repudió y causó suspicacia en Marisela Anderson, hermana de Danilo Anderson, quien relacionó a Rangel con la muerte del fiscal y dijo para los medios reunidos en el lugar que dicho personaje “estaba detrás de los banqueros que mi hermano quería meter preso por hechos de corrupción. Nadie me quita de la cabeza esa hipótesis”.

Tras las investigaciones del caso resultaron detenidos y condenados a más de 29 años de prisión los excomisarios de la PTJ y Disip, Otoniel y Rolando Guevara, mientras se continuaba investigando sobre los supuestos autores intelectuales.

“Por lo que se conoció en ese momento el explosivo C4 tenían que haberlo activado a distancia, la explosión fue muy fuerte, reventó algunos vidrios y abrió un boquete en la calle. Durante las investigaciones del caso en ese mismo año del suceso fue abatido en un supuesto tiroteo en pleno centro de la ciudad un hombre identificado como Antonio López Castillo, a quien lo investigaban por la presunta posesión del C4 con el que se asesinó al fiscal.

Este caso generó impacto en el país, principalmente por la forma como fue asesinado Anderson y como lo manejaron de forma dudosa, debido a que aún los autores intelectuales del crimen no han sido identificados o incriminados, por lo que este caso se sumó a la larga lista de crímenes sin resolver, cometidos en Venezuela”. De aquella historia ya habían transcurrido trece años. Un número que para nada le gustaba a Lozano y menos a Marcos Marín, sobre todo si caía en día martes, la fecha que marcaba el almanaque esa mañana funesta.

12.10. pm

Desde su “concha” Marín y Lozano observaban a Guillén rumbo a enfrentarse al comandante del SI. En su recorrido no le permiten acercarse al grupo de periodistas y camarógrafos que habían sido relegados a la distancia por las fuerzas especiales, tampoco Guillén tenía esa pretensión. Va directo a lo suyo pero a unos pasos de la camioneta, algo lo detiene de ipso facto. Una llamada a su celular, probablemente ¿la hace o la recibe? Marín lo observa a los lejos con el aparato recostado a su oreja. Unos segundos y cuelga.

Luego, gira su rostro hacia el penthouse en cuestión y continúa hacia su objetivo. Llegando al vehículo, alguien sale del mismo, es el comandante del operativo y se observa a Guillén discutir airadamente. El otro solo escucha y parece llamarlo a tranquilizarse. Alguna explicación le estará dando. Mientras Guillén discute, Lozano le comenta a Marín:

–Esto parece un deja Vuh –recordando también el caso del Fiscal que Marín anteriormente le había comentado.

De pronto suena el celular y el Forense se apresta a responder.

–Sí...Sí...Claro...Bien seguro –cuelga y dirigiéndose al periodista le pide excusas, pues debe subir. Lo acaban de llamar desde arriba. Una emergencia se ha presentado.

–Quieres que te acompañe –pregunta el reportero.

–No, no es necesario, más bien vigila y cuida al vejete –refiriéndose al Inspector.

En plena discusión en donde solamente Guillén lleva la delantera ante las continuas excusas del comandante del SI, aparece una comitiva de camionetas negras. Los reporteros cambian de objetivo y todos se dirigen hacia ellas. El comandante del SI le pide disculpas al Inspector y le sugiere que lo acompañe. Ambos avanzan en pos de la comitiva recién llegada mientras un operativo relámpago se despliega para impedir a los camarógrafos tomar terreno en su búsqueda frenética de la noticia.

De la primera camioneta surgieron cuatro hombres que tomaron

posiciones, igual ocurrió con la tercera y hasta tanto no hubieron revisado el perímetro, él, o los que se encontraban en el segundo vehículo, permanecieron a resguardo. Guillén entendió que se trataba de algún personaje más importante de lo que había pensado, pues eran muchos los guardaespaldas que se distribuían el trabajo. Y efectivamente no se trataba de un personaje sino de tres. Dada la orden de que todo estaba controlado, del vehículo descendían el Ministro de Sanidad y dos de los más importantes dirigentes del partido de gobierno. “Esto ahora si se puso al rojo vivo”, pensó Guillén. El comandante del SI se dirigió al personaje principal quien custodiado por los dos dirigentes, cruzaron unas palabras con el funcionario, aunque más que palabras, parecían órdenes. Guillén esperaba a la distancia hasta que fue conminado a acercarse. Ahora los cinco hombres conversaban entre ellos, Guillén no discutía sino que se mostraba sumiso. Marín había subido al tercer piso de la residencia para observar mejor los acontecimientos. No pasaron quince minutos cuando Guillén regresaba a reunirse con sus hombres. Los policías uniformados comenzaban a abandonar la escena y sólo unos pocos quedaron relegados a funciones de tránsito, los habían encargado para redirigir el congestionamiento de automóviles. Guillén se tomó su tiempo mientras regresaba de su encuentro con la comitiva. Se detuvo en varias ocasiones y conversó con el comandante del SI, igual llamó a uno de sus agentes y le giraba algunas instrucciones. El subalterno entonces se dirigía al resto de los agentes y estos comenzaban a recoger sus macundales, paralelamente, Marín recibía una llamada. Era Guillén.

–Deshazte del traje plástico, lánzalo por el bajante de la basura y sal de la residencia como Pedro por su casa –fueron sus únicas palabras. Frases que Marín copió al pie de la letra.

Descendiendo por las escaleras, Marín se tropezó con la horda de agentes del SI que subían piso a piso de forma atropellada. Solo el último reparó en él.

–Y usted que hace aquí –demandó en tono enérgico el cuervo.

–Yo vivo aquí, me pidieron que dejara el apartamento y esperara con los demás vecinos en la planta baja –respondió convincentemente Marín. El funcionario, encapuchado, pareció dudar pero una voz desde las alturas lo conminaba a apresurarse. Marín respiró en paz.

Al llegar a la planta baja y traspasar la rejas de la entrada aprovechando la algarabía para burlar a sus colegas, divisó a Domingo Navas, su reportero gráfico y le hizo una seña disimulada que éste captó de inmediato.

–¿Dónde estabas, te me perdiste? –demandó el fotógrafo.

–Después te cuento, huyamos rápido que aquí hay gato encerrado.

–¿Y vamos a dejarle esto a los otros medios? –pregunto incrédulo el fotógrafo.

–Tienes razón, tú permanece aquí, que yo voy en persecución de algo bueno. Demás está decirte que esto es entre tú y yo, cuidadito con soltar la lengua.

Marín estaba al tanto que cuando todos los reporteros se reunían en una escena del crimen, compartían información por lo que el periodismo de la actualidad dejaba mucho que desear con el periodismo del pasado, en donde “el tubazo” como se les llamaba a las primicias, eran lo máximo en esas lides, así como despliegue de felicitaciones por los colegas, además de un elemento a ser tomado en cuenta para los premios anuales de periodismo. Marín había ganado los suyos en sus mejores tiempos, ahora le habían salido buenos competidores, y Ronna Rísquez, era uno de ellos en la fuente de sucesos. Lo había destronado, superándolo con un caso que él, por ambicioso, creyó que tenía entre sus manos cuando se desempeñaba en su noticiero por redes sociales. Quizás el mejor procedimiento ejecutado por Guillén: “El asesino serial de Caricuaó”, el único suceso en donde el premio otorgado podía compararse a los viejos galardones, pues desde el 2002, el gobierno revolucionario otorgaba esa distinción bajo sus reservas y los periodistas de la “prensa libre” no presentaban sus trabajos, ante un jurado que lucía amañado por una designación a dedo, muy cuestionada por el gremio que los agrupaba.

Caminó apresuradamente hasta el vehículo rotulado con el logotipo de su matutino y el chofer al observar que se acercaba, dejó la charla con el grupo de conductores que también esperaban por sus pasajeros. Una vez que estuvieron frente a frente, le hizo una señal para dirigirse al vehículo. El chofer le siguió la corriente y ambos tomaron asiento.

—Dale chola, Pascual, que tenemos algo bueno.

—¿Y qué hay de Domingo?

—Él se queda con los demás reporteros para evitar sospechas, tú llévame a la Central y luego regresas por él.

Situaciones como estas le elevaban la adrenalina al reportero. Estaba seguro que Guillén se traía algo entre manos. Conociéndolo como él lo conocía, esa sumisión ante el Ministro y los jefes del partido no formaba parte de su personalidad. Además le había sugerido abandonar la escena y desaparecer como Pedro por su casa y para buenos entendidos aquello significaba: “nos vemos en la Central”

Pascual no perdió tiempo en arrancar el vehículo y lo hizo sin llamar la atención del resto de los choferes, mucho menos de los periodistas que continuaban asediados por los efectivos del SI. Marín pensó que si no había mucho tráfico, en media hora estaría frente al escritorio de Guillén aclarando todas esas dudas que lo perturbaban. En el trayecto recordó algunos casos que tanto a él como al Inspector lo habían afectado profundamente. Si bien para el año en curso, el Inspector manejaba la cifra de 26.616 personas fallecidas de forma violenta en un país con las mayores reservas de petróleo del mundo según se llenaba la boca el gobierno revolucionario, aquellos acaecidos en el pasado, donde perecieron sus colegas en cumplimiento del deber pesaban como el ancla de un trasatlántico averiado. Por su mente cruzaron los nombres del reportero gráfico Jorge Tortoza, un 11 de abril del año 2002, Roxana Vargas y Javier García (junio del 2008), estos dos últimos colegas laboraban en la desaparecida Radio Caracas Televisión. Toda familia venezolana, cargaba un pésame a cuestas. En esos casos llevados por el Inspector no hubo tantos obstáculos como en el del Fiscal acaecido en el 2004.

Había sido uno de esos pocos días tranquilos para Guillén, durante un año de encontronazos políticos, hasta esa hora de la noche. La orden llegó de inmediato. El vehículo donde se encontraba el Fiscal había quedado deshecho producto de un explosivo C4 que estaba debajo del asiento del conductor, según el informe elaborado por el forense Andrés Lozano. El funcionario habría muerto en el acto quedando su cuerpo totalmente carbonizado.

Los periodistas en sus notas al día siguiente señalaban que al momento de su muerte el Fiscal se encontraba investigando los hechos ocurridos hacía dos años atrás, un once de abril de 2002, cuando una protesta antigubernamental culminó con una veintena de muertos, centenares de heridos y un Golpe de Estado que dio mucho de qué hablar, sin que hasta la fecha, 19 de noviembre del 2004, se supiese con certeza quienes habían sido los propulsores de aquella gesta. Quince días antes de este atentado, la víctima habían librado boletas de captura y órdenes de citación, contra ciertos personeros sospechosos de estar involucrados en aquella conspiración. Entre ellos se mencionaba al alcalde mayor de Caracas, su secretario de seguridad, el director de la Policía Metropolitana, y algunos prestigiosos empresarios. Igual se aclaraba que anteriormente, al fallecido se le había encargado un caso que conmovió al país cuando un supuesto activista del partido de gobierno, desató en diciembre de aquel mismo año 2002, una matanza en una plaza céntrica de la capital, y aunque fue detenido bajo flagrancia, al tiempo de su arresto se decía que lo habían destacado en una de las tantas sedes diplomáticas del país esparcidas por Europa. Igual había sucedido con otros hechos no menos relevantes en donde luego de asesinatos masivos por parte de adeptos al go-

bierno, se le hubo premiado con altos cargos en distintos ministerios y organismos del Estado.

Esa noche fue larga y en el sitio del suceso se presentaron varias brigadas del SI, dirigentes del partido, así como altos funcionarios del gobierno, incluyendo al mismísimo Fiscal General del Ministerio Público. Guillén junto a sus hombres intentó conservar intacta la escena del crimen pero ante el avasallamiento policial, le fue imposible y aquello se contaminó al extremo. De tal modo que, a excepción del vehículo y el cadáver, sus funcionarios no pudieron recolectar elementos que pudiesen ayudar a conformar el teatro del crimen. Sin aguantar por la orden del forense, el cadáver fue levantado por capricho del máximo jefe de los fiscales y trasladado a la morgue, así como el vehículo a la central del SI para su experticia. Nada había que hacer, así que Guillén se retiró con sus hombres a la espera de los informes que le enviaran a su despacho al día siguiente como era de esperarse.

Ya en la mañana, recurría a su costumbre de revisar la prensa diaria, en este caso con mayor aprehensión en vista de lo sucedido la noche anterior. Los impresos estaban todos dedicados al abominable atentado. A esas horas tempranas, también en todos los noticieros de la TV, se veía al Fiscal General, quien se había apersonado al sitio del crimen visiblemente compungido, asegurando con un informe policial en sus manos, (documento del que Guillén no tenía la más mínima idea) la captura de los implicados mientras anunciaba el despliegue de un operativo policial cuyo objetivo era evitar la fuga de los autores intelectuales fuera de nuestras fronte-

ras. De acuerdo a los resultados preliminares de las investigaciones, el hecho material lo habían perpetrado dos ex agentes de la Policía Técnica Judicial (es decir compañeros del Inspector a la que recientemente le habían cambiado las siglas), quienes también habían sido miembros de la vieja Dirección de Servicios de “Inteligencia” Policial (Disip) organización ésta que funcionaba adscrita en forma directa a la Presidencia de la República, tal cual el SI en el nuevo gobierno revolucionario. Agregaba el alto jerarca que dichos implicados habrían cobrado por el “acto terrorista” una suma cercana a los 600.000 mil dólares los cuales habían sido depositados en un reconocido banco de la Florida en Estados Unidos. Al escuchar aquella afirmación, a Guillén se le cayó la quijada. No existía, no había, no era posible que funcionarios de su Cuerpo pudiesen cobrar una cantidad tan exagerada como esa para llevar a cabo aquel cometido. De haber corruptos involucrados, los había, al respecto no tenía duda alguna, pero hablando de importes, esa afirmación no se correspondía con las pocas ambiciones del personal de aquella institución. Ese monto de dinero del cual hablaba el Fiscal General, no cabía en la mente de ninguno de los funcionarios pertenecientes a ese Cuerpo. Y lo peor, para un detective experimentado como él, era totalmente imposible que en menos de 12 horas, la Fiscalía dispusiera de tanta documentación para llegar a esos resultados, mientras él y el ente Policial al que pertenecía, dormían el sueño de los justos. Todo aquel teatro para un Guillén con tantos años de experiencias en hechos criminales, formaba parte de un enredijo que solo sería aclarado con el tiempo. Período nefasto que por entrometerse en donde no lo habían llamado, lo condujo a una destitución del cargo sin derecho a cobrar sus prestaciones sociales dobles, bajo unos argumentos en donde

se le calificaba como “alto personal de confianza”.

Transcurridos los treinta minutos del recorrido, tal cual como lo había calculado el reportero, Pascual aparcaba frente a la sede policial y Marín sin perder tiempo descendía como impulsado por un resorte industrial.

–Regrésate en busca de Domingo... –le indicó mientras salía aparatosamente del vehículo... Y cero comentarios –agregó a lo lejos como advertencia, haciendo una señal de aprobación con el dedo pulgar.

Entrando a la Central Policial, recordó que el caso más extravagante para el Inspector había sido el escrito por Ronna Riskey, su colega impenitente. Aquel reportaje le valió un premio apreciado por la fauna periodística, independiente de los otorgados por el gobierno. Marín tenía siempre el cuidado de subir a la nube todos aquellos trabajos que le parecían de suma importancia. Todo lo respaldaba pues no confiaba en la plataforma tecnológica del país. Uno de esos reportajes guardados para la posteridad fue el del Asesino serial de Caricuao. Lo recapituló como si lo estuviese leyendo mientras se dirigía a la oficina del Inspector Armando Guillén. Lo había copiado de la sección de Run Runes del periódico “Tal Cual”. El gran competidor de su matutino.

“La novedad se conoció poco después de las 5:30 pm del sábado 7 de febrero de 2015. Una comisión del Eje Central de Investigaciones de Homicidios del Cuerpo de Investigaciones salió de la delegación de El Paraíso y atravesó el Puente 9 de Mayo hasta lle-

gar a la plaza Capuchinos. Se detuvo 10 metros más allá del semáforo, luego de cruzar a la izquierda en la avenida San Martín, justo frente al hotel El Oeste, un viejo hospedaje familiar de 100 habitaciones y 3 pisos.

Los investigadores pasaron frente a la recepción y recorrieron el estrecho y largo pasillo que conduce hasta la habitación 15, en la planta baja. Al abrir la puerta, la escena les era familiar.

Como si se tratara de un deja Vuh, en la cama estaba el cuerpo desnudo de una mujer de contextura gruesa y edad avanzada. Tenía el rostro cubierto con una toalla ensangrentada y a su alrededor algunos rastros de sangre —producto de salpicaduras—. En el piso, un preservativo usado, rastros de droga, ropa y otros objetos personales.

Al descubrir la cara de la mujer, vieron que presentaba un golpe fuerte a la altura de la nariz, que le fracturó los huesos del rostro y le ocasionó la muerte. Se trataba de Luisa Josefina Arteaga Hernández, de 66 años de edad, una prostituta que frecuentaba la plaza Capuchinos en busca de clientes.

La evidencia era suficiente. Así, los detectives del Cuerpo Policial notaron de inmediato que estaban en presencia de la segunda víctima de un hombre que, hasta ese momento, solo conocían por el apodo de “El barrendero”.

Era el mismo individuo que el 15 de marzo de 2014 (hacía casi un año) había asesinado de forma similar a Zuleima Josefina Echenique, también prostituta, de 56 años de edad, en la habitación 02 del hotel Firenze, en la esquina de Hoyo de la parroquia Santa Rosalía.

A ella también le fracturó la cara de un golpe y la ahogó con una almohada. “Cuando entraron al hotel ella dijo que no era necesario registrarse porque era un rapidito”, según un empleado del hospedaje. Por eso no quedó asentada la identidad.

En el caso del hotel El Oeste, los investigadores constataron que el hombre que había alquilado la habitación donde fue asesinada Luisa Arteaga, sí se había registrado. Era Francisco Abraham García Hernández, de 34 años. Pero no solo eso, en los videos del hotel había quedado una grabación de la imagen del homicida.

“El video mostraba que él asesino entró solo, alquiló a eso de las 4:00 pm del viernes 6 de febrero de 2015. Luego salió y regresó con la mujer (Luisa Arteaga) a las 7:00 pm. Después se retiró, aproximadamente a las 4:00 am, “bañado y vestido con camisa manga larga”, contó Rodolfo Rojas, administrador del hotel.

Los investigadores compararon las imágenes con la descripción que tenían de “el barrendero”, que había asesinado a Zuleima Echenique: moreno, 1,70 mts de estatura, delgado, cabello rizado, frente amplia, cejas delgadas, ojos pequeños, nariz gruesa, boca grande y mentón agudo. El resultado fue positivo, se trataba del mismo asesino. Con estas evidencias estaban policialmente resueltos estos dos crímenes. Aunque el historial homicida de Francisco Abraham García no acababa ahí.

Un caso llevó al otro y al otro...

Cuando los funcionarios del Eje Central de Homicidios, guiados

por el Inspector Armando Guillén, elaboraban la minuta por el caso de Luisa Arteaga, chequearon en el sistema de registro criminal los datos de Francisco García Hernández para verificar su prontuario. De inmediato saltó en la pantalla una solicitud por un homicidio cometido en la ciudad de Valencia el 4 de noviembre de 2014.

La víctima era otra mujer: Alejandra Carolina Castañeda Amaro, de 38 años. El asesino la conoció en un bar cercano a la empresa “Embotelladora Venezuela”, ubicada en la avenida Navas Espínola de la mencionada ciudad. García Hernández tenía dos semanas trabajando allí como vigilante contratado por la empresa de seguridad “Servicio Integrales de Primera”.

“Logró ganarse al jefe y lo contrataron como avance. Era reservado y muy ordenado. La gente aquí pensaba que era cristiano evangélico. Pero hizo eso y hasta se robó 400 mil bolívares en herramientas”, dijo un empleado de la empresa.

La noche en que la mató, Francisco García estuvo consumiendo drogas dentro de la embotelladora. Salió a buscar a la mujer y regresaron juntos. “Fueron a los almacenes y allí la estranguló en el momento en que tenían relaciones sexuales. Luego el hombre se quedó dormido junto al cadáver y lo despertó el timbre de la puerta”, contó un empleado del lugar que tuvo acceso al video que registró lo ocurrido. El homicida ocultó el cuerpo y huyó.

Luego de estos hallazgos, los funcionarios del Cuerpo detectivesco le notificaron al fiscal 57, Víctor Hugo Arias, encargado de investigar el homicidio de Zuleima Echenique (la primera víc-

tima), que tenían identificado al asesino.

Al escuchar el nombre del homicida, el representante del Ministerio Público se sorprendió. Se trataba de una persona que él conocía con el apodo de “El niño”, principal sospechoso del homicidio de dos mujeres y un bebé de 13 meses en la urbanización Caricuao, una ciudad dormitorio al sur oeste de la metrópolis.

Esas víctimas fueron Aleive Betzabeth Acosta González, de 25 años, y su hija Drehimerly María Acosta, de un año, que desaparecieron el 19 de julio de 2014 en la zona denominada UD-3 del mismo sector. Las autoridades dedujeron que las interceptó en el bulevar en horas de la noche. La mujer había ingerido alcohol y Francisco Abraham García la sometió por la fuerza. La arrastró hacia las laderas del bulevar, la lanzó al piso y la estranguló en el momento en que la violaba. Luego mató a la niña y ocultó el cuerpo unos metros más arriba, en las riberas del río Guaire.

Ingrid Bello, de 35 años, fue la otra mujer asesinada en la UD-3 de la misma urbanización. La última vez que la vieron con vida estaba bebiendo licor con García Hernández. Fue localizada violada y estrangulada en una loma, frente a la estación “Zoológico” del Metro interurbano, el 15 de noviembre de 2014.

Con ellas sumaban seis las víctimas de Francisco Abraham García Hernández, quien fue detenido por la Guardia Nacional en la misma urbanización el 8 de marzo de 2015, y fue recluido en la sub-delegación de Valencia a la espera del proceso judicial “Yo no maté a nadie. Ese no soy yo”, habría exclamado desesperada-

mente Francisco Abraham García Hernández cuando era interrogado por las autoridades.

La fiscal 16 del estado Carabobo presentó el acto conclusivo del caso, que trabajó junto a funcionarios del Cuerpo de Homicidios. Los investigadores solicitaron un perfil genético de todas las víctimas para ratificar mediante el ADN la identidad del agresor. También verificaron casos similares y no resueltos para determinar que García Hernández había cometido otros crímenes en su cruzada monstruosa.

“El niño” le decían en Caricuao, “El barrendero” lo llamaban en las provincias de Santa Teresa y San Juan, mientras que a tres horas de la metrópolis en la ciudad céntrica de Valencia, lo conocían como “El cristiano”. Tres apodos para un mismo hombre: Francisco Abraham García Hernández, de 34 años de edad. El primer asesino serial del país en tiempos de revolución.

13.45. pm

Pascual tardó poco más de media hora en regresar a la escena del crimen. Detuvo el automóvil casi en el mismo lugar de donde minutos antes había partido. Salió a encontrarse con sus colegas y preguntó si alguno de ellos había divisado a Domingo Navas por los alrededores. El fotógrafo se encontraba reunido con el resto de los reporteros gráficos como solían hacerlo en esas ocasiones, justo detrás de los camiones antimotines de los funcionarios del SI. Dijeron que la barrera continuaba y no se les permitía ni siquiera acercarse a la verja que rodeaba la residencia. Entonces el

chofer decidió esperar. Ya regresaría cuando los cadáveres fuesen bajados a la furgoneta forense.

Pascual mantuvo la discreción con sus colegas choferes, fiel a lo sugerido por Marcos Marín. La curiosidad del por qué se había ausentado durante este lapso de tiempo los tenía en suspenso hasta que finalmente uno de ellos se atrevió a preguntar.

–Fuimos a comer algo –respondió Pascual– el jefe no había desayunado siquiera y allá lo dejé degustando una paella del día.

Los demás se quejaron y con toda razón, pues ya el sol quemaba y apenas las agujas marcaban las 13.50 minutos de la tarde y el organismo comenzaba a exigir proteínas. Fue en ese preciso momento cuando, desde el lugar en donde se encontraban, vieron a los efectivos del Servicio de InteligenciaI descender en tropel desde lo alto de la edificación como si huyeran de un cataclismo, derribando todo a su paso ante las arcadas incontenibles seguidas por un aluvión vomitivo que inundaba los pasillos y salpicaba sus uniformes. Todo era un asco.

En la literatura, así como en el cine de horror, las escenas dantescas abundan. A Marcos Marín, durante su proceso como escritor, le tocó en una oportunidad concebir para un conocido cineasta un guión sobre el asesinato de tres adolescente por parte de un sargento de policía, quien los ultimaba por motivos pasionales. En la trama que desarrollaba, el sargento, luego de acabar con sus vidas debía deshacerse de los cadáveres a la brevedad posible, antes de que los familiares denunciaran la desaparición de los críos. De tal

modo que en una barriada de los cerros caraqueños en donde habitaba, dedicó toda esa noche a descuartizarlos valiéndose de un hacha y una sierra manual. Luego los almacenaba en el refrigerador en pequeños trozos y se iba deshaciendo de ellos poco a poco con el objetivo fijo de no causar sospechas entre sus vecinos. Los huesos por ejemplo eran abandonados en distintos sectores de la ciudad, así como parte de los miembros superiores e inferiores, mientras que las entrañas las cocinaba y reservaba para organizaciones de rescate, cuidado y adopción de animales callejeros. En estas instituciones, el sargento era sumamente apreciado debido a su bondad con estos animalitos indefensos y de lo único que se lamentaba era el de no poder adoptar algunos de ellos por su delicado trabajo y por vivir solitario, sin una pareja con quien compartir las bondades de la vida. “Cuánto le habría gustado tenerlos bajo su resguardo”, aseguraba con las manos cruzadas sobre su pecho. Para tener una idea de cómo llevar el guión, Marín había leído algunas novelas policiales de las que era fanático, en su biblioteca resaltaban varios autores clásicos como Edgar Allan Poe y Conal Doyle entre otros, así como los más vigentes: Umberto Eco, Dan Brown y Stephen King.

Pero lo acaecido aquella mañana era algo único en su historial de sucesos horribles producidos por su imaginación, vistos en ficción, leídos en busca de ejemplos y comparaciones o, tan reales como el cuerpo del octogenario italiano Filippo Sindoni, secuestrado en marzo del 2006, encontrado en un oscuro matorral, prácticamente sin rostro debido a un disparo de escopeta a quemarropa y con la pierna derecha destrozada a mordiscos por un perro, con el objeto de extraerle un chip localizador injertado en su piel. ¿En

qué mente monstruosa podría haber tanta maldad para desatarla con tal crudeza contra un anciano?

Atravesó la puerta del Inspector sin anunciarse como lo hacía a menudo en sus viejos tiempos.

—¡Uff! te tardaste más de lo previsto... — exclamó Guillén, y dirigiéndose al forense agregó— ... qué te dije, Andrés. El hombre está perdiendo condiciones, así que me debes dos tragos.

Los tres volvían a las bromas de siempre, se trataba de una competencia en descubrir quién se debilitaba más rápido ante los años inmisericordes que le caían como agujas incandescentes sobre sus humanidades, porque según el forense, la vejez era una indignidad y bien afortunados todos aquellos que morían antes de alcanzarla.

—Sí, tuve un tropiezo con esos animales en plena escalera, pero hablando de debilidades, veo que ya no eres el Guillén de años atrás —Marín se dirigía al Inspector en son de reproche— no dijiste ni pío ante la comitiva...

—Eh, eh, eh, no te pases —intervino Lozano antes de que Guillén reaccionara airado por lo que parecía a punto de ser un agravio— la cosa no es como tú la ves, Marcos...

—Pues bien, me disculpo entonces y escucho con atención, si es que tienen algo que decir ante esa humillación —se atrevió el reportero a provocarlos sin medir las consecuencias.

—Ya te cuento —lo miró Guillén con una seriedad gélida que le impregnaba el rostro cuando las tribulaciones lo asaltaban. Tomó

el lapicero y escribió algo en un papel que le extendió sin mediar palabras.

“Nos vemos en media hora en el bar, aquí no podemos hacer comentarios: cámaras ocultas y micrófonos”

Y agregaba una coletilla: “No seas imbécil y trágate el papel que la tinta es ecológica”.

La vergüenza invadió al reportero. Había cometido un acto reprochable. ¿Qué lo condujo a ello? Se resignó ante sus dos amigos y estos entendieron su mea culpa. Para eliminar la frialdad creada por aquel intercambio de palabras, Lozano preguntó por Rosalba, la esposa del periodista.

—Igual, como siempre, ya sabes cómo son las mujeres, una mañana se levanta de mal humor y la otra... también. —Los tres rieron ante la ocurrencia, el hielo había sido roto.

14.00 pm

En la residencia el caos era total. Los miembros del Servicio de Inteligencia huían despavoridos ante aquella visión agregada a la pestilencia que prácticamente había tomado todo el edificio para inicios de la tarde. Los uniformes se habían empapado de aquel olor que junto a los pegotes de vómitos era el asco de reporteros y oficiales uniformado que salían en busca de aire fresco trayendo tras de sí la pestilencia que como un halo de mierda se extendía a toda la cuadra. Desesperados acudían a las camionetas despoján-

dose de las camisas en busca del agua mineral embotellada para restregarse el cuerpo, pensando que la hedentina se impregnaba en su piel a través del sudor. Si Lozano hubiese estado presente, seguro los habría instruido: no era la piel, pues al igual que la retina de los ojos, el olfato también es una extensión directa del cerebro con la realidad exterior. La fetidez les iba a durar un tiempo dependiendo de sus recuerdos, no los iba a abandonar tan fácilmente.

Minutos antes del espectáculo, el comandante de la unidad había sido el primero en arribar al piso doce. Apenas se abrieron las puertas del elevador, el resto de los agentes hacían su aparición por las escaleras como una columna de asalto. El comandante giro instrucciones, algo así como tomar posiciones en el perímetro tal cual si estuviesen actuando ante un asalto a instalaciones de alta peligrosidad, para liberar a un grupo de prisioneros sometidos por “mercenarios del imperio”.

A pesar de que la fetidez les llegaba con fuerza, alcanzaba ciertos límites de tolerancia para la legión de ataque, hasta el momento en que patearon el portón que vengativamente Guillén había ordenado a sus hombres, sellar como si nunca hubiesen entrado. Apenas la puerta cedió a los encontronazos se desató el pandemónium, o la “ira de Dios”. El comandante intentó por minutos demostrar su hombría ante el enemigo agresor y junto a dos subalternos penetró al departamento como un héroe televisivo hasta ver aquel cadáver descubierto invadido por las moscas y los gusanos.

—¡Dios! —gritó mientras giraba la cabeza para advertir a sus dos

agentes, pero estos habían desaparecido, dejándolo abandonado en pleno salón.

El estómago le saltó por la boca con esófago e intestinos juntos, si hubiese que buscar una metáfora para describir ese instante, ante el asco que lo invadió mientras el vomitó le salía hasta por las fosas nasales. La debilidad no le permitió contener los esfínteres y sus interiores se llenaron de una pasta cobriza, mientras la orina brotaba sin hacerle caso a su conciencia. El organismo buscaba una defensa ante un ataque bacteriológico de grandes proporciones. Huyó como pudo del lugar embarrado hasta los tuétanos y con la vergüenza a flor de piel. Quizás si sus conocimientos en materia clínica no hubiesen sido tan sosos se habría dado una mejor explicación a sí mismo, mitigando en algo su pena. Por fortuna todos estaban tan enfangados con la hedentina que el comandante al llegar a planta baja y pasar como un rayo entre sus hombres directo a su vehículo, su gran cagada pasó desapercibida. Al llegar se cubrió con ambas puertas mientras se despojaba de sus ropajes y ante el acercamiento del conductor, gritó iracundo.

–Lárgate a otro lado, jala bola y déjame tranquilo. ¿No ves que estoy desnudo? –el chofer dio media vuelta sin comprender aquel gesto más digno de un patán de barrio que de un General de tropas.

El Servicio de Inteligencia tenía poco tiempo de creado y la historia de este organismo se remonta a la vieja DIGEPOL que sustituiría a partir de Enero de 1959 a la denominada Seguridad Nacional, también denominada policía política la cual fuera creada como estamento de horror, bajo la dictadura del General Marcos

Pérez Jiménez. Para aquellos momentos, el país se encontraba inmerso en una profunda crisis institucional en el área policial y de seguridad, puesto que la SN era desmantelada por la nueva Junta de Gobierno y muchos de sus miembros eran apresados acusados de decenas de asesinatos así como hallados muertos en las riveras del río Guaire y colgados a los postes de electricidad, al parecer por motivos de venganza. El caos reinaba y para darle una solución a la creciente inestabilidad en vista de la ausencia de una organización similar, medianamente eficaz, da origen al principio de forma improvisada, y más tarde con carácter sólido a la Dirección general de policía “DIGEPOL, institución que no solo asume los Servicios Técnicos Criminológicos, sino también la misión de organismo represor de la disidencia política ya que en medio de la confusión reinante, comenzaba a gestarse en el país la actividad guerrillera y por esa razón el activismo político de oposición era severamente castigado, catalogándose a la DIGEPOL como un ente policial arbitrario que incluso desobedecía sin miramientos las órdenes emanadas del poder judicial, e incluso las que les llegaban desde el mismo poder ejecutivo.

En la respectiva Gaceta, entre sus funciones se leía que dicha institución tendría como tarea primordial “ejercer y coordinar en todo el territorio nacional las funciones policiales destinadas a la conservación del orden y la tranquilidad pública”, de acuerdo con la competencia asignada al Ministerio de Relaciones Interiores.

Durante diez años, si la SN había sido un instrumento aterrador de represión, la nueva policía dejaba a aquellos funcionarios como niños de pecho ante sus innumerables y aborrecibles crímenes contra los Derechos Humanos. Fueron diez años de torturas sofisti-

cadáveres contra opositores y de una arremetida bestial contra todas aquellas organizaciones que le oliera a comunismo. Evidente que tampoco la guerrilla se chupaba el dedo pero para ser objetivos, las fuerzas del Estado no tuvieron misericordia en utilizar los armamentos más sofisticados que poseían para arrasarse con aquellos jóvenes subversivos.

Para 1968, una nueva elección lograba pacificar el país, sin embargo y de nuevo para lavarle la cara a la anterior policía política, se creó la DISIP, Dirección General Sectorial de los Servicios de Inteligencia y Prevención el cambio de nombre obedeció al propósito de borrar la fama dejada por DIGEPOL en el ámbito policial. Al decir popular se trataba de “el mismo musió con diferente cachimbo”. Nueve años después de la caída de la IV República el mencionado organismo desaparece para dar paso a un nuevo estamento policial denominado Servicio de Inteligencia Criminal Antiterrorista. El mismo que obliga al Inspector Guillén a retirarse de la escena del crimen y toma las instalaciones de las residencias Altamira a fin de encargarse de las investigaciones de un asesinato atípico en donde dos cadáveres habían permanecido por días sin ser descubiertos y uno de ellos había sido vaciado de sus órganos por motivos aún desconocidos.

14.45 pm

Sentados a la barra del Lafallet Marcos Marín brindaba junto al Inspector Armando Guillén y al médico forense Andrés Lozano. Cada uno con su trago preferido esperaban que se desocupara una

mesa aislada para sentarse a comentar el incidente de aquella mañana. Por el momento se entretenían recordando los viejos tiempos en que los tres disfrutaban de sus respectivos trabajos. Casos que unos resolvían y el otro publicaba. Sucesos que les otorgaban fama a unos y enlodaban a otros sin intervención de altos personeros del gobierno. Méritos y felicitaciones bien concedidas a unos y reprimendas para otros. Todos cumplían con su labor y a cada quien se le otorgaba un reconocimiento, premios y condecoraciones. Guillén había obtenido un par de “Cangrejos de oro” en virtud de dos actuaciones espectaculares cuando apenas era un detective sin galones. Una de ellas fue el esclarecimiento de un crimen triple por motivos pasionales que se vio empañado por estar ligado a un miembro prestigioso de la policía uniformada. Lo llamaron “Macu: la mujer del policía” en una versión para la pantalla grande dirigida por la cineasta sueca-venezolana Solveij Hoogesteijn, con la producción de Olegario Barreras, bajo el guión que Marcos Marín había intentado escribir pero al cual renunció en pro de una mejor versión de Milagros Rodríguez. Todos ellos, incluyendo al tocayo de Lozano, Andrés Agustí (quien estuvo encargado de la cinematografía), eran amigos del viejo periodista de la fuente de sucesos.

El otro caso que se le endosó al Inspector fue el de un médico que violaba a sus pacientes masculinos luego de diagnosticarles verrugas en el ano y las cuales debía cauterizar colocándolos de espalda en una de estas camillas utilizadas por masajistas. Les aplicaba anestesia local y luego introducía su pene sin que estos notaran que estaban siendo violentados. Durante varios años, al parecer, disfrutó de esta actividad hasta un enero de 1997 cuando

la esposa de uno de los pacientes (o víctima) recorrió la cortina en donde el médico ejercía la supuesta operación y lo encontró con las manos en la masa, mejor dicho con el pene en el ano. Además está decir que el galeno salvó su vida de milagro ante la reacción del paciente. Aunque el caso parecía aislado, a Guillén le tocó investigar para darlo por cerrado, pero la misma pesquisa lo llevó a descubrir que el mencionado doctor era un violador profesional y al menos unas 28 víctimas habían circulado por su consultorio y por su bisturí orgánico.

Soltaron las carcajadas ante ese recuerdo pero al periodista se le ocurrió preguntar por aquel caso reciente del asesino en serie y Guillén entonces recordó que aquel hombre no disponía de un oficio definido y que quienes lo conocieron contaron que hasta los 17 años había vivido junto a su padre, dos hermanos (una mujer y un hombre) y su abuela paterna. La madre lo había abandonado cuando él era un adolescente.

En sus investigaciones que nunca formaron parte del expediente, Guillén descubrió que el padre del asesino, cuando se encontraba en estado de embriaguez, confesaba que su mujer lo había abandonado por un amante adinerado, dejándolo a la deriva con los tres hijos que ambos habían procreado.

Marín recordó sus notas en aquel momento cuando junto a varios colegas manejaba su portal en redes sociales. Allí había escrito que el asesino a los 16 años comenzó a delinquir y lo detenían frecuentemente por arrebates de bolsos y celulares a los peatones descuidados. Le recordó a sus compañeros de tragos que García Hernández, si mal no recordaba sus apellidos, había estado preso

en 2003 por robo y en una ocasión usurpó la identidad de su hermano. El padre también tenía antecedentes por lesiones e intento de violación a una vecina cercana. Guillén agregó que en el bulevar de la urbanización y en sus alrededores, al hijo, lo veían como un “indigente inofensivo”.

–Donde uno menos lo espera –cerró ese episodio Guillén– salta la liebre

En medio de los vapores del alcohol, Lozano recordó la historia de Jeffrey Dahmer, un asesino serial quien no sólo ultimó a 17 víctimas en menos de tres años, sino que saltó a la fama por comerse los cerebros de aquellas personas a las que desmembraba.

–La historia pertenece al psicólogo a Robert Ressler quien fuera fundador de la unidad de ciencias del comportamiento del FBI cuando éste le hacía una entrevista en la biblioteca de la prisión, antes de su muerte.

–¡¡Perro!! Lozano, tú sí que eres realmente un enfermo de la profesión –le interrumpió Marcos cuando el forense se aprestaba a continuar con la historia.

–Pues si –respondió de inmediato– tú lo has dicho, seré un enfermo per ese relato lo contó un ponente estando yo en mi último congreso de patología que se celebró en Washington.

Dahmer no había vivido una niñez copada de abusos ni tampoco fue despreciado por sus familiares. Por el contrario, desde que vino al mundo el 21 de mayo de 1960 en Wisconsin, fue un chico querido por su familia y amado especialmente por sus padres.

Lo cierto es que tuvo una infancia feliz.

Se decía que empezó a coquetear con la muerte a los 10 años, torturando a pequeños animales que cazaba en un bosque cercano a su casa. Al parecer, adoraba reunir y limpiar sus huesos. Todo ello hizo que, con el paso de los años, sus amigos le empezasen a considerar “raro” y extravagante. Este comportamiento se agudizó durante su adolescencia, y cuando cumplió unos años más, se armaba de una bolsa de basura y recorría las carreteras de campo de Ohio en busca de cuerpos de animales muertos. Una vez que se hacía con ellos, llevaba a los animales al patio de su casa y se dedicaba a diseccionarlos

–Un día, en su clase de biología, siendo un adolescente, le hicieron abrir en canal a un lechón para estudiar sus órganos internos. Aquella experiencia –según había narrado el mismo desde la cárcel– fue una particular revelación espiritual, el momento en el que descubrió que adoraba la muerte.

–Seguro que era maricón –interrumpió el cuento Marcos con cierta sorna. Una manera de vengarse de las constantes frases hirientes que Lozano solía lanzar al voleo contra su persona.

–Déjate de homofobias, Marcos –le reclamó Guillén a sabiendas que lo hacía para mortificar al galeno, pues no había conocido a nadie como Marcos para defender las causas sociales sin detenerse en consideraciones racistas, sexuales o religiosas.

–No te pelaste –le respondió el forense y agregó– Si su primera gran revelación de la vida fue descubrir su amor por el desmembramiento de pequeños animales, la segunda fue saber que se sen-

tía atraído sexualmente por los hombres. Además, esta faceta de su vida terminó mezclándose extrañamente con su obsesión por matar.

–Bueno, el nuestro no era maricón, en lo que sí no había duda, era que estaba loco de perinolas –acuñó Guillén.

–Y que la bebida lo sacaba de quicio –complementó Marín.

–Bueno, según narraba este comentarista que de verdad se me hace imposible recordar su nombre, este asesino serial empezó a tener fantasías en las que mantenía relaciones sexuales con hombres a los que posteriormente asesinaba y descuartizaba.

–Este ponente no será por casualidad homofóbico –preguntó Marín

–Sabrá Dios, de todo hay en la viña del Señor pero para terminar el cuento,

Independientemente de las causas, el chico terminó convirtiéndose en alcohólico y adicto a las drogas. Dos características que tiraron su futuro por la borda y le acabaron convirtiendo en un marginado social.

Tres tragos llegaron a la mesa, brindaron y Lozano decidió extenderse con la historia que ahora había atrapado a varios clientes quienes iban sumando sillas a su alrededor. Entonces contó que cuando aquel chico cometió su primer asesinato apenas recién salía de la adolescencia.

La víctima, que hacía autostop, cayó en sus manos y según na-

rraba la historia, Dahmer lo llevó a su casa, lo embriagó y luego de asesinarlo lo descuartizo y comió sus partes íntimas. Luego de ese hecho se sintió realizado y juró no repetirlo. Pero por más que lo intento, a los años reincidió y de allí no paró hasta caer en manos de la justicia.

Su tendencia asesina lo conducía noche tras noche a diferentes bares en los que buscaba por igual relaciones sexuales y víctimas. Así fue como, en septiembre de 1987, halló a Steven Tuomi. Un hombre al que asesinó, violó tras matarle y cuyo cráneo hirvió y blanqueó para quedárselo como recuerdo.

–Todo maricón tiene su instinto asesino...por eso es que yo les tengo pánico –sentenciaba uno de los parroquianos que tenía un puesto privilegiado cerca del forense.

–En fin, a partir de ese momento, Dahmer comprendió que era sencillo cometer un asesinato sin ser atrapado. Y comenzó su carrusel de muertes. Su siguiente víctima fue un chico de catorce años que se le insinuó varias veces. Algo que sucedió también con el cuarto joven al que conoció a finales de los ochenta. Tenía un gusto muy concreto para los hombres. A él le gustaban altos, musculosos y delgados. No le importaban que fueran de cualquier raza. Entre sus 17 víctimas totales se encontraron indios, negros, blancos.... Si le parecían atractivos intentaba ligárselos y, posteriormente, se los follaba y luego los asesinaba.

–Lo repito otra vez para ustedes que son consentidores con esos bichos...con los maricones hay que irse con cuidado –de nuevo interrumpía el parroquiano de primera fila.

–El cuento es largo –dijo Lozano, pero aplaudido por los oyentes, cosa que le enervaba el ego, no dudó en continuar y agregarle salsa a su fábula.

– Para terminar puesto que ya debo comer algo antes de irme a la morgue, el personaje en cuestión continuó con sus proezas asesinas. Luego de una pasantía por la cárcel acusado de abusar de un chico laosiano de poco más de 13 años, alquiló un piso para vivir solo en un lugar muy conveniente para continuar en su cacería. Fue la época cuando llevó a cabo el máximo número de asesinatos, y desarrolló su canibalismo al extremo

Porque, según él, quería que esas víctimas formasen parte para siempre de sí mismo. Finalmente explicó que le asustaba estar solo y que mataba a esos hombres porque no quería que se alejasen de él.

Su trayectoria continuó hasta finales de julio de 1991. Fue entonces cuando su última víctima logró escapar con vida y avisó a las autoridades. Al final, los agentes decidieron investigar el suceso, y registraron el apartamento. Allí, encontraron los restos de multitud de personas, las fotos que se había hecho con las víctimas, y hasta una cabeza cortada en el congelador. Todo ello, acompañado de cadáveres a medio desmembrar.

Dio fin a la narración y a punto de levantarse aceptó una invitación del parroquiano de primera fila, quien ahora sugería matar a cuanto maricón se acercara por la zona por motivos de seguridad.

—En la opinión del periodista que le hizo la entrevista antes de su muerte —agregó Lozano— Dahmer no respondía ni al perfil clásico de criminal organizado, ni al del desorganizado, mientras que un asesino organizado sería legalmente cuerdo, y un asesino desorganizado sería para la ley claramente demente, el chico era ambas cosas, y ninguna de las dos. Era una especie de criminal mixto, por lo que cabía la posibilidad de que un tribunal considerase que no estaba en su sano juicio cuando cometió uno de sus últimos asesinatos —dicho esto, Lozano optó por pedir la carta para decidir qué comerían antes de que el chef abandonara la cocina.

En esas indecisiones se encontraban cuando Jacobo, el eterno mesero que siempre los atendía, se acercó para anunciarles que disponían de una mejor mesa, apartada en un rinconcito agradable para disfrutar de un buen almuerzo. La última palabra le revolvió el estómago al reportero que de inmediato pidió excusas y se dirigió raudo y veloz al sanitario. Ya los olores del restaurante lo tenían inapetente y el solo pensar en comer algo, terminó por revolverle el estómago hasta hacerlo palidecer.

—¿Y a éste qué le pasó? —preguntó Guillén.

—Perdió la falta de costumbre mi estimado Armando —acusó Lozano quien no malgastó tiempo en revisar el menú y preguntar:

—¿Qué tal un cocido gallego para compartir entre los tres?

14.50.pm

Las carcajadas de los periodistas no cesaban ante aquel drama desnudista digno de una película italiana de Lando Buzzanca, pues muchos oficiales optaron por quedarse solamente con sus prendas íntimas arrojando sus uniformes a un lado temiendo haber sido contagiados por algún virus. Se lanzaban agua unos a los otros en acción desesperada y uno de los residentes los había provisto con detergente en polvo para lavadoras, mientras otra buena samaritana se aparecía con una manguera plástica con la cual se regaba el jardín interior de la propiedad. La bufonada no hubiese pasado a mayores de no haber sido por la llegada magistral, en pelotas, del Comandante de la tropa de asalto, quien ante sus subalternos, resguardaba sus partes dilectas con los armatostes represivos, cartucheras y cinturones porta granadas, dispuestas para ocasiones más arrojadizas. La imagen se acrecentaba al verlo infundado en sus botas de cuero con un chaleco antibalas cubriéndole pecho y espaldas en un acto de bochorno jamás presenciado por tantos reporteros gráficos. La orden que se produjo de inmediato fue un ataque a la prensa sin precedentes. Todos debían entregar sus cámaras y hasta celulares para ser despojados de sus tarjetas de memoria. Y la acción se llevó a cabo con una arremetida inmisericorde por parte de los desnudistas, resentidos y humillados, que buscaban desquitarse su deshonor con quienes menos tenían la culpa de su infortunio. Así a fuerza de empujones y golpes con sus armas de reglamento, los reporteros eran reprimidos, empujados a las camionetas y detenidos hasta nuevas órdenes. Los policías uniformados se hicieron los polacos y en medio del atropello, los gráficos estallaban en risa a pesar de que los funcionarios

intentaban hacer que se mordieran los labios.

Por su lado, los propietarios e inquilinos del edificio Altamira, ante tanta saña y pensando que luego les tocaría a ellos correr la misma suerte que a los periodistas, se refugiaron en las residencias vecinas en donde fueron acogidos a puertas abiertas por sus moradores. Tres horas más tarde, una llamada de algún Ministerio ordenaba que dejaran a los periodistas en libertad con la advertencia de que quien hiciera comentarios al respecto, se podía meter en serios problemas y de esas amenazas estaban todos ellos al tanto. En un Estado sin Derechos, ni garantías, cualquiera podía terminar en “La tumba”, un sótano inmisericorde en donde mantenían detenidos con tiempo indefinido y sin orden judicial a decenas de políticos, y jóvenes estudiantes de oposición.

Pertenecer a un organismo denominado “de inteligencia” no significa que sus miembros fuesen poseedores de esa cualidad. Al devolver sus celulares a los periodistas con las respectivas amenazas, apoyados en que la mayoría, por no decir todos, los medios televisivos estaban en manos del gobierno, los funcionarios no pensaron que ante la censura, las redes sociales se habían convertido en una alternativa ciudadana para difundir información de primera mano. De modo que no habían transcurrido dos horas del suceso cuando aquella orgía pestilente se hacía viral en todas las redes sociales y se exhibía hasta en la República Popular China. A las 16.30 pm, Marcos Marín sintió vibrar el celular en el bolsillo superior de su chaqueta. Había regresado a la mesa donde lo esperaban sus compañeros con el rostro desencajado y algo pálido. Observó el mensaje enviado por uno de los varios grupos de wasap con los que compartía, mientras el video se descargaba, los tres

no entendieron las carcajadas generalizadas de los clientes del restaurante. Todos compartían algo en sus celulares y se burlaban entre risas, críticas y carcajadas. Unos segundos y ya Marcos Marín pudo ver el espectáculo del cual se burlaba toda aquella clientela en pleno bar.

–Ya se los reenvió fue la frase que le devolvió el color a su rostro.

Pero ¿qué habrían visto aquellos hombres en aquel departamento para desencadenar este desastre grotesco y conducir al Servicio de Inteligencia a un ridículo internacional? Era una pregunta que se estaría haciendo el Ministro de Justicia e Interiores en su despacho, mientras Marín, Lozano y Guillén no salían de su asombro, en una especie de movimiento pendular entre la vergüenza y el prestigio. Desde la barra, Arsenio, el barman, luego de disfrutar a sus anchas el video levantó la vista hacia ellos y Guillén lo captó de inmediato y desde el rincón exclamó.

–Esos son los inteligentes del Servicio de Inteligencia –y agregó para aclarar– a los de homicidios no nos dejaron ni acercarnos al lugar.

Mintió, por supuesto, buscando salvar el honor y el prestigio del Cuerpo que dirigía y de sus hombres en medio de aquel bochorno. Desde temprano, la radio había emitido algunos boletines informativos refiriéndose al suceso, pero sin entrar en honduras y el acontecimiento lucía como uno de los tantos que ocurrían a diario en el país. Nada era trascendente para una población insensible ante tanta criminalidad. De todo ocurría en la viña del Señor, pues la realidad superaba la ficción al decir del Inspector Armando Guillén.

Jacobo se acercaba a la mesa para anotar el pedido y antes de que Marín abriera la boca, Lozano lo interrumpía

–Pedimos un cocido gallego para compartir –dicho esto, Marín se levantó como un resorte y corrió al sanitario de nuevo.

–Qué te dije –se dirigió el forense al Inspector – el pobre perdió el brío.

–Y eso que no vio casi nada.

–Pero olió –acotó Lozano– más que suficiente.

–Será eso lo que les pasó a los del SI –demandó Guillén al forense.

–Y algo más, no lo dudo, con la maldad que les hiciste.

–A qué te refieres –preguntó Guillén, haciéndose el inocente.

–Me ves cara de imbécil. Crees que no me percaté de que mandaste a tus chicos a sellar la puerta en medio de ese calorón. Si no te conociera, te denunciaría. ¿Sabes cuantos miles de millones de bacterias y hasta virus, si los hubiese, se multiplicaron durante ese lapso...Ni te lo imaginas. Pudiste crear una epidemia de los mil demonios.

–Nooo me digas –respondió con sarcasmo el Inspector– ¿y a ti no se te ocurrió como forense desautorizar esa orden?

–Lo pensé pero luego me dije: ¡Que se jodan! –ambos hombres soltaron la carcajada y chocaron sus copas celebrando su macabra complicidad.

Marín llegaba a la mesa de nuevo, Jacobo, el mesero, al verlo tan descompuesto, se acercó para sugerirle una soda con limón, quizás lo más recomendable en ese momento para mitigar el estómago y evitar una deshidratación.

—No, mejor tráeme un Santa Teresa puro en copa balón, necesito sacarme este olor de... —no culminó la frase porque no sabía cómo se llamaba la hormona particular que ejercía esa función y prefirió preguntarle al galeno.

— ¿Es la pituitaria?

—Depende porque existe hasta una planta que se designa igual. En tu caso te refieres a la membrana o mucosa nasal que se divide en dos porciones la tanqueta nasal y la tanquetoide. Esa es la que te tiene en trance pues ella como medida de defensa se encarga de protegernos de los olores fétidos.

—¡No me jodas! Lozano. Dime como me quito este olor de mierda de encima.

—No se puede. ¿Lograste ver el cadáver?

—No, ni de vaina, no me atreví. Me quedé pasmado con la escena.

—Entonces no va a ser tan difícil deshacerte del olor. Ya pasará

—Explícale al ignorante este lo que me acabas de decir luego de revisar el video —intervino Guillén.

—La historia de mi vida, repetir las vainas a cada rato —se quejó el forense.

Cómo catedrático universitario en el área de postgrados en Patología, Lozano estaba acostumbrado a que sus alumnos le pidiesen repetir una de sus clases o conferencias cuando las dudas los acosaban y la flojera les invadía para buscar soluciones. Era mejor, más rápido y saludable acudir al maestro y eso no agradaba mucho al forense, puesto que en medicina, más aún en la Legal, no existían las fórmulas, ni todos los pacientes, o mejor dicho, “cuerpo”, tenían que encajar en un molde o plantilla preestablecida. En la patología como en cualquier otra especialidad, el profesional tenía que ir más allá del simple diagnóstico superficial, ese típico escrito en los manuales por eruditos intachables: si el paciente estornuda: es una gripe. Si le presionas una articulación y le molesta, agregando al cuadro clínico que tiene más de sesenta años, se trata de una artritis o bien de reumatismo. Si orina varias veces durante las noches, se le jodió la próstata. Tan terco como Guillén, se negaba a esos diagnósticos de bolsillo. Pero aun así, terminaba siendo condescendiente con sus alumnos y al final, aceptaba repetir una conferencia o retomar una clase ya dictada al inicio del año.

—Los olores, sí, los olores —repitió en voz baja y se quedó meditando unos segundos dando chance a que Marcos sumergiera la nariz en la copa balón, para aspirar el buqué de la barrica impregnada en aquel líquido dorado oscuro. Menjurje que el día menos pensado iba a mandarlo al otro mundo con una cirrosis, endemia que Lozano catalogaba como “la asesina serial más peligrosa en el mundo entero”.

—Bien, lo primero es que a diferencia de la piel, es decir el tacto y otras sensaciones del cuerpo humano, en donde un estímulo eléctrico viaja de un lado al otro para obtener una respuesta, y bajando

el nivel científico al extremo, pues no eres ningún estudiante de medicina –lo dijo con cierta pedantería– el olfato, así como los ojos, la retina para ser más específico, se encuentran en relación directa con la región frontal del cerebro ¿sabes? La retina actúa tal cual una linterna, y la nariz o mejor dicho el olfato sería una especie de contador Geiger. Ambos sentidos captan partículas del exterior, unas luminosas y otras olfativas. La diferencia con los otros tres sentidos es que esta captación viaja en forma directa al cerebro. En el caso del olfato tenemos que existen entre 25 a 30 millones de células olfativas, solo por mencionarte una cantidad que es insignificante a la de un perro, pero en fin, te decía que...

Marcos estaba estupefacto con aquella explicación y ante el bache mental del forense le recordó:

–Te quedaste en que la vista y el olfato van directo al cerebro

–Ahh, sí, te decía que tanto la retina como el olfato tienen una relación directa con el cerebro y tenemos que el Epitelio es capaz de detectar unos diez millones de olores...pero esto no viene al caso. Lo que a ti te afecta y vas a tardar un tiempo en solucionar tiene que ver con la memoria pues cuando esta información atraviesa el cráneo y llega al sistema límbico –una vaina que no tienes por qué saber– y al hipotálamo, se instala por un tiempo en los recuerdos, hasta que por cualquier otra circunstancia, el cerebro la desecha o la guarda en su caja de caudales.

–Coño Lozano, tu sí que eres una eminencia. Y dime... ¿Para eso voy a necesitar a un psiquiatra? –Lozano soltó la carcajada.

–No mi querido amigo, para eso vas a necesitar pagar una botella

de whisky y beber hasta, como decía mi mujer, que en paz descanse, en sus momentos de despecho, “se me olvide tu nombre”

–Me sale más barato –rió el periodista a sabiendas que él jamás pagaba esos brindis, emoción que se le borró del rostro, apenas apareció la bandeja llena de garbanzos, repollo, chuleta, chorizo, morcilla, lengua, y carne magra frente a ellos. Y de nuevo salió como alma que lleva el diablo directo al sanitario.

–Ese no va a comer en días –apuntó Guillén.

–Y mejor que no regrese a la mesa cuando nos traigan la ración de tripas que aquí son de las mejores –agregó Lozano.

–¡Jacobó! –Llamaba, Guillén al mesero– tráete un vinito tinto... –dudó por un momento y dirigiéndose a Lozano preguntó– ¿una botella no será mejor?

A su retorno Marín prefirió esperar en la barra y se dedicó a conversar con los parroquianos de siempre. Viejos amigos habituales al lugar. El solo echar un vistazo hacia la mesa de sus compañeros le producía tal asquerosidad que se le hacía imposible disimularla, por eso intentaba desviar la atención al centro del maná de bebidas que decoraban la estantería del bar, bajo luces de neón a unos precios inalcanzables para el común de los ciudadanos. Aún con la incertidumbre carcomiéndole las entrañas textualmente, porque deseaba escuchar la versión del por qué, Homicidios, había abandonado la escena del crimen, prefirió esperar a que sus amigos culminaran aquella bacanal que lucía interminable desde su paraje. Además parecían disfrutar aquella comilona como si estuviesen en un banquete presidencial, porque si bien la ciudadanía se las

veía bien gordas para comprar alimentos en los mercados, las esferas del poder comían como reyes y los altos directivos de empresas estatales, ministros y directores de instituciones gubernamentales, así como los militares disfrutaban a sus anchas, con familiares e invitados “especiales”, de las grandes orgias gastronómicas en los mejores restaurantes del este de la ciudad, producto de la corruptela. Este no era el caso de sus dos amigos, pues Guillén se valía de las remesas de Rodrigo, pagadas por la compañía de software mejicana y Lozano de sus muchos ahorros en dólares producto de sus viajes y conferencias al exterior.

El centro de las conversaciones era el video filtrado por alguien a las redes sociales. Por ello, Marcos se veía obligado como periodista a darles a los parroquianos la poca información de la que disponía al respecto conminándolos a leer al día siguiente su reportaje, puesto que aún le faltaban algunos datos para complementarlo. Esa curiosidad de sus lectores unida a la incertidumbre le permitía aceptar unos tragos que le invitaban para que continuara soltando la lengua.

—Allí está en las suyas, como pez en el agua —expresó Guillén a punto de darle un zarpazo al chorizo español que le sonreía desde hacía rato, y al cual le estaba huyendo en vista de un colesterol decretado que lo obligaba a una dieta estricta por unos cuantos meses.

—Chuleando como siempre —agregó Lozano inmisericorde— si no fuese por Rosalba, su mujer, se habría suicidado el pobre. No hay nada más jodido que tener los bolsillos vacíos cuando necesitas un trago.

–Ya, Lozano, basta, él no es como nosotros que disponemos de otras entradas en dinero, porque si solo viviésemos de nuestro salario estaríamos igual que Marcos. Deja la pendejada, espero que no, pero hasta ahora no sabemos si la desgracia nos va a alcanzar como a todo el mundo. Mira cómo está el país. No parece que seamos amigos desde hace tantos años. Además, esos periodistas ganan una miseria. Nosotros nos salvamos porque Daniela y yo cambiamos los dólares que nos envía Rogelio en el mercado negro, y tú porque vives de tus ahorros en el exterior.

–Tienes razón Armando, me fui de lengua... Terminemos de comer para que se incorpore a la mesa sin que su estómago, mejor dicho su cerebro le descomponga el organismo.

–Crees que le debemos describir la forma y el estado en que se encontraba el cadáver –preguntó Lozano.

–Ni se te ocurra –le respondió el detective– ¿tas loco? No lo digo por lo asqueroso del escenario, sino por el sumario, tú sabes cómo son las cosas hoy en día con este tipo de situaciones. Y además, recuerda que el Fiscal de la causa nunca subió a ver el cadáver y Marcos en su afán protagónico, no lo piensa dos veces en lanzar una primicia. Ahora dime tú a ver si concuerdas conmigo en esta duda que me jode desde hace rato: ¿hay o no hay gato encerrado en esta historia? ¿No olfateas que hay algo raro en todo esto?

Lozano no respondió sino que se quedó meditando por unos minutos. En cuanto a lo olfativo no había dudas, sobre todo por la pestilencia del suceso, pero el otro olor, al que se refería Guillén,

era más profuso, más intenso y más pestilente que el de la escena del crimen. Llenó primero su copa de vino y procedió con la de su compañero de farra. El mesero se acercaba a retirar los platos y Marcos desde la esquina de la barra, se sintió aliviado de poder regresar para finalmente salir de sus dudas. No lo pensó mucho. Tomó su copa de añejo y se excusó con los amigos. Superó los cinco metros que lo distanciaban de la mesa y al llegar sólo preguntó:

–Ya están hartos...me imagino.

–Solo nos falta el postre... pero para ti va a ser óptimo y saludable. Ya veraz –le aseguro el galeno.

–Bueno, eso espero porque tengo una voladora de ron que de milagro me sostengo en pie.

–Eso pasa por beber con el estómago vacío –señaló Guillén.

–Es que, de verdad les confieso, apenas pienso en comida, me vienen las náuseas.

–Tranquilo que esto te va a gustar, aunque no sé en que pueda terminar esa combinación –aclaró Lozano.

–Bien por nosotros –expuso Marcos con la lengua enrevesada. En la barra los amigos le habían invitado al menos unos cinco tragos de ron puro– ahora si me van a decir que fue lo que sucedió allá.

–Primero nos comemos el postre –interrumpió Guillén al ver la llegada de Jacobo con un profiterol de chocolate.

Ante aquella imagen, Marcos no sintió ninguna repulsión, todo lo contrario y Lozano le sugirió probar un poco. No perdió tiempo. Tomó la pequeña cucharita y se llevó el manjar a la boca. Su rostro se iluminó como si un ángel hubiese descendido de los cielos. Guillén y Lozano intercambiaron miradas y lo dejaron continuar repitiendo cucharada tras cucharadas mientras preguntaba lo sucedido en las residencias en el transcurso de la mañana. Ellos jugaron a la espera. Había que permitir que el chocolate hiciera su trabajo. Para ello, Guillén gastó tiempo excusándose para ir al baño. A su regreso, le tocó a Lozano y finalmente, cuando no quedaba una pizca del postre en el plato y Marcos lucía como la única estrella en la penumbra de la noche, los dos investigadores se miraron y una sonrisa cómplice les indicó que había llegado la hora de poner al periodista al tanto de los acontecimientos. ¿Estará sobrio para recordar lo que le vamos a revelar? Se preguntó Guillén sin pensar que Lozano albergaba también en su mente otra pregunta ¿podrá trabajar este caso sin meternos en problemas?

—Menos mal que te quedaste petrificado ante la escena y no viste el cadáver expuesto —inició Lozano la confesión— porque si no, ese profiterol estaría a esta hora bajando por las cloacas de la ciudad, seguido de unas cuantas copas de ron indigeribles hacia un destino desconocido.

—Al cadáver lo vaciaron, Marcos, como me dijo Andrés en la escena del crimen mientras elaborábamos hipótesis. Lo que te oculté fue que una vez vaciado completamente lo cocinaron en algún tipo de ácido para evitar su identificación —agregó Guillén.

—Pero me dijiste que se llamaba Patricio...Patricio algo...—Mar-

cos buscó sus notas— Rodríguez Ocando, y era funcionario del Ministerio...

Guillén lo atajó antes de que continuara.

—Cierto, ¿Y quién nos dice que las identificaciones encontradas corresponden a la víctima?

—Me alegro de no haber visto esa monstruosidad.

—De allí los olores tan terribles —aclaró Lozano.

—Y entonces esa huida hacia adelante fue planificada por los dos —Marcos se refería a la supuesta sumisión del detective ante la comitiva que se había apersonado al lugar de los hechos.

—Más bien por Guillén, yo no tenía ni idea de lo que estaba haciendo —indicó Lozano.

—Tuve que hacer tiempo para que mis muchachos evacuaran las pistas y se colaran por la parte trasera de la residencia. Ya deben estar haciendo el resto de su trabajo —aclaró Guillén

—De modo que entonces no estabas recibiendo una llamada cuando te observe con el celular.

—Eso hice creer, pero en realidad estaba llamando a mi segundo para que despejara todo allá arriba y lo dejara como si nunca hubiésemos estado buscando indicios del crimen.

—Luego el segundo me llamó a mí —intervino Lozano— para pasarme la novedad.

–Y fue cuando me dejaste solo en la planta baja y subiste por una supuesta emergencia –apuntó Marín– qué bueno son los dos en pareja...no han perdido la malicia.

–Aclarado el tema, qué me pueden adelantar para mi nota de mañana. Porque esta noche la televisión dará la noticia, pero me temo que cuentan con muy pocos datos. Y con la autocensura el bochorno de los funcionarios del SI no saldrá al aire.

–Como siempre lo hemos hecho, Marcos, debes reservarte la fuente –le recordó Guillén al periodista– Y mientras la furgoneta no traslade los cuerpos, uno completo y las sobras del otro a la morgue, estamos incompletos.

El teléfono de Lozano repicó y al ver la pantalla se dirigió a Guillén.

–Los de la furgoneta –indicó– ya están bajando los fiambres. Tenemos tiempo para un par de tragos más.

Al otro lado de la ciudad, las víctimas eran colocadas en el furgón dejando un olor terrible a huevos podridos en los alrededores. La estampida de los funcionarios del SI no se hizo esperar y con la misma prisa con la cual llegaron, ocuparon sus camiones de asalto y desaparecieron dejando una espesa nube de polvo que se quedó levitando por minutos hasta que el estruendoso sonido de las sirenas se disipó en la distancia. Los periodistas en el lugar del suceso respiraron con tranquilidad.

–Entonces ¿qué piensan? –preguntó ansioso Marín.

Guillén manejaba varias teorías y Lozano igualmente poseía las suyas. Por muchos años los dos hombres comparaban sus puntos de vistas y obtenían un resultado casi siempre satisfactorio. Resultados que desde el 2004 muchas veces no surgían a la luz pública y quedaban guardados bajo un secreto sumarial que le interesaba al gobierno. Desde la Fiscalía General siempre se giraban instrucciones, el papeleo pasaba al Despacho del Fiscal asignado y allí aguardaba el sueño de los justos. Sobre todo aquellos casos que la oficina del Fiscal General catalogaba como “complicados”. De modo que en la sede del Cuerpo de Investigaciones el caso quedaba en pausa, se iba haciendo moroso, se retardaba y finalmente cuando la memoria colectiva olvidaba el episodio, no se hablaba más de él.

–Al cadáver sólo le dejaron las costillas. Lo tasajearon como a una res. Le extrajeron todo aquello que era de utilidad para algo...

–Cómo para algo –interrumpió Marcos– está clarísimo que se trata de un contrabando de órganos involuntario... ¿o no?

–Podría ser –apuntó el Inspector– o también el, o los asesinos querían que pensáramos eso.

–Entonces, sí se trató de varias personas las que cometieron el crimen –dejó caer la perla el periodista.

–Al menos unos cuatro diría yo –indicó Lozano– a simple vista por lo que puedo deducir un solo hombre o dos no habrían podido someter a la víctima tan fácilmente. A pesar de que solo le dejaron el carapacho, se nota que era un hombre fuerte, corpulento y de 1,85 a 1,90 de estatura...y calzaba 48, un pie extravagante para

un nacional, cuando casi el 90 por ciento no pasa del 45.

–O cinco –agregó Guillén– ¿o es que el del ascensor no cuenta?

–¿Podría ser un extranjero? – inquirió Marín.

–No sabría decirte hasta no interrogar a los vecinos o a los vigilantes de la seguridad privada, a los cuales, por lo que vimos hace unas horas, no tendremos acceso. –También Guillén se quedaba con la duda.

–Ese es un trabajo que te tocará a ti llevar a cabo, Marcos –sugirió Lozano– A nosotros nos dejaron con los crespos hechos.

–Pues, con la ayuda que me puedan suministrar podemos hacer un escándalo de esto, ya que me temo, tal cual como le dije al chofer, aquí hay gato encerrado.

–Más que un gato, una manada –agregó Guillén– lo más seguro es que culmine como otro cangrejo sin patas ni cabeza.

–Seguramente se hablará de brujería, vudú y santería. La “Corte Malandra” y los Paleros serán la atracción y el show que probablemente se inicie mañana con la ayuda de los medios oficiales... Ya imagino los titulares “Rito Satánico en Colinas de Santa Fe”. –Se atrevió a opinar Lozano con su humor negro, haciendo la salvedad con los dos únicos medios privados que, bajo amenaza creciente, aun circulaban en el país.

La Corte Calé está conformada por “malandros”, término con el que en Venezuela se hace referencia a los delincuentes. Estos cultos se ven con más frecuencia dentro de las barriadas urbanas, que

han sufrido desde la década de los setentas un incremento alarmante de muertes violentas y que no ven en las autoridades ninguna posibilidad de protección. Para los creyentes de este culto, el espíritu de los delincuentes pasa a ser el intermediario entre los creyentes y los favores divinos. De acuerdo con los investigadores dedicados a este fenómeno, estos delincuentes tienen en común ciertas características: en vida, eran considerados de algún modo como héroes, que robaban para el beneficio de sus comunidades.

Los seguidores de este culto pueden visitar las tumbas, armar altares en sus casas o pueden comunicarse a través de ceremonias especiales. Algunos criminales se encomiendan a estos espíritus antes de delinquir. También se les pide para que se facilite el acceso a bienes materiales como armas y motos. Las maneras de venerar a estos espíritus varían con los seguidores y las circunstancias. No solamente los delincuentes acuden a ellos. Madres de familia, por ejemplo, que habitan en las violentas barriadas de la capital, buscan poner a sus hijos bajo la protección de estos espíritus, particularmente en horas de la noche, cuando el riesgo es más alto. Igualmente les piden por los hijos que esperan procesos penales en las cárceles. Una de las razones por las que se cree en estos mediadores se basa en la idea de que solamente quienes conocen el mundo de la violencia y de las balas pueden ser capaces de proteger a quienes viven dentro de ese contexto.

El término “calé” no tiene una clara definición. Se piensa que es una jerga que viene de la cárcel, y que es usada por los reclusos para confundir a los guardias. Las historias que forman parte del culto de la Corte Malandra y sus prácticas se han abierto paso también en el mundo del cine y el arte venezolano. Con ello, se ve de

modo claro cómo la cultura de la violencia se asienta en las expresiones de la Venezuela contemporánea. Al mismo tiempo, el enraizamiento de este imaginario invita a cuestionar los elementos de base de estas prácticas populares. ¿Cuáles son los valores de un contexto en el que se identifica a figuras del crimen como protectoras? ¿Puede verse esto como una consecuencia directa de la ausencia del Estado en la cotidianidad de las clases populares? Ésta es una muestra de cómo grupos excluidos se ven en la necesidad de buscar vías paralelas de protección más coherentes con el mundo que los rodea; y para muchos es de temer que estas expresiones no se queden en las prácticas religiosas, sino que tengan eco también en la construcción de las estructuras del país, de sus prácticas sociales y de sus representantes.

La conversa en torno al caso y las explicaciones pertinentes continuaron al son de los tragos. El Inspector y el Forense se habían puesto de acuerdo para entre los dos pagar una botella de Etiqueta Negra a un precio exorbitante. El mesero llegó y sirvió los tragos y luego se llevó la botella. A ninguno de ellos les gustaba tenerla en la mesa de exhibición, más en una situación de crisis económica que cada día se acentuaba. Tampoco era buena idea que estuviese a la vista de todos, pues esa actitud podría significar dos cosas, o eras un corrupto, o eras un pendejo a punto de ser asaltado, robado o secuestrado a la salida del bar, todo podía ocurrir a pleno sol, a menos que te hubieras encomendado al “malandro Ismael Sánchez”, la figura principal de esta Corte para ser objeto de su protección ante la inseguridad reinante.

Bridaron y Marcos grababa con su celular todas aquellas apreciaciones de ambos expertos, a la vez tomaba datos en una pe-

queña libreta, nunca confiaba en las grabaciones porque cualquier cosa podía ocurrir si apostaba con plena confianza a las nuevas tecnologías. Siempre optaba por un soporte, una especie de seguro o de plan “b” constante. Nada para él era de confianza. Sabía que no disponía de mucho tiempo y a pesar de que el periódico se había modernizado y podía enviar la nota por correo electrónico sin ningún problema, le gustaba su status a la antigua y a cierta hora de la tarde, antes del cierre que casi siempre era entre 8 y 10 de la noche, se apretrechaba en su pequeño cubículo de la redacción desde donde escribía a su antojo como en los viejos tiempos. Allí en solitario podía extenderse a sus anchas y hasta encender un cigarrillo. Hacer y responder llamadas, tomarse todo el café que le viniese en ganas y aprovechar para extraer la botella de ron que guardaba bajo llave en una gaveta de su escritorio. Algo que no podía hacer en su departamento una vez que Rosalba le prohibió todo tipo de bebidas. Sentado en su escritorio, recordó escenas pasadas cuando su mujer no soportaba su alcoholismo depresivo, cuando intentaba escribir una novela que pudiera consagrarlo en el mundo literario. “Ya ni comes”, le dijo en cierta oportunidad. Le parecía un insulto que los fines de semana no le dedicara unos minutos para salir de paseo como lo hacían a menudo desde la mudanza al pequeño apartamento que habían adquirido apenas superada la treintena. No tenían descendencia y en medio de tantas tribulaciones, se les hizo tarde para procrear. Todo lo dedicaron a la profesión; sin embargo, disfrutaban como dos adolescentes el placer del vivir el día a día, sin las mortificaciones típicas de la crianza. Así, lograron superar el vivir solos, algunas veces sin hacer el amor por meses, y otras haciéndolo desafortunadamente por días seguidos, en los lugares más insólitos del edificio, como las

escaleras de servicio, el pasillo del estacionamiento, o alguno de los dos ascensores dispuestos para el pequeño condominio. Saboreaban el sexo sin llegar al límite. “Quedarse con las ganitas” era la condición secreta del toqueteo. Prohibido un orgasmo. Impedida una eyaculación. Todo lo demás era válido, permitido, lícito. En su visión del mundo amoroso no existía más nadie: familias, amigos, conocidos, vecinos... A él le tocó trabajar duro durante las noches, porque tenía asignado el cierre del periódico, una vez ascendido de cargo. Ella, recién llegada de Chile, se dedicó a validar su título y a buscar empleo en varias universidades nacionales, para finalmente anclar en la Central de Venezuela. Así, adquirieron con el tiempo, y gracias a un crédito bancario que pagaron luego de veinte años de cotizaciones, un modesto apartamento en una barriada céntrica de Caracas. 80 metros cuadrados desde donde no se habían movido a pesar de algunas oportunidades que se les habían presentado. Ella siempre recordaba aquellos momentos a sus 25 años y Marcos a los treinta, cuando el banco les dio la buena pro y se instalaron en medio de un conjunto de paredes opacas, con apenas una colchoneta sobre un suelo cristalino de cerámica barata, adquirida apresuradamente, sobre la cual se lanzaron sudorosos, besándose en forma desesperada, como si el mundo estuviera a punto de ser devorado por un agujero negro. Una llama saturada de erotismo los calcinaba por dentro. Así, ella sentía una penetración memorable. Una chupada inimaginable en su intimidad para conseguir el éxtasis supremo, el cielo atrapado en sus manos mediante un alarido majestuoso y agotador. La vida era un goce total. Y el mundo parecía sonreírles siempre. Esos recuerdos impregnados en aquellas paredes no podían cambiarse por el castillo más fastuoso del país. En aquellos tiempos de escritor frus-

trado, había llegado al departamento con la borrachera acostumbrada para encontrarse con el rostro de su mujer. “Aquí no me llegas más en ese estado” le había dicho: “o te vas a vivir a una pensión”. Y él había respondido, buscando su comprensión:

–...Estoy escribiendo un novelón y por primera vez la firmo yo.

Y ella había soltado uno de sus gestos acostumbrado... Ese ademán de manos, con el que lo decía todo. Aquella imagen siempre permanecía en su mente, apenas extraía de la gaveta el elixir mágico que despejaba todos sus fantasmas.

Jacobo se acercaba a la mesa pues Guillén le había hecho una señal para que sirviera tres tragos más. De nuevo volvieron a brindar y Marcos se fijó en las manecillas del reloj: “Aun tenía algo de tiempo”. Escuchaba pero no oía la conversación. Por espacio de minutos se había quedado en blanco, ahora retomaba la realidad y se percató de que los dos hombres debatían en torno quién había tenido razón en tal o cual caso en el pasado. Era obvio que siempre competían en hipótesis criminales y la sucedida en el transcurso de la mañana iba a formar parte de una historia futura.

–Bueno, al menos dispongo de material para empezar a escribir –introdujo un ruido en la discusión.

–No toques lo del ácido aún, pues los chivos del Servicio de Inteligencia se percatarían de que se filtró la información, aunque si puedes comentar que el cadáver no ha sido identificado y vas trabajando un reportaje por entregas –le sugirió el Inspector.

–Lo que aún no he podido digerir para escribirlo, es el escenario.

Esa obra macabra no se puede traducir en palabras –dijo Marcos resignado.

–Te ayudo –intervino Lozano de pronto– Como ya te expliqué, los involucrados “vaciaron” el cadáver, pero dejaron el esófago, la bolsa estomacal y los intestinos, de allí tanta pudrición. Imagino que esperaban que el ácido se encargara de ellos pero resultó todo lo contrario, potenció más la descomposición. Por lo que observé y ya la autopsia me dará más detalles, la víctima se había metido una bacanal que ni te cuento. Creo que vomitó parte de ella, o bien almorzó o cenó con una gula descomunal, o lo hicieron comer obligado como si se tratara de engordar el hígado de un pato para hacer un paté. Una vez difunto y considero que no lo mataron a las primeras de cambio, lo fueron despojando vivo de cada uno de sus órganos. Quizá lo anestesiaron porque en mi cabeza no cabe tanta crueldad para hacerle algo así a un ser en estado consciente. El mantenerlo vivo tiene sentido ya que puede ser una manera de ir conservando los órganos por un lapso de tiempo más largo. El corazón sería el último del cual dispusieron pues apenas se cuenta con cuatro horas antes de que se deteriore. Los otros miembros los fueron retirando acorde a su duración o aguante, de esta manera evitaban una isquemia antes de tiempo. Eso también lo dirá la autopsia.

Marcos de nuevo se descompuso y sin mediar palabras saltó de la silla en corrillo hacia el sanitario y el más cercano que encontró fue el de damas al cual entró precipitadamente, obviando toda prudencia. Afortunadamente se encontraba solitario y sin perder tiempo soltó ante el lavabo el medio litro de alcohol que había ingerido hasta ese momento y todo el profisterol que le había ele-

vado las endorfinas. Al regresar a la mesa, pálido como un difunto, Lozano lo miro y dijo.

–Luces como uno de mis pacientes.

–¿Zape! –respondió como pudo el periodista.

–Quieres que continúe o vas a seguir con la rutina de desaparecer cada vez que estoy a punto de concluir con una de mis tesis.

–Tómame otro trago, hombre, porque a esta distancia se siente el olor a vómito. –aconsejó Guillén intercambiando una risa burlona con el forense.

–Coño, la verdad es que ustedes son unos sádicos –alcanzó a responder el reportero quien hizo caso omiso a la insinuación del Inspector– no puedo probar un trago más, hasta el chocolate me salió por las narices.

–De esas fosas nasales tuyas puede salir hasta una torta de cumpleaños –se burló el galeno, y agregó– te dije que eso pasa por beber sin ingerir alimento. Te perdiste del tremendo cocido que nos sugirió Jacobo.

–¿Cómo crees que puedo comer con este olor de mierda que no me abandona?

–Bueno yo a lo único que huelo es a chistorras, ¿y tú Lozano?

–Aún tengo el sabor de la morcilla y el chorizo en el paladar... Ummm una delicia. En ningún restaurante lo preparan como aquí, aunque los callos a la madrileña suelen también ser fenomenales.

–Bárbaros –atinó a responder Marín– tu teoría del contrabando de órganos para trasplantes es buena, Andrés, pero yo aún tengo mis dudas.

–Y qué otra cosa se te ocurre –le pregunto Marín al Inspector, sobreponiéndose a su trance gastronómico.

–Aún no tengo nada claro, pero hablando de olfatos, esto no me huele nada bien –insistió Guillén– Las horas con respecto al tiempo que deben permanecer los órganos no me concuerdan. Al menos que hayan utilizado unos equipos muy sofisticados para su conservación.

–¿Existen o tenemos que consultar en internet? –se dirigió Guillén a Lozano.

–Que yo sepa, pueden mantenerse congelado pero no por mucho tiempo, a excepción de la piel, los huesos o la médula.

–Eso es –saltó Guillén como si lo hubiese picado una avispa– creo que acabas de dar en el clavo otra vez. ¿Qué hora es?

–Las 5.30 –se adelantó Marín.

–Llama a la morgue a ver si ya llegó la furgoneta con los cadáveres –le indicó Guillén a Lozano y este se apresuró a marcar el número en su teléfono celular.

–Vámonos –dijo Guillén apresurándose a pedir la cuenta– para luego es tarde.

Marcos no tenía idea de aquel apuro tan repentino, Lozano si

había captado de inmediato la seña. A Guillén se le había prendido el bombillo, algo había visto o algo había recordado y esa actuación del Inspector era bastante bien conocida por el médico forense. Los tragos se quedaron a medias, la cuenta llegó con la rapidez exigida por Guillén y Jacobo había entendido que no podía dilatarse ante aquel requerimiento, ya había sucedido lo mismo en otras ocasiones. Salieron del local y Guillén propuso tomar un taxi, Marcos por su parte, se despidió, no sin antes pedirles que si tenían algo nuevo se comunicaran con él a la redacción o por su celular. Se separaron y Marcos vio como aquellos dos hombres entraban en el automóvil y este desaparecía en medio de unas calles solitarias, debido a la precariedad de unidades colectivas que no circulaban por falta de repuestos y escasez de efectivo.

18.00 pm

Marcos entró a la redacción. Se encontraba tan solitaria como siempre a esa hora. Ya los colegas ni siquiera compartían viéndose a las caras. Las notas las enviaban por correo, las relaciones se mantenían a través del Facebook y el Instagram. El twitter ahora había sustituido las primicias de antaño, era el lead de la era tecnológica. Cuánto extrañaba el sonido de la rotativa y de los teletipos. Los teclados sonando entre cubículos, el cierre de páginas y los gritos de los jefes al momento del cierre. Luego la paz total hasta el día siguiente. Un tour que se había iniciado con las máquinas Remington, las cuartillas de papel con sus 25 líneas y la diagramación a fuerza de marcadores en maquetas tabloides y estándar. Más tarde las computadoras mandaban las máquinas de es-

cribir al museo del olvido, aunque aún sobrevivían los pre-diagramas en papel bajo un formato carta, hasta su desaparición final en la sección denominada Secretaría de Redacción. De pronto era como si jamás el papel hubiese existido, y una red informática lo sustituía bajo códigos binarios. Aquel Jefe de Información, así como ese Director que se paseaban nerviosos de un lado al otro del salón entrometiéndose en tus escritos, se encerraron en una telaraña de millones de celdas cibernéticas inexpugnables desde donde decidían cuál nota habría la primera página al día siguiente, cuál cerraba, cuál se quedaba en la memoria del disco duro y cuál se iba al bote de reciclaje, que curiosamente jamás reciclaba nada. Unos seres intangible, unos fantasmas como fantasmagórica era aquella sala de redacción en donde él, Marcos Marín, llegaba todas las tardes a escribir sus notas, negándose a los últimos avances del mundo cibernético.

Tomó asiento y probó otra de las pastillas de menta que había comprado en la vía. El asco continuaba soldado a sus fosas nasales. Extrajo la botella de ron y limpio el vaso de siempre con una servilleta usada. Se sirvió un trago largo y se dispuso a escribir su crónica. Frente a la computadora lo asaltó la duda de si debía encarar la historia por el lado de un crimen más con saña, alevosía, ventaja y premeditación, como probablemente haría el resto de sus colegas de la competencia, o cambiar radicalmente con la sospecha del contrabando de órganos. Esta última idea le gustaba pero eso podría traer problemas de veracidad si algunos viejos colegas e incluso los nuevos recordaban su gran “Olla” montada a finales de los ochenta y la cual se extendió por casi veinte años, y que por poco le valió la suspensión de su título. Mal que bien, salió airoso

del trance que solo le costó una reprimenda del organismo ético que agrupaba a los periodistas en aquella época.

“Secuestran niños para robarles las córneas” fue el título que recordaba como si los años nunca hubiesen pasado. Lo elaboró un 24 de diciembre y convirtió al “niño Jesús” en una pesadilla para las madres que encerraron a sus hijos sin permitirles jugar con sus fuegos artificiales, alrededor de las plazas como se acostumbraba en esos tiempos. Ante esta revelación, todos los cuerpos policiales del país se declararon en emergencia y se dispusieron a la caza de los supuestos secuestradores de niños. Se hablaba de mercenarios extranjeros y también de grupos guerrilleros y paramilitares colombianos que no conformes con la coima que pagaban los cultivadores de drogas, veían en el tráfico de órganos una veta de oro factible de ser explotada. Marín aprovechando la popularidad continuó con sus crónicas, las cuales cada semana, parecían extraídas de una película de horror. En ellas contaba que la policía mexicana también había descubierto una red de tráfico de órganos extraídos a niños, con destino a pacientes estadounidenses. Posteriormente, se había especulado que detrás de los crímenes contra mujeres de Ciudad Juárez pudiera haber también una mafia de tráfico de órganos. Y en este caso los más cotizados eran los senos.

Si bien en Venezuela en dos meses de investigación no se llegó a comprobar aquella denuncia, las crónicas policiales de Marcos Marín tenían aterrada a la población. Las madres en estado de desesperación, llevaban y esperaban a sus hijos a las puertas de los colegios y el ausentismo laboral se convirtió en un problema para las empresas textiles que mayoritariamente llenaban sus nóminas con empleados del sexo femenino. Las mismas a raíz de la debacle

comenzaron a girar instrucciones a sus respectivos departamentos de Recursos Humanos, en donde se exigía contratar preferiblemente a mujeres solteras y sin hijos sin contemplación alguna. La problemática se intensificó cuando los padres también se plegaron a la protección de sus muchachos sin importarles retrasar sus horas productivas y por efecto dominó, se inició una ola de despidos que mantuvo al Ministerio del trabajo en un trajín interminable de pliegos conflictivos provenientes de los sindicatos, que exigían una clausula especial en sus contratos de trabajo que les permitiera ausentarse del lugar de la faena, si debían cumplir con su deber de padre en favor de la seguridad de sus hijos. Mientras las semanas y los meses se sucedían, Marcos Marín no cesaba en su empeño de la existencia de una banda dedicada al contrabando de órganos. Sus colegas de la competencia, constreñidos por sus jefes, se plegaban a la noticia para no quedar mal con sus lectores, hasta que los directivos de los Cuerpos Policiales, en un intento desesperado, acudieron ante el Colegio que agrupaba a los periodistas, en una acción sin parangón en la historia del periodismo de sucesos, para detener esa paranoia colectiva impulsada por aquel redactor amarillista e irresponsable, que los mantenía como locos persiguiendo huestes fantasmales. Allí fue cuando el joven Marcos Marín conoció al detective Armando Guillén. Se tropezaron en pleno pasillo al instante en que había sido llamado a declarar.

–Tú eres Marín –le preguntó el otrora detective.

–El mismo que viste y calza –respondió con chocancia el interpelado.

–Coño, nos tienes vueltos locos –apuntó Guillén agarrándose la

cabeza con las dos manos.

—Bueno mi viejo...mi trabajo es la denuncia, haga usted el suyo —y se había retirado dejando al detective sin habla. —Cada palabra la recordaba como si hubiese sido ayer, se escuchó decir en la soledad de la redacción.

Su última nota, antes de ser llevado al Tribunal Disciplinarios del Colegio que lo asociaba, hacía mención de una cronología mundial y pues, si eso era una tendencia, quién era quién para afirmar que en el país no estuviese sucediendo los mismo. Basado en esa tesis escribió: “El aleteo de una mariposa en la china, puede terminar siendo un tsunami en occidente”, por lo tanto quién puede desmentir a la organización feminista RAWA emplazada en Afganistán que recientemente ha denunciado el caso de los fundamentalistas religiosos que se enriquecen con el tráfico de órganos de los habitantes más pobres de esa región. Y agregaba: en Ucrania se han detectado casos de secuestro de niños recién nacidos, presuntamente para utilizar sus órganos en trasplantes y como fuente de células madre.

Si estas denuncias no sensibilizan a la opinión pública en este país, quién puede dudar de las Monjas españolas establecidas en Mozambique quienes afirman tener pruebas de este tipo de crimen, en donde los órganos traficados eran destinados a trasplantes negociados o, en últimas instancia, a rituales de magia negra.

Finalizaba su última crónica dejando una interrogante: Se dice que también Hay un “turismo del trasplante” que traslada pacientes adinerados a países intermediarios, que pasan del continente

africano a Europa e incluso han llegado a Estados Unidos, Centro América y Latinoamérica para comprar órganos “donados” a bajo precio.

Y aunque para los servicios de investigación y para muchos otros periodistas, aquella “olla” de Marcos Marín, le había parecido una historia sin base producto de una imaginación estimulada a fuerza de alucinaciones étlicas, la misma recorrió el mundo y hasta el 2008, se hablaba de delitos de este tipo cuando ya él estaba dedicado a escribir un supuesto best seller del cual apenas vendió nos cuantos ejemplares. Ahora en plena redacción a solas, acudía a sus viejos archivos guardados en la nube. Escogió uno que databa de 1999 en donde se señalaba que durante ese año, la guerrilla del Ejército de Liberación de Kosovo había traficado con órganos extraídos a cautivos serbios. Otra nota parecida la encontró al hacer un enlace. Leyó: “En mayo de 2008 el ministro del Interior argelino Noredin Yazid Zerhouni afirmó que niños argelinos y subsaharianos eran introducidos ilegalmente en Marruecos, donde se les extirpaban los órganos para venderlos en Europa.

El olor era el otro elemento que le llamaba la atención para iniciar el lead, entonces optó por colocar el título: “Hallan cadáver vaciado en residencias Altamira”. La historia la inició con la escena del crimen pero al no poder encontrar palabras para describirla acudió a la típica frase “escena dantesca”. En los párrafos siguientes se refirió a la fetidez que había tomado la residencia por lo cual los vecinos alarmados decidieron comunicarse con el 911. Contó el recorrido de la prensa desde la Central Policial hasta la llegada al lugar de los acontecimientos y narro la forma en que se había coleado a lo interno de la residencia, cuidando no men-

cionar la ayuda del Inspector Guillén. A tal efecto inventó que gracias a poseer un equipo para estos menesteres en vista de ser un periodista de sucesos, logró pasar como un miembro del Cuerpo de Medicina Legal. Una vez adentro se impactó con aquel espectáculo imposible de ser comparado con algún otro escenario en todos sus años cubriendo la fuente policial.

Teniendo sumo cuidado, seleccionó algunos de los datos proporcionados por el jefe de los forenses sin mucha precisión para guardar la confidencialidad de la fuente. Un dato podía traerles problemas a sus viejos amigos, de modo que al describir el cadáver apenas asomó la sospecha de que algunos de sus órganos pudieron haber sido extraídos por motivos no explicados, por lo que podría tratarse de varias hipótesis que conseguían deslizarse desde una posible venta de órganos, o contrabando, hasta un acto ritual. De esta manera no comprometía a nadie. En cuanto al segundo cadáver, no le dio mucha importancia en su nota y apenas lo mencionó dejando abierta la posibilidad que pudo haber sido uno de los asesinos que cayó al boquete del elevador accidentalmente, o se trató de algún vecino poco conocido, que por azar se encontraba en el lugar al momento del crimen, y terminó pagando las consecuencias. Cerró la nota mencionando el video que había recorrido las redes sociales mostrando una situación bochornosa acaecida con los funcionarios del SI en la escena del crimen, el cual no había sido posible corroborar su veracidad. Con esto se cuidaba las espaldas y evitaba una acción judicial contra el medio impreso. Finalmente dejó caer la perla de la situación irregular ocurrida con los periodistas y reporteros gráficos que cubrían la fuente judicial.

Se sirvió un trago más mientras corregía la nota, observó su reloj

y comprobó que aún era temprano, apenas las manecillas del reloj se acercaban a las 8 pm, pero a esa hora aún no había recibido ninguna llamada de sus amigos, por lo tanto dedujo que no había nada nuevo que agregar a su escrito. Sabía que lo único que iba a diferenciar su trabajo del resto de sus colegas, era la narración por haber sido el único presente en la escena del crimen. Y para evitarles algún tipo de represalias a sus confidentes, reseñó el encuentro con uno de los agentes del SI, cuando descendía por el segundo piso y la forma brutal en cómo lo había tratado, así como su respuesta para salir airoso de la edificación sin originar sospechas.

Una lectura más acompañada con el tercer trago lo satisfizo. Pasó la información junto a las tres gráficas que había escogido de las cinco que Domingo le había enviado por correo. A una cuarta le escribió la leyenda y la propuso para la primera página, aunque estaba seguro que el periódico no se iba a arriesgar a publicarla. En ella aparecían los miembros del SI en ropa interior en una especie de bacanal rociándose agua con una manguera. De tal modo que también elaboró otra leyenda para la quinta fotografía que captaba el momento de la llegada de los altos jefes del partido en momentos en que parecían discutir con Guillén junto al Comandante del Cuerpo de asalto. Observó el reloj de nuevo y este marcaba las 8,15 pm: “Tiempo para pasar por el bar de Manolito Allí se iba a diario para compartir con sus colegas de la competencia un par de tragos antes de partir a casa, Allí estaría su reportero gráfico siempre a la espera del cierre del periódico, momento en que ambos se acercaban al taller y se apoderaban de varios ejemplares para ir revisándolos mientras el chofer los repartía en cada uno de sus domicilios. Una costumbre que no habían perdido por ser dos

dinosaurios del periodismo como los describía Pascual, su chofer eterno. Antes de apagar la computadora, se recostó en su sillón amparado en la soledad de aquella redacción casi a oscuras, y en una especie de letargo se sintió de nuevo en medio del bullicio de las viejas Remington. Entrevistaba a un poeta en un bar de mala muerte al oeste de la ciudad. En medio del diálogo, el viejo no pudo continuar la charla y soltó las lágrimas ante los recuerdos que lo embargaban. Él, para darle un respiro, salió del local con la excusa de fumarse un cigarrillo. Había dejado el vicio hacía ya varios años, pero, en ocasiones como esta, llevaba algunos en sus bolsillos y se lo colocaba en los labios sin llegar a encenderlo, moviéndolo de un lado a otro entre los labios. “Eso te va a matar” le había reclamado Rosalba en cierta oportunidad, cuando no podía escribir una frase coherente sin aquel humo embriagador. Ahí, ahora, en plena oscuridad, recordó aquellos tiempos cuando se desempeñaba en la sección de política y todas las redacciones de la competencia estaban invadidas por las Remington. El humo, junto al olor del café, se adueñaba de toda la sala y, para los viciosos, se hacía imposible escribir una cuartilla sin un cigarrillo que abriera las puertas oscuras, metalizadas del pensamiento. “1.500 caracteres” era la orden del director para completar una columna de 4 centímetro de ancho por 32 de largo. Y siempre le ocurría lo que siempre deseaba que no le ocurriera: escuchar el anuncio del director: “se cayó un aviso, a rellenar la página que estamos cerrando”

—¡¡Hasta cuando!!... —había gritado una mañana durante su guardia respectiva.

¿Por qué siempre le tocaban esas emergencias? Aquello era el

infierno cotidiano. Las cosas no eran tan sencillas como ahora, cuando se dedica a escribir historias de sucesos de nuevo en medio de una sala vacía, en donde nadie hace acto de presencia y todo llega por correo electrónico desde rincones de la ciudad que nadie conoce. El periodismo hoy en día estaba lleno de comodidades. No hace falta mucha imaginación para escribir y las herramientas siempre se encuentran disponibles acudiendo a la nube del señor Google para colocar a la memoria en su justo lugar. Guardó la botella de ron en la gaveta bajo llave, se colocó la chaqueta y abandono la redacción dejándola en penumbras como todas las noches.

20.30 pm

Abrió las puertas del bar, y de inmediato divisó a Domingo Navas quien lo aguardaba conversando con varios colegas en su esquina favorita de la barra. Luego de saludar a varios de sus compañeros de las distintas fuentes, quienes a menudo allí se congregaban para intercambiar sobre los últimos acontecimientos del día, siguió directo para ocupar su butaca al lado de su compañero.

–No te imaginas de lo que te perdiste –fue la primera frase de Domingo apenas el periodista tomó asiento.

–Sí, vi los videos en las redes sociales. Qué bochorno.

–Pero te quedaste corto

–No me digas, ocurrió algo más, mira que me regreso a toda velocidad al periódico para complementar mi nota.

–No te preocupes, me reservé el dato y te hice varias llamadas pero no respondiste.

Ciertamente, el celular de Marín se había alumbrado varias veces con el nombre de Domingo Navas, pero absorto en su narración, no lo respondió para no perder la idea, cosa que le sucedía a menudo cuando lo interrumpían. Este olvido repentino lo atribuía a la edad, ya no se era tan joven como antes y la memoria llena de tantas prioridades, dejaba escapar aspectos de ficción que casi siempre le daban un toque sensacionalista a sus historias. Se disculpó con su compañero y expresó:

–Tienes razón hermano, pero no quería entretenerme con el teléfono y seguramente nos hubiésemos puesto a conversar largo rato y la idea se me habría ido al carajo –y entonces soltó el secreto ante su compañero.

–Estuve en la escena del crimen

–¿Cómo? –saltó Domingo sin disimular su emoción, por lo cual Marcos tuvo que hacerle un gesto con los ojos que el fotógrafo entendió de inmediato.

–Me quito el sombrero contigo, hermano –atinó a decir.

Entonces Marcos le refirió de inmediato toda su hazaña realizada durante la mañana en aquellas residencias, hasta horas de la tarde, cuando culminó con Lozano y Guillén en el Lafallet.

–Terrible aquello, Domingo, una asquerosidad total, un horror, una monstruosidad, no tengo idea de cómo describirlo, apenas

logré un breve párrafo en la nota y se lo dediqué al cadáver. El resto, lo de siempre: lead, cuerpo y cola, (la técnica usada en los manuales de periodismo prácticamente desde que surgieron las primeras agencias de noticias).

–Pero dime ¿me perdí de algo trascendental?

–En comparación con lo tuyo nada. Sin embargo te cuento que una vez que levantaron los cadáveres y los del SI nos dejaron en paz, los colegas se dedicaron a entrevistar a los vecinos...

–Y tú grabaste algo, por supuesto –imploró Marín

–Claro, hermano, no somos nuevos en esto, pero lo más importante fue lo que me contó uno de los vigilantes con quien me tropecé en el sótano de la residencia, solitario y en busca de su automóvil. Porque en cuanto a los vecinos, sólo apuntaron más de lo mismo, que si el olor, que si tenían días con la fetidez y que luego de discutir entre ellos decidieron llamar al 911. Nada especial.

–Pero el vigilante si te sorprendió con algo nuevo, ¿no?, cuéntame.

–Me dijo que a las primeras de cambio, cuando llegó la comisión de homicidios, él había llamado a la empresa y desde allá le comunicaron que se pusiera a la orden y contara todo lo que conociera al respecto. Pero como apenas el Inspector, sólo le había pedido el número de teléfono de la compañía, no pensó que le iban a tomar declaraciones. En todo caso él siguió a la espera de que Guillén regresara para ponerse a su disposición y fue entonces

cuando apareció el tropel de funcionarios de Inteligencia. Se armó como bien tu sabes, aquella trifulca y el vigilante ni bobo que fuese, se comunicó de nuevo con la empresa y ésta echó para atrás la orden inicial y le recomendaron no abrir la boca para nada, porque se podía meter en tremendo problema, de modo que el vigilante optó por lo que hace hoy en día todo ciudadano ante un crimen: oídos sordos y ceguera momentánea.

—Sí, está bien, olvida los detalles y ve al grano que tengo apenas una media hora antes de que cierren la página —se exaspero Marín, quien contaba los minutos en su reloj mientras Domingo narraba con lujos y detalles aquella sórdida historia.

—Me dijo que ellos hacen guardia de 24 horas por 48, es decir que hacía tres días que le había tocado permanecer en la garita, eso habría sido de jueves para viernes y en esta oportunidad le tocaba el turno de lunes para hoy martes.

—Entonces, dime, dime lo importante y después me echas todo el cuento.

—El hombre dijo que jueves apenas tomó la guardia había llegado una camioneta con un permiso firmado por el supuesto dueño del apartamento con unos equipos de refrigeración, según le aclararon y para subirlos necesitaban que el vigilante les diese acceso al sótano para estacional allí la camioneta. Dijo que eran cuatro hombres con pintas de extranjeros, incluso uno hablaba español como los gringos, y portaban bragas blancas con el logotipo de la empresa a sus espaldas que no pudo recordar. Como además del permiso firmado que él constato con sus archivos viendo que los

nombres coincidían, el que parecían ser el jefe le mostró las llaves del departamento y le sugirió que por si las dudas lo acompañara hasta el piso respectivo.

Marcos no le daba crédito a lo que escuchaba por boca de su compañero. Hasta el momento la narración cuadraba con la teoría de Lozano y él comenzaba a juntar cabos.

–Pero como el vigilante no quería dejar su puesto de trabajo, pues si llamaban de la compañía a esas horas, podía meterse en problemas, decidió confiar en aquel hombre “simpático, agradable y sumamente respetuoso”, en comparación con otros empleados de empresas de mudanzas con los que le había tocado lidiar en varias ocasiones.

Marcos de nuevo observó su reloj de pulsera 9.30. Domingo se percató del gesto de su compañero y se saltó varias líneas del cuento en provecho del tiempo.

–Para hacértelo rápido y comiences a escribir

–Dale que caminando apurado son quince minutos de aquí a la redacción.

–Tranquilo Marcos que aquí tengo mi laptop –le aconsejó el fotógrafo– escribe aquí mismo y lo envías directo por el correo a Secretaria de Redacción.

Marcos comprendió que tendría que saltarse la costumbre de escribir en solitario frente a su computadora, pero no le quedaba más remedio, si quería complementar su trabajo con este último

dato, aportado por su compañero de faenas.

—¿Y entonces, cuenta, cuenta, que me tienes en ascuas?

—En fin, aquellos hombres duraron prácticamente unas tres horas en el apartamento y a eso de las 11.30 de la noche, otro con acento colombiano que fungía como chofer se le acercó a la garita para pedirle que les abriera el portón para salir del estacionamiento... y aquí viene lo extraño, me confesó que él no podía asegurar que dentro de la camioneta viajaban los cuatro hombres en vista de que el vehículo tenía los vidrios ahumados.

—Bárbaro —exclamó Marín— ahora como que sí tengo toda la historia completa, al menos para que el caso no termine archivado, “hasta nuevas evidencias”, como suelen decir las autoridades ahora.

—Y hay algo más, según el vigilante, este inquilino que salía casi de madrugada, ese día llegó a la residencia acompañado de una mujer, pasadas las 12 de la noche. Él pidió que se anotara en el registro, pero el inquilino lo reprendió y entonces optó por obviar el requisito.

21.40 pm

En la barra del bar de Manolito, Domingo extrae de su maletín la laptop que a menudo utiliza para enviar las fotografías a la redacción y la coloca sobre la barra.

—Ponme la clave que tengo el tiempo contado —le advierte Mar-

cos Marín, al fotógrafo, alistándose para agregar unos cuantos caracteres a su nota inicial.

–Voy a tener que sacrificar una de las tres fotos –le dice a su reportero estrella.

–No importa, da igual, seguro estoy abriendo la primera página. Mañana terminamos presos –lo dijo a modo de broma, recordando la amenaza del comandante del SI, luego de retornarles sus equipos unas horas después de habérselos incautados.

–A propósito –dijo Marcos– como lograste salvar las imágenes.

–Cuando vi al comandante histérico dirigiéndose a sus hombres, imaginé que iban cargar contra nosotros y cambié la memoria, la envolví en plástico y me la metí bajo de la lengua. Allí en la boca, la mantuve hasta que nos devolvieron los equipos... Qué brutos son.

–Menos mal que no la guardaste en el trasero –expresó Marcos en son de burla.

–Ni de vaina ese es el primero que revisan –respondió el fotógrafo con el mismo humor.

Marcos escribió la historia con esa capacidad que tenía para decirlo todo en pocas palabras. Fueron suficientes tres párrafos de unas cinco líneas cada uno, y luego de titularla: “Así habló garganta profunda”, una manera de salvarle el pellejo al vigilante, recomendó a los editores de guardia que la colocaran en un recuadro aparte. Ahora sólo tocaba esperar el sonido de la rotativa que a esa

hora de la noche era como un rumor de seres humanos en aquella zona industrial llena de transeúntes durante el día, y con apenas unas cuantas sombras deambulando solitarias como fantasmas durante la noche.

21.45 pm

Guillén tiene en su escritorio todas las evidencias recolectadas en la escena del crimen por sus detectives, las había descargado en la medida en que estas entraban en su correo personal. Aunque hablar de evidencias era una exageración pues con el corto tiempo que estuvieron disponiendo del lugar del asesinato, apenas contaba con un conglomerado de fotografías guardadas en una carpeta señalada con el número (2). Igual descargaba uno que otro informe incompleto, números telefónicos de posibles testigos y una declaración del fallecido. ¿Cómo? Se preguntó el Inspector: “Patricio Rodríguez Ocando es trabajador del Ministerio de Sanidad. Posee un documento de identidad bajo el número 12.567.890, de nacionalidad venezolana y profesión obrero, adscrito a la sección de limpieza del mencionado organismo. Esta domiciliado en la parroquia Antímano, barrio El Manguito, callejón Aranguren, casado y con tres hijos, todos menores de edad, y de quien sus compañeros afirman que es un modelo de empleado: responsable, de buen trato y que nunca falta a sus labores desde hace unos 25 años”.

Evidentemente que este Patricio no era el mismo Patricio que Guillén había encontrado destazado la mañana de ese martes. De inmediato extrajo de un sobre el carnet recopilado en el departamento y comparó ambos documentos. El número de identificación

coincidía, el resto de los elementos allí estampados, eran falsificados. Lo mismo sucedía con el título universitario, ese que acreditaba al susodicho como licenciado en Farmacia. Sus hombres habían hecho un buen trabajo. Una vez abandonada la escena del crimen cumplieron con la tarea impuesta por su jefe y emprendieron para el Ministerio en donde asombrados localizaron a Patricio. Luego de un somero interrogatorio le pidieron que lo acompañara a la Sede Central en donde cotejaron sus huellas y al ver que no coincidían con las pocas recabadas en el departamento y pues viéndolo vivo, no les cupo ninguna duda de que ese hombre no coincidía con la víctima, así que luego de hacerlo firmar la declaración respectiva lo acompañaron hasta su barrio con la excusa de que le habían hecho perder su tiempo y en retribución, lo menos que podían hacer era facilitarle un medio de transporte hasta su vivienda. De esta manera constataron el resto de la información que colocaron en “carpeta” número (3), en el correo del Inspector.

Los otros dos elementos con los cuales disponía el jefe de homicidios, era el informe preliminar enviado por Lozano desde la morgue y otro que recién entraba a su bandeja de parte del periodista Marcos Marín, en donde le hacía el comentario del vigilante y de lo sugerido al mismo por la agencia de seguridad para la que trabajaba. No le extrañó aquella “sabia” indicación de la empresa, si él hubiese sido uno de sus directivos, probablemente hubiese hecho lo mismo. Entonces conjeturó: “de ser cierto esto, es capaz que el viejo Andrés tenga razón con lo del contrabando de órganos” pero aun con esas pruebas circunstanciales frente a sus ojos, no aceptaba la tesis, puesto que por más sofisticado que haya sido el equipo de conservación de miembros, no le parecía tan sencillo

toda esa maniobra de montar y desmontar un equipo, refrigerar partes de un cuerpo y luego extraerlos del edificio sin causar ninguna perturbación en los inquilinos. Ahora bien, por otra parte pudieron haber llegado ese jueves, tal como expresó el vigilante, salir con la camioneta y luego regresar el domingo, cuando el mismo vigilante no estaba de guardia. En todo caso, habría que llamar a la empresa para preguntar quién se había hecho cargo de la guardia de sábado para domingo y someter a interrogatorio al vigilante. Hizo la anotación respectiva en su libreta y entre paréntesis colocó la hora en que se aparecería por aquella empresa al día siguiente. En esto andaba cuando le llegó otro correo. Provenía de la morgue.

21.30 pm

Lozano culminó con su segundo café y decidió retornar a donde sus dos colegas lo esperaban para continuar con la autopsia de lo que ellos mismos terminaron denominando “la cosa”.

–Bueno. Muchachos, que opinión les merece esto –lo de “muchachos” estaba demás, pues ambos galenos eran veteranos y junto a Lozano ya iban por más de diez años de servicio en ese laboratorio tétrico.

–Así por encima, aquí no hay mucho por hacer –dijo uno de ellos– dándole espacio al otro para que complementara su percepción inicial.

–Ni con los métodos conocidos ni con alguna anti-metodología

que nos inventemos, pues de encontrarse algún culpable en este caso, a menos que hayan dejado algunas muestras de ADN, no serviría para llevarlos a un tribunal.

–Sí, tienen razón, los chicos y yo extrajimos algunas muestras del cadáver, ahora podemos pasar la noche hurgando a ver si encontramos alguna muestra distinta que no coincida con la del cadáver.

–Eso lo dudo –expresó el primero de los galenos que había hablado.

–El ácido acabó con todo y desafortunadamente aquí no contamos con la tecnología necesaria para detectar algún otro elemento distinto a las encontradas en este hombre. Por cierto, ¿era un hombre, no?

–Sí, era un masculino de eso no tenemos dudas, aunque hasta los testículos se los desaparecieron –aclaró Lozano– Sugiero meterlo al congelador, elaborar un informe y esperar instrucciones de los altos jefes.

–Será lo mejor –agregó el segundo de los forenses.

–Para luego es tarde –apuntó Lozano– a la caverna pues, y empezamos con el otro cadáver a ver si logramos una identificación y no pasamos la noche en vano.

22.00 pm

—¡Manolito!, —elevó la voz, Marcos Marín, ante la algarabía que se había formado en el bar— tráenos un par de cuba libres que Domingo y yo nos vamos a enratonar aquí esperando. Ratón era un sinónimo para la resaca y enratonarse se utilizaba como estar a punto de sentir el malestar producido por el exceso de tragos.

La fauna periodística de varios medios comenzaba a llegar. El local se abarrotaba casi siempre cuando un caso escandaloso salía a la luz. La necesidad de comentarlo y averiguar qué habían escrito cada uno de ellos, con cuantas especulaciones habían coincidido, qué hipótesis manejaba cada uno por su lado y al final, quién se había guardado algo que los demás no tenían, era el tema en esos momentos. Pero nadie nunca dejaba entrever algo distinto a lo obvio, hasta el día siguiente cuando lo primero que hacían cada uno de ellos, era leer lo publicado por el otro en el afán por distinguirse. Y luego venían las felicitaciones o los reproches. Se sacaban los trapitos al sol y se acusaban mutuamente por falta de solidaridad y egocentrismo. Días después el resentimiento por una primicia bien merecida quedaba en el pasado.

Manolito le colocó los dos tragos y no pudo evitar hacer el comentario con Marín acerca del último acontecimiento. El periodista era su mejor cliente. Incluso cuando por motivos que él desconocía, había abandonado los medios por un largo período, lo visitaba al menos una vez a la semana y compartían vivencias y tragos con los colegas que siempre lo extrañaban en la fuente de sucesos. Era un personaje entre ellos y a menudo le sugerían casos para sus novelas. Todos querían ser utilizados como personajes.

Y en efecto, en las cuatro que Marín había escrito, la mayoría de los personajes los había encontrado en la taberna de Manolito. También era una manera de mercadear sus libros y aunque no los mencionaba con sus verdaderos nombres, todos ellos se veían reflejados en los distintos personajes de su épica, un prototipo que habría encajado en cualquier ser humano joven o viejo, enamorado o solitario, casado o soltero.

Brindaron y en esta oportunidad Marcos le rogó a su compañero de farra, que, ahora sí, le echara el cuento completo, “con pelos y señales”, de su encuentro con el vigilante.

–Al menos hasta que nos llegue la hora de pasar por el taller y Pascual nos conduzca a casa –agregó.

–Pero mejor cuéntame tú toda esa historia macabra con la que me acabas de sorprender. Desapareciste como un fantasma y ahora me vienes con eso de que estabas adentro de la escena del crimen. Ponme al corriente antes de leer lo que escribiste.

–En todo caso en una hora tendrás el periódico en tus manos, pero te adelanto algo que no he escrito y los dejé para mañana, pues pienso que esto, pica y se extiende.

Entonces el periodista se desbordó en teorías, unas propias y otras compartidas con los viejos amigos que también Domingo conocía. La que cobraba mayor veracidad era la de Lozano sobre la extracción de órganos para trasplantes y de ser esto cierto, el periodista imaginaba que ya Guillén estaría en eso, pues era muy hábil para sacar conjeturas. Afirmar esto era como si hubiese adivinado, pues desde su oficina, el Inspector se ponía en contacto

telefónico con Alonso Guillén, su hijo, especializado en genética, aunque bajo una óptica muy alejada de la profesión de su padre.

La genética forense tuvo su evolución a partir de la denominada “hemogenética forense”, una rama de las ciencias biológicas aparecida a principios del siglo XX, una vez descrito el sistema ABO de los hematíes por el patólogo y biólogo Kard Landsteiner. Este sistema es el usado actualmente para agrupar la sangre humana en diferentes tipos, de acuerdo con la presencia o ausencia de ciertos marcadores en la superficie de los glóbulos rojos. Como ya sabemos, los cuatro tipos principales de sangre son A, B, O y AB. Para una transfusión de sangre, se emplea el sistema de grupos sanguíneos ABO para hacer coincidir el tipo de sangre del donante con el de la persona que recibe la transfusión. Las personas con tipo de sangre 0 pueden donar sangre a cualquier persona y se llaman donantes universales. Las personas con tipo de sangre AB pueden aceptar sangre de todos los donantes y se llaman receptores universales. Las personas con tipo A o B puede recibir sangre del mismo tipo de la propia sangre o del tipo. El avance logró mayor concreción cuando otro dos investigadores: Von Dürgen y Hirschfeld descubren su transmisión hereditaria. El objetivo de esta ciencia era la identificación genética en crímenes y casos de paternidad. Las mismas, inicialmente, se centraban en el estudio de proteínas y enzimas eritrocitarias. Bajo estos marcadores podía incluirse o excluirse a una persona como posible sospechoso por poseer una combinación genética igual o diferente a la del vestigio biológico hallado en el lugar de los hechos.

Pero fue a mediados de siglo XX cuando gracias al descubrimiento del ADN y de su estructura y al posterior avance en las

técnicas de análisis de dicha molécula la Hemogenética Forense evolucionó considerablemente hasta el punto de que hoy en día la Genética Forense es una disciplina autónoma y en constante crecimiento. Aunque la ciencia poseía las herramientas necesarias para el estudio del ADN, su aplicación en la resolución de casos judiciales no se produjo hasta 1985.

22.05 pm

–La bendición padre –fueron las primeras palabras de Alonso al pulsar el nombre del Inspector en la pantalla del celular– ¿ocurre algo? ¿Cómo está mamá?

Era evidente la alteración del hijo, no acostumbraba a recibir una llamada de su padre a esas horas de la noche. Por rutina sabía que ambos viejos se retiraban temprano a sus habitaciones. Aquello tenía que ser algo de suma importancia

–Tranquilo, hijo, nada malo, sólo que necesito pedirte un favor.

–Dígame padre, ¿No se ha peleado con mamá, verdad?

–No, no, chico, quién se pelea luego de casi cuarenta años de matrimonio, dime tú –y soltó la risa al otro lado de la línea.

–Entonces todo está bien, pues dígame para qué soy bueno y discúlpeme que tengo varias semanas que no los visito pero estoy en un proyecto que me tiene hasta la médula.

–Precisamente de médula quería hablarte

–Ahh, vaya ahora usted se metió a científico –se burló el hijo quien había heredado la misma ironía del padre en grado superlativo.

Guillén le hizo un breve esbozo del caso en el que se encontraba, le contó lo sucedido en la mañana de ese día pues Alonso jamás veía las noticias, ni leía periódicos. Para él sólo existía la burbuja de su laboratorio en este mundo anodino, trivial e insustancial. De la vida mundana se enteraba cuando visitaba a sus padres y estos los ponían al día. El caso de Rogelio, el hijo mayor, era parecido, para él sólo existían las aplicaciones con fines de entrelazar un mundo que según su apreciación, con la tecnología, dejaban de existir las fronteras. Sin embargo era un obsesivo con las redes sociales.

–Mira hijo tengo un caso que se me escapa de las manos, pues no domino para nada el tema, apenas he encontrado unas escuetas informaciones sobre trasplantes en el país y noté que, en este campo al parecer, carecemos de una cultura de donación de órganos. Igual leí que estamos como al final y bien lejos, en lo que a lista de donantes se refiere con respecto a otros países de América Latina. Por mera casualidad ¿manejas en algo este tópico?

–Pues hombre claro, pero manejar como tú dices manejar, se maneja, pero esto tiene miles de aristas, si me especificas la cuestión quizás pueda ayudar en algo.

–Te comento que hablando con tú padrino (se refería a Lozano) este caso, puede tratarse de una banda reciente cuyo función es el contrabando de órganos. Como tú sabes –hizo una reflexión–

bueno que coño vas a saber tú que no sales de esa cárcel de cristal, aquí en el país ya no encuentran por donde exprimir nuestras riquezas. Se acabó el petróleo, se jodieron los dólares, se robaron el oro, y hasta ya ni alimentos ni medicinas hay. Han arrasado con todo y ahora como que nos toca cuidarnos los intestinos.

Lo dijo cargado de ira y Alonso se percató de que lo que estaba investigando su padre era algo bastante grave para que explotara de esa manera.

–Ya va, padre, cálmese –lo interrumpió en su iracundia.

Hacia años que Alonso no lo había notado tan perturbado. Apenas salía de la adolescencia cuando fue testigo de una actitud parecida. Lo habían expulsado de un caso y hasta intentaron despedirlo sin reconocerle sus años de servicio, por no seguir los lineamientos del gobierno en un caso muy sonado que tenía que ver con la muerte de un Fiscal, al que volaron por los aires con una carga de explosivo C4. No podía Alonso, probablemente entender el apremio del padre a quien lo primero que le pasó por la mente fue que si este tipo de crímenes quedaba sin resolverse, se podía perpetuar y copiar como una manera fácil de hacer riquezas en un país en ruina. No imaginaba a sus hijos como víctimas de una monstruosidad de esta índole, y muchos menos a gente pobre cambiando un riñón por una bolsa de comida. Por eso se negaba a que los medios, y principalmente su amigo, Marcos Marín, asomara esta posibilidad en su nota de prensa. De allí que obsesionado observaba en su computadora, foto tras foto, buscando algún indicio que le redirigiera la investigación hacia otro ángulo, pero no lograba captar algo distinto a la teoría de Lozano, y sólo su ter-

quedad lo mantenía en aquella búsqueda infructuosa por los momentos.

–Hijo, dónde puedo yo encontrar una lista de pacientes necesitados de trasplantes en el país, o cercanamente antes de que esos miembros se dañen.

–Ya entiendo tú preocupación, viejo, dame una hora para buscar en mis redes y apenas tenga algo te llamo o te lo envío por correo.

–Gracias hijo mío, no sabes cuánto aprecio tu ayuda –dijo y colgó una vez que le impuso la bendición como despedida.

22.10 pm

El segundo cadáver colocado sobre la plancha metálica no parecía haber sido objeto de violencia. Al abrirlo los patólogos descubrieron que la víctima había sufrido hemorragia interna. El bazo se le había desprendido y la onceava y doceava costillas de ambos lados habían comprometido al hígado cuando se astillaron producto de la caída. Aun así, no había expirado al instante. Pero no tenía posibilidades de durar mucho tiempo vivo sin atención inmediata y especializada. El sujeto debió quedar inconsciente de inmediato y si formaba parte de la supuesta banda de “traficantes de órganos”, estos deben haberlo dado por muerto. Al pensar en esta posibilidad el galeno dedujo que probablemente los criminales no portaban consigo documentación alguna, pues no se habían tomado la molestia de bajar al conducto para extraerle los documentos a la víctima y así evitar que fuese identificado a las primeras de cambio.

Esta conclusión a la que llegaban sus colegas ante el cadáver, le dio pie a Lozano para poner su teoría en juicio. Si ciertamente se trataba de traficantes de órganos, por qué dejar abandonada a la segunda víctima, cuando también podían sacar de él una buena tajada en mercancía orgánica, a menos que no tuviesen el tiempo necesario o hubiesen desmantelado el equipo del cual disponían para llevar a cabo esa ardua tarea. Si se trataba de uno de los cómplices con más razón para deshacerse del cadáver y obtener el doble de órganos para el negocio, y de ser un improvisado, puede entonces que tuviesen razón en dejarlo abandonado en medio de las poleas del elevador. También existía la posibilidad de que ya no tuviesen más espacio en sus cavas de enfriamiento si es que habían sido tan sofisticados, aunque Lozano no tenía idea de si existían cavas criogénicas manuales o compactas para estos casos, “en este país estamos en el pleistoceno” se dijo para sus adentros. El caso es que ahora su teoría inicial se le complicaba ante tantas interrogantes que le llegaban a la mente en la medida en que destazaban el cadáver y lo peor de todo era que sin poder identificarlo, no podían utilizar sus órganos para alguien que los necesitases, es decir: médula, huesos o piel que era lo único capaz de conservarse por un largo tiempo, el resto iría directo al incinerador.

23.00 pm

Cabeceando, escuchó a lo lejos un ulular de sirenas pues de tanto observar las fotos, a Guillén lo atajó una especie de modorra ocasional, debido al trajín del día. Había pasado mucho tiempo que no se quedaba hasta tan altas horas en la oficina estudiando un caso. Normalmente compartía un almuerzo tardío con Lozano y

unos cuantos tragos y ya para las siete de la noche se encontraba al lado de Daniela, casi siempre con algo de comida para llevar que escogía en el menú del restaurante antes de partir.

El ulular se repitió varias veces y en su sueño él escuchaba a Daniela reclamando que hasta cuando iba a cambiarle ese tono al bendito teléfono. Despertó de repente y logro cogerlo a tiempo. Era Alonso.

–Épale padre tengo rato marcándote... ya me estaba preocupando.

–Perdona hijo me quedé dormido por un momento –atinó a decirle.

–Mira ahí te voy a enviar unos documentos que quizás te sirvan para lo que estás haciendo. Espera unos minutos y consulta tu correo.

Los documentos llegaron de inmediato y una coetilla del hijo le sugería al padre que se los reenviara a su padrino a la morgue. Claro que existían aparatos muy modernos y bastantes sofisticados para llevar a cabo un vaciado completo de un cadáver. “Ustedes dos pareciera que están fuera del siglo”, agregaba una coetilla del hijo al padre. Y se despedía con una frase: “Cualquier cosa que necesites me avisas”

El documento especificaba la forma de embalaje de cada uno de los órganos extraídos para su transporte. Guillén apenas escogió un par de ejemplos, imprimió y colocó las hojas junto a otras evidencias físicas distribuidas en su escarchado mesón. El resto se lo

reenvió a Lozano por correo.

Según Alonso, para el transporte de órganos existía todo un protocolo tanto por vía aérea legal, como por otra senda ilegal de ser este el caso. Igual con las personas involucradas en el viaje. Cuando era por vía legal hasta las líneas privadas se prestaban para los envíos, pero cuando se trataba de acciones ilegales no existía protocolo fiable y se corrían muchos riesgos si la manipulación no era debidamente controlada bajo extrema higiene. Algo obligatorio para evitar roces con microorganismos altamente contaminantes.

De necesitarse un transporte, existían varias formas de embalaje que permitían enviar el producto de manera temporal al receptor, o bien a un centro de acopio. Y siempre se podía disponer de ciertos envases especialmente fabricados para esta función. Acorde a su uso estos dispositivos se podían clasificar en primarios de tipo rígidos o flexibles (bolsas plásticas) destinados a estar en contacto directo con la muestra o el tejido, o de orden secundarios, cuya función era preservar los de la función primaria. De esta manera se guardaba un máximo grado de esterilidad.

Habían varias recomendaciones en el documentos enviado por Alonso, algunas llamaron la atención del policía como el evitar sustancias infecciosas tipo A y tipo B. Con respecto a las primeras se especificaba que si un órgano se exponía a ellas era capaz de causar una incapacidad permanente en el receptor, e incluso poner en peligro la vida o constituir una enfermedad mortal para seres humanos o animales previamente sanos. En cuanto a las sustancias infecciosas de categoría B, en el caso que seguía, no ameritaba mucha importancia pues se refería al transporte de cultivos o

muestras biológicas.

Acerca de los recipientes para conservar los miembros, el documento especificaba el uso de bolsas plásticas estériles de 45 x 50 cm, con espesor y resistencia de 35 micrómetros o más. Cinta de hilera. Solución de preservación. Solución salina. Caja térmica. Hielo no estéril. Termómetro y cinta de embalaje.

Luego se hablaba del procedimiento: y se hacía énfasis en los envases, tanto el primario como el secundario a base de bolsas estériles (plástica con capacidad mayor a 1 litro) las cuales se debía llenar con una solución de preservación utilizada en frío (aproximadamente 500cc). Una vez realizado este primer paso se debería colocar en su interior cada órgano rodeado completamente del líquido. La bolsa debía estar amarrada firmemente asegurando su hermeticidad y cuidado de que no contuviera aire en su interior.

En cuanto al envase secundario, es decir la segunda bolsa o contenedor de fibra, debería ser llenada con una solución salina o con lactato de Ringer. Una infusión a base de sales inorgánicas que había sido modificada por un pediatra norteamericano de apellido Hartmann, agregándole ácido láctico con la finalidad de mitigar el PH de la sangre. En el informe se recomendaba utilizar una tercera bolsa seca, sin aire bien cerrada como una especie de “por si acaso”.

Seguidamente se colocaba el órgano en la caja térmica respectiva, cubierta de hielo no estéril picado; formando un colchón para que el órgano no sufriera daño, la caja debería estar firmemente cerrada y cada órgano visiblemente identificado bajo unos códigos

específicos.

A Guillén todo aquello le parecía sumamente engorroso para ser puesto en práctica en este país y mucho menos dentro de un apartamento. A pesar de que todas las evidencias lo llevaban al callejón sin salida del contrabando de miembros, su cerebro se negaba a aceptarlo y aun se decía para sus adentros que en todo aquello, había algo que no cuadraba.

Si bien sus muchachos de dactiloscopia no dispusieron de mucho tiempo para recopilar las huellas digitales dejadas en la escena del crimen, las pocas disponibles se encontraban también en la base de datos de Guillén. Eran aquellas que los especialistas denominaban huellas digitales positivas, ya que pueden visualizarse cuando quedan adheridas a cualquier superficie fija una vez que los dedos han sido humedecidos con alguna sustancia colorante como sangre, tinta, polvo o cualquier otra, que puedan quedar marcadas en las crestas papilares. Esas trazas una vez recolectadas por los dactiloscopistas son cotejadas en la sede policial con las “naturales”, es decir, aquellas que aparecen en los pulpejos de ambas manos en el ser humano desde los seis meses de vida intrauterina. Además está decir que estas trazas son permanentes y no varían incluso durante el proceso de putrefacción de un cadáver. Las mismas terminan archivadas cuando a un ciudadano se le otorga la carta o carnet de identidad. De allí que no sea difícil descubrir quien fue la víctima o el victimario en los casos judiciales.

Pero a pesar de dedicarle tiempo a esta labor, los chicos de dactiloscopia no habían logrado ningún resultado. Al menos en el país esos personajes no se encontraban en ninguna data que les permi-

tiera compararlas y de allí que sugerían al Inspector enviarlas a Interpol, así como a otros organismos policiales internacionales, a ver si se lograba por lo menos, una identificación parcial de los criminales.

23.30 pm

Aunque el equipo de Medicina Legal debía iniciar su investigación con la identificación de la segunda víctima, Lozano les había dado a entender a sus colegas recién llegados que ya ese paso había sido realizado por el turno anterior, y que mejor se limitarían a las causas de la muerte. Tenía cierto recelo con ellos o al menos, no los quería involucrar en lo espinoso que se mostraba el entorno y no dejaba de tener razón, pues apenas terminado todo el diagnóstico acerca de cadáver, el intercomunicador de la sala de autopsias sonaba y la voz del recepcionista le expresaba que tenían visitas, un grupo comando del SI exigía su presencia de inmediato. El galeno respondió que lo esperaran unos momentos pues se encontraban diseccionando el cadáver bajo un protocolo estricto de contaminación. Con esto ganaba tiempo ya que imaginaba a qué venían estos funcionarios y antes de que tomaran la morgue por asalto, debía poner a buen resguardo lo descubierto en su investigación. De modo que todos los datos recolectados, los envió de inmediato al correo de Guillén, incluyendo las grabaciones de voz y video elaborados durante todo el proceso de desmembramiento de aquel despojo a su cargo. La misiva iba acompañada con una nota irónica: “llama a Rogelio para que te indique como guardar todo este material de forma segura en el ciberespacio”, a la vez

que le participaba acerca de la llegada de los funcionarios del Servicio de Inteligencia a su feudo.

–Bueno, chicos, hasta aquí llegamos –le dijo a sus colegas sin mucha explicación– coloquen el fiambre en su congelador y a casa. Mañana será otro día.

Al llegar a su oficina, lo estaban esperando dos oficiales y un Fiscal del Ministerio de la Defensa asignado al caso quienes le entregaron una orden judicial en donde le participaban que toda documentación pasaba a la jurisprudencia castrense. En las afueras de la morgue, el despliegue de los funcionarios llamaba la atención de los residentes de la zona. Aquello lucía como los típicos allanamientos a los que ya se estaba acostumbrando la ciudadanía.

–Muy escasa la documentación de la que disponemos –dijo Lozano dirigiéndose al comandante del SI– porque ustedes no nos permitieron recopilar absolutamente nada en la escena del crimen.

–Pero alguna conclusión deben haber extraído una vez hecha la autopsia a los cadáveres –interrogó con tono autoritario el comandante, mientras el Fiscal Militar aprobaba con la cabeza.

–Pues, aquí les dejo lo poco que se sabe –y de inmediato Lozano giró la pantalla de la computadora hacia ellos y preguntó:

–¿Se lo imprimo o se lo mando por correo?

–No hará falta, nos llevamos el equipo completo –respondió el Fiscal con jactancia–

–Bien, revisen lo que necesiten –dijo Lozano sin ningún gesto

que pudiesen denotar hostilidad ante tanta prepotencia— y cuando hayan acabado con su trabajo por favor me lo devuelven, que allí hay cosas que imagino no son de su competencia.

Acto seguido, procedió a levantarse de su escritorio, se enfundó en su chaqueta, luego se dirigió a la puerta y antes de atravesarla giró su rostro y dijo:

—No olviden cerrar y apagar la luz a su salida —y se despidió con una breve movimiento de su mano.

23.35 pm

A las puertas del taller del matutino, Marcos Marín y Domingo Navas esperan junto a otros empleados el automóvil que los depositará en sus respectivos domicilios. Pascual se había ausentado en busca de los primeros diarios arrojados por la rotativa y ya regresaba blandiendo la primera página de uno de ellos, mostrando desde la distancia la fotografía de Navas que la ilustra. Repartió los diarios y lanzó el suyo al puesto trasero de la camioneta. Se instaló en el volante cuando ya sus dos amigos se encontraban adentro revisando las páginas y leyendo con avidez lo publicado. A Domingo le preocupaban las tres fotos que Marín había escogido para ilustrar su artículo y sonrió satisfecho al notar que milagrosamente habían entrado en el espacio asignado, pues el aviso publicitario que la cercenaba había desaparecido. Se alegró. Luego procedió a leer por encima la nota de su compañero puesto que ya conocía todo el cuento de cabo a rabo y sólo atinó a expresar un comentario:

—En verdad no hay nada como la palabra, la nota se queda corta ante el cuento que me echaste en el bar.

—Cierto —aprobó Marín— toda la historia era como para escribir una novela corta o un cuento largo.

Domingo se dirigió a Marcos y rememoró sus tiempos de “adelides del buen periodismo”.

—¿Recuerdas aquella “olla” que montamos con el robo de riñones luego de tu versión del secuestro de niños para extraerles las corneas?

“Vendo riñón por motivos económicos” u “oferto todos mis órganos porque no quiero vivir más”, son algunos de los habituales mensajes que pueden encontrarse en Internet. La búsqueda no tiene que ser extenuante; basta con abrir notas de diversos medios sobre el comercio de órganos, leer los comentarios de los lectores y toparse con miles de personas urgidas en la desesperación y dispuestas a ofrecer partes de su cuerpo como mercancías”.

—Te cuento que aquello que escribiste hace treinta años, hoy en día es una realidad tan dura como si me dieran con una botella de cerveza en los dientes —Domingo le hacía el comentario a su colega luego de recitarle de memoria una información bastante reciente que había leído en una página web en donde las ofertas de órganos se encontraban a la orden del día.

Y no se trataba de ciencia ficción aquella esquila de la supuesta página web de la cual Domingo se hacía eco, para la fecha, vender órganos y secuestrar, así como asesinar a ciudadanos para ese fin, al parecer. Era una rutina en diversos países, tanto los llamados

desarrollados como los que se encontraban en vías de desarrollo o en el denominado tercer mundo.

—A mí, su reportaje de hoy, Don Mario, me pareció excelente — agregó Pascual, mientras el vehículo se perdía por aquellas avenidas a oscuras. Los apagones hasta de 24 horas eran el pan de cada día.

Y ciertamente todo lucía como un dejavú de mis primeros años en el periodismo de sucesos. La página web del portal de noticias “Reporteros 24” (www.reportero24.com) del 17 de octubre del 2018 daba cuenta del siguiente material que Domingo Navas optó por compartir con su compañero de trabajo cuando éste último dudó de su información sobre la venta de riñones.

—Qué riñones tienes tú —había expresado Marcos en son de burla.

—Pues si te parece una joda, lee esto —y de inmediato abrió la controversial página web en su lapto de cabecera.

Especialistas aseguran que en Venezuela las leyes impiden que se concreten las transacciones por venta de órganos

Eudin, de 30 años de edad, vive en Ciudad Ojeda, estado Zulia. Está a punto de perder su casa. Para pagar la hipoteca necesita 80 millones de bolívares. Como medida desesperada recurrió a Internet para ofrecer en venta uno de sus riñones.

En el aviso, publicado en una página nacional de anuncios clasificados en línea, deja un número telefónico. Al recibir una lla-

mada responde: “Estoy dispuesto a donar la médula, el riñón, lo que sea para salvar mi casa”.

Cuando se le interroga sobre cómo garantiza que no se trata de una estafa o de una broma, agrega: “Señorita, yo estoy muy urgido, es de vida o muerte tanto para usted como para mí. Yo necesitaría 40 millones de bolívares de reserva para que me haga los exámenes que quiera. Los otros 40 millones de bolívares al terminar la operación. Mi intención es aportar algo y que me ayuden a solucionar mi problema”.

Para Ampliar Click Aquí

Como el anuncio de Eudin hay otros 5 en la misma página web.

Residentes de Anzoátegui, Zulia y Monagas ofrecen en venta sus órganos a cambio de dinero. Cada cual fija su precio. Algunos piden 15 millones de bolívares, otros 350 millones. Un anuncio destaca entre los existentes, especialmente por la mezcla de vocablos en inglés: “Bienvenido al Doctor Walter Clínica. ¿Quiere vender su riñón u otros órganos. En caso afirmativo solicitar una venta hoy y se le dará la máxima satisfacción que need.Contact conmigo por correo electrónico”.

La oferta de órganos en Venezuela está tipificada como un delito en la Ley sobre Donación y Trasplante de Órganos, Tejidos y Células en Seres Humanos, el Código Penal y en la Ley Orgánica contra la Delincuencia Organizada y Financiamiento al Terrorismo. Las penas van desde los 4 años hasta los 30 años de cárcel, además de la suspensión de la licencia a los médicos y establecimientos en los que se ejecute la intervención.

David Arana, jefe de la Unidad de Trasplante del Hospital Militar Carlos Arvelo y co- redactor de la reforma a la ley de procura en vigor desde 2011, asegura que en Venezuela es prácticamente imposible que un órgano obtenido en una transacción comercial pueda ser usado en un paciente.

“No es posible porque existe un sistema de vigilancia del Ministerio de Salud de todos los centros donde se producen los potenciales donantes, que funciona antes del procedimiento de extracción. Esas ofertas son una incitación al delito y deberían tener una sanción grave. Si se llega a materializar sería más grave, pero estamos muy lejos de que pueda suceder. Cualquier trasplante debe reportarse, con datos precisos sobre el donante, el receptor y las condiciones en las que se realizó el procedimiento”, dijo.

El cirujano urólogo indica que en el país la información sobre la donación y el trasplante es muy débil. A su juicio, a pesar de la obligatoriedad de incluir información en los programas de estudios de todos los niveles educativos indicada en la ley, todavía hay vacíos que llevan a las ofertas ilícitas denunciadas.

Delito difícil:

Arana identifica varios obstáculos que impedirían que se cometa la infracción, entre ellos, el reducido grupo de médicos formados para realizar trasplantes en el país. En el caso renal sólo 10 o 12 cirujanos son especialistas y están autorizados para la práctica. La misma situación ocurre con los otros órganos y tejidos.

“Para la extracción de un órgano se requiere una especialización y mecanismos de preservación de tejidos en líquidos que sólo pro-

porciona el Ministerio de Salud. También son necesarias pruebas para determinar la compatibilidad inmunológica. Es muy difícil que se logre”, expresó.

Denunciados:

Zoraida Pacheco, gerente general de la Organización Nacional de Trasplante de Venezuela, explicó que la venta ilícita de órganos daña la transparencia y los esfuerzos hechos por la organización para convencer a los venezolanos de que se conviertan en donantes voluntarios.

“Esa práctica atenta y pone en duda un sistema con una credibilidad que ha costado muchos años. La donación es un acto de solidaridad”, indicó.

Pacheco informó que los sitios web y las personas que ofrecen sus órganos reseñados en este artículo fueron contactados y denunciados ante el Programa de Donación y Trasplante del Ministerio de Salud por la comisión del ilícito.

Por Lissete Cardona

lcardona@el-nacional.com

Marcos leyó con sumo cuidado aquella nota y...ciertamente la historia se repetía o continuaba en una especie de serie interminable.

23.40 pm

Guillén cansado de revisar una vez tras otra todos los elementos de que disponía, optó por continuar al día siguiente, si no ocurría lo sucedido en la morgue con el SI. Lo dudaba pues si bien ellos podían hacer eso allá, en la Central tendrían que buscar otra fórmula, quizás la misma del 2004, sacarlo del caso con algún argumento espurio y hacer lo de siempre, ya nada lo asombraba. Respiró profundo, estiró los brazos, bostezó, se frotó los ojos con las manos y a punto de apagar la computadora se espabiló. Tomó el celular y marco el de Rogelio a sabiendas que en México la diferencia de hora lo iba a sobresaltar. Hacía apenas un par de meses habían conversado y este le había contado que se encontraba haciendo las pruebas de una nueva aplicación que había desarrollado para el uso de invidentes.

–¡Uff!, padre, que horas son estas de llamar ¿ha ocurrido algo?

–No hijo, por qué siempre piensan que cada vez que yo los llamé es que ha ocurrido algo –preguntó con cierto tono de disgusto.

–Sólo que no es habitual, viejo, usted y mamá a esta hora siempre están en el quinto sueño.

–Si hijo, es verdad, hoy me quedé hasta tarde en la oficina con...

–El caso de los muertos en Santa Fe, imagino... –le interrumpió Rogelio–... Vi un video bochornoso por las redes sociales, ¿fue todo tan complicado así?

–Más de lo que te imaginas, pero luego les cuento, también hablé

con Alonso, pero te llamó por otra cosa. ¿Cómo puedo hacer para guardar en internet, o como ustedes dicen, en el espacio o en la nube, una carpeta con documentos comprometedores, sin que nadie más pueda acceder a ellos?

—Mándame todo lo que tengas a mi correo para encriptarlo y si es muy comprometedor, te voy a facilitar una aplicación para que te registres y me lo envíes todo por ese nuevo correo. Espera unos minutos y mientras tanto, guarda todos los documentos en una sola carpeta.

Ambos cortaron y Guillén se dispuso a seguir su consejo. En su correo estaban no sólo los informes enviados por sus muchachos, también los documentos enviados por Alonso que podían generar sospechas y los informes de Lozano con sus frases irónicas que podían catalogarse de subversivas para unos funcionarios que veían en su imaginación atentados por todas partes. En la medida que guardaba los revisaba someramente hasta llegar al de Lozano. El viejo le había dedicado tiempo y astucia, en el informe detallaba con lujo todo el proceso al cual fueron sometidos ambos cadáveres. Y si bien con el primero de ellos se les había complicado toda la maniobra por las mismas condiciones de descomposición, con el segundo tuvieron mayor suerte. Las huellas dactilares, tanto de ambos índices como las de los pulgares, tenían nombre y apellido.

El informe lo retrotrajo a sus cursos en la materia cuando se desempeñaba como detective. Estaba demostrado científicamente que los dibujos que aparecen visibles en la epidermis son perennes, inmutables, diversiformes y originales: Eso lo había aprendido en el primer año en la Escuela de Policías. Su profesor, un viejo ve-

terano que había hecho cursos en el FBI era un personaje tan obsesivo como el mismo respecto a los métodos de identificación existentes. “Las huellas son perennes –recordó– porque desde que se forman en el sexto mes de la vida intrauterina, permanecen indefectiblemente invariables en número, situación, forma y dirección hasta que la putrefacción del cadáver destruye la piel. No pueden mutar porque las crestas papilares no pueden modificarse fisiológicamente, son diversiformes, pues no se ha hallado todavía dos impresiones idénticas producidas por dedos diferentes, y su originalidad se debe a que todo contacto directo de los lofogramas o lofoscopia, también llamada dermatoglifia, producen impresiones originales con características microscópicas identificables del tejido epidérmico. Por lo tanto se puede establecer si fueron plasmadas de manera directa por la persona o si se trata de un lofograma artificial”. En eso Lozano era un experto y acababa de identificar a una de las víctimas o a uno de los asesinos venido en desgracia, por cosas del azar.

–¿Del azar? –caviló Guillén– ¿Y si también ese crimen fue premeditado para que se descubriera la identidad del personaje?

El celular vibró para participarle que un correo había entrado, entonces acudió a la computadora y allí estaba la nueva aplicación o red en la cual debía crear un correo. No perdió tiempo en rellenar los datos requeridos e inventar una clave. El hijo le advertía que con esta aplicación, una vez enviados los documentos, estos se autodestruían en un lapso de 30 segundos. Le pareció fascinante esa opción y no perdió tiempo en enviar toda la carpeta al correo de Rogelio, con él siempre los tendría a su disposición. Ya imaginaba lo que sucedería al día siguiente y no le importaba mucho que

quienes viniesen a relevarlo dispusieran de toda esa información. Lo que realmente le dio tranquilidad era que él también la conservaría para su investigación particular, de darse lo que ya temía.

Extrajo el celular y envió un mensaje al hijo por wasap: “Ya te envié el correo, me pongo en tus manos”.

“Recibido”, fue la respuesta inmediata. Entonces se levantó de su asiento, tomo el sacó que colgaba de un viejo aparador, apagó la luz y cerró la puerta sin pasarle llave. Abajo lo esperaba uno de los choferes de la guardia nocturna. Ya se conocían y éste apenas vio al Inspector en la entrada principal se apresuró a ponerse a la orden. Guillén abrió la puerta delantera del automóvil y ocupó el puesto del copiloto. Se acomodó el cinturón de seguridad mientras echaba un vistazo alrededor pero no vio ninguna patrulla del SI.

—A casa —dijo.

El avance de la informática en este milenio resultaba de una ayuda incomparable en el tiempo y hartamente positiva en términos generales para los organismos policiales, ahora bien, la otra cara de la moneda era que proporcionalmente a las pesquisas mediante esta nueva línea de investigación, los criminales se inventaban también nuevas maneras de delinquir. De allí que en la actualidad abundaran los delitos informáticos, así como una virulencia cada vez más sofisticada para atacar los centros de información con bases de datos acerca de criminales solicitados en distintos países del orbe. Pero ahí no paraba la cuestión, pues otra forma de control social llegaba de la mano de las redes sociales que de un tiempo a esta parte, buscaban desplazar a los medios

tradicionales de información en una competencia desleal a través de la cual, la manipulación de la información formaba parte de planes estratégicos para derrocar gobiernos, fortalecerlos en el poder, intervenir en decisiones electorales y crear perfiles para incentivar al consumo frenético a la población más vulnerable y dependiente de este mecanismo.

Ante esta eventualidad, los gobiernos, conscientes de esta necesidad, mueven sus hilos e intentan por todos los medios posibles, dotar a sus funcionarios con las técnicas más avanzadas en el área, así como reciclar a sus responsables para estar constantemente al día y ser efectivos en la lucha contra el crimen, también informatizado. Como ejemplo de esta evolución informática en una de las más importantes organizaciones policiales como es el caso de la INTERPOL se aplica de forma muy eficiente el uso de esta herramienta con respecto a los asuntos de delincuencia general y se ha creado una base de datos con la ayuda mutua entre los cuerpos policiales de cada país democrático. Esto ha resultado exitoso en algunas áreas del comportamiento criminal como el terrorismo, la delincuencia organizada, los delitos económicos, las organizaciones de estupefacientes y el blanqueo de dinero producto del narcotráfico. Dentro de toda esta evolución que está dando tan buenos resultados por la posibilidad de introducir innumerables datos y correlacionarlos, al tiempo que transmitirlos con celeridad, cabe destacar como clave decisiva en el éxito en la operatividad de toda su aplicación, la implantación y desarrollo del área de Inteligencia criminal. Todo eso lo conocía Guillén, de allí que se enorgulleciera de sus dos hijos quienes durante estos años le habían resultado de mucha utilidad en su lucha por mantenerse en un cargo que cons-

tantemente pendía de un hilo. Hasta ahora había sorteado cientos de obstáculos, pero era tan terco que apertrechado en su despacho, jamás les daría el gusto de jubilarse. Eso lo decidiría el mismo y a su debido tiempo.

7.30 am

El olor del café envolvía el salón y se escapaba a los apartamentos vecinos por la terraza. A marcos le llegaba a través de la ventana del estudio aventado por la tenue brisa de la mañana. Cuando llegaba al departamento con un aliento a alcohol exageradamente insoportable, prefería dormir fuera de la habitación para evitarle un disgusto a Rosalba. Se desperezó y se encerró en el baño. Tomo una ducha y se acicaló antes de presentarse en la cocina en donde lo esperaba su mujer. Se dieron el beso de buenos días como siempre y ella le obligó a volcar el aliento sobre su rostro.

–No sigas tomando ese ron que es espantoso, toma whisky como hacen tus amigos, además es mucho más sano... ¿O es que Lozano no te lo recuerda a cada rato?

–Sí, de hecho ayer me tomé unos cuantos whiskies con ellos a media tarde, pero luego en la noche estuve donde Manolito, ese bar donde siempre esperamos la salida del periódico, y ya tú ves, ron de nuevo porque no hay quincena que aguante dos tragos de escocés.

El conflicto de sus años mozos había sido superado, siempre bajo el acuerdo de que “en casa ni se bebía, ni se fumaba”. Opcio-

nalmente tenían otra norma que ya Marcos la había convertido en rutina: dormir en la habitación de huéspedes cuando llegase apesotado a alcohol, cosa que sucedía a diario a excepción de los fines de semana. Contra aquella adicción a Rosalba no le quedó más remedio que bajar la guardia: Si a esa edad no le había dado una cirrosis, estaba claro que de una enfermedad del hígado no se iba a morir y en último caso, existían los trasplantes y el de ella se encontraba bastante sano. La mayoría de los trasplantes de hígados provienen de un donante fallecido. Aunque también se puede realizar con un donante vivo, cuando una persona dona parte de su hígado a un paciente en particular. Por el momento no tenía ella necesidad de compartir su órgano con el marido y ante la ocurrencia, soltó una de sus carcajadas solitarias, que llamó la atención del marido.

–¿Y eso? –preguntó Marcos.

–Nada, vainas de mi imaginación.

–Lo de la imaginación, déjame a mí, o es que ahora pretendes hacerme la competencia

–Por cierto –asomó ella aún con la sonrisa en sus labios– llamó Guillén, no quise despertarte y me pidió que te dijera que se iban a encontrar cerca de Lafallet para desayunar, que es importante que vayas. Imagino que para hablar del desastre policiaco de ayer.

–Ya tú los conoces

–Leí la nota que escribiste y veo que agarró primera página. Las fotos son terribles pero el reportaje luce como sombrío... ¿o me

equivoco?

—No amor, terrible, monstruoso, horroroso, no hay palabras para describir aquello, desde ayer no he podido pasar bocado.

—¿Y bebiste sin nada en el estómago?... Con razón —y se apresuró a servirle una taza de café negro.

—Bueno, me tomo el café y me visto. Así me dejas en la vía y continúas para tu universidad.

La mañana lucía festiva, un sol radiante lo iluminaba todo dándole al Ávila una tonalidad embriagadora y el automóvil se desplazaba bajo la pasividad de una ciudad casi fantasma, pues las trancas gigantescas en las autopistas, calles y avenidas habían desaparecido. Ahora el Ávila brillaba magnánimo en su soledad y como en aquel poema de Aquiles Nazoa, los saludaba en su recorrido a su manera.

Buen día, señor Ávila.

¿Leyó la prensa ya?

¡Oh, no!... No se moleste:

siga usted viendo el mar,

es decir, continúe

leyendo usted en paz

en vez de los periódicos

el libro de Simbad.

¿Se extraña de la imagen?

Es muy profesional.

¿O es que es obligatorio...

Pocos transeúntes se notaban en las aceras y casi ningún cliente en los grandes centros comerciales. Muchos locales otrora orgullosos de mostrar sus mercancías permanecían cerrados. Más de cuatro millones de venezolanos se habían evaporados, quizás más de la mitad habitaban en la capital. Ahora deambulaban por las calles y aceras de los países vecinos. La diáspora, iniciada ante la crisis humanitaria que padecía el país, parecía no tener fin. Los lugares en donde se podía observar vida eran aquellos cercanos a bancos y supermercados. En los primeros, los abuelos hacían colas inmensas hasta de doce horas para cobrar sus pensiones en efectivo. En los segundos, las madres desesperadas junto a sus maridos e hijos, también se agrupaban unos tras otros en una inmensa e inhumana hilera que alcanzaba decenas de cuadras. Todo para adquirir los pocos alimentos que distribuían los organismos gubernamentales. Veinte años de una dictadura camuflada había acabado con los medios de producción privados y ahora la ciudadanía pagaba las consecuencias de una política económica que consumía al país en una hiperinflación catalogada por los especialistas como la más alta del mundo.

Lo que normalmente habría sido un recorrido de una hora y media, sólo había tardado diez minutos. El carro se detenía y marcos descendía de él luego de despedirse con un beso de su mujer. Llegaba más que a tiempo al lugar de la cita. No se asombró al ver a los dos hombres sentados en una mesa que hacía esquina en el café Donosti, una pastelería que aun resistía la falta de harina, azúcar y otros productos como mantequilla, huevos y leche para fabricar sus exquisiteces. Era de lo más “cuchi” y se encontraba ubicada de forma estratégica a un paso del restaurante Lafallet.

–Tempranero el hombre –dijo Lozano al verlo con su tono irónico habitual.

–Ustedes no se cansan de joder –los saludó Marín y tomo asiento.

–Ya leímos tu reportaje, muy bueno y muy intrigante. Lanzaste unas buenas perlas ahí y te cuidaste de no meternos en problema –señaló Guillén

–A mí me gustó mucho eso del disfraz para confundirte con los de medicina legal... –de nuevo Lozano atacaba con su sarcasmo... Y me pregunto por qué mejor no te disfrazaste de policía, coño.

–Si van a continuar con su joda, me avisan para salir huyendo de una vez –se defendió el periodista– miren que tengo una resaca de mierda que me tiene loco.

–Bueno yendo al grano, te cuento que ayer me cayó el SI en la morgue y me desvalijaron por completo.

–¡Perro!, –exclamó sorprendido Marín– qué vaina está sucediendo.

–Y a mí me volaron de la investigación. Apenas llegué esta mañana temprano para adelantar algo, aunque ya preveía lo que iba a suceder, me encontré con un memo en el cual se me desvinculaba del caso. ¿Cómo la ves tú?

–Y qué hacemos ahora –demandó Marcos.

–Ni idea –indicó Lozano– conmigo no cuenten, ya yo hice lo mío y de esto me desentiendo, allá ustedes.

–Y tú. Guillén, ¿qué opinas? –intervino Marín

–Encripté todos los informes que estaban en mis manos. Igual ellos –refiriéndose a los que tomaron el caso– deben poseer la misma información y ya la usaran como mejor les parezca. Tú siempre puedes contar conmigo bajo las reglas de confidencialidad que siempre nos ha caracterizado.

–Te toca a ti y a tus colegas, revelar lo que haya que revelar –apuntó Lozano– en fin en este país ya nadie le cree a nadie.

–Ok, me arriesgo pero a ver ¿a qué conclusión llegaron?

Ante la pregunta el policía y el forense se vieron a las caras y Lozano decidió comenzar con su teoría que apenas había variado un poco con las interrogantes que lo habían asaltado al practicar la autopsia al segundo cadáver. Confesó entonces sus dudas acerca del contrabando y más bien lo dirigió a la necesidad de un órgano para un receptor desconocido dando a entender que el resto de los

extraídos no eran de utilidad para quien había contratado a los descuartizadores. Guillén se sorprendió ante aquel cambio de Lozano y sin darle oportunidad a Marcos para intervenir, expresó.

–¡Coño!, Andrés, y en qué te basas para afirmar eso, así tan tajante. Ese cambio de opinión de un día para el otro, me dejás...– no culminó sus palabras ante la impertinente curiosidad del periodista.

–Sí, ¿en qué te basas? dínos.

–Conjeturas... puras conjeturas –admitió el galeno, y les contó lo que había pasado por su mente cuando sus colegas diagnosticaban muerte por traumatismo generalizado y hemorragia interna al segundo cadáver.

–Entonces me pregunté por qué no lo destazaron si se trataba de contrabandear miembros. Les habría salido una especie de dos por uno accidental.

–Ya, ya entiendo tus dudas –intervino Guillén– yo también tengo las mías luego de leer los documentos que me envió mi hijo Alonso.

–Es decir, –intervino Marín– ustedes creen que hay alguien que necesitaba un órgano urgente y contrato a unos “especialistas” para que se lo localizaran. Estos realizaron su labor, cobraron y desaparecieron de la faz de la tierra así como así.

–Dime si no es buena esa teoría –soltó Guillén.

–Yo diría que es de las mejores –lo apoyo el forense.

–Claro, sumando peras con peras...–reflexionó el reportero

–Si camina como pato, tienes patas de pato, está cubierto de plumas y grazna como pato...–agregó Guillén.

–¿Qué más puede ser? –sentenció Lozano.

Entonces Marcos culminó con lo que aquellos dos hombres esperaban que dedujera

–Servicio de Inteligencia, incautación de la investigación, cambios en el equipo de investigadores, silencio oficial, intervención en la escena del crimen, jurisdicción militar, ummm no huele bien. –Y entendiendo hacia donde aquellos dos amigos lo conducían, preguntó en son de broma.

–¿Dónde piensan ustedes que está el “gato encerrado”?

–Mi querido Marcos, conjeturas –respondió Guillén mientras llamaba al mozo para pedir el desayuno.

–Sí, puras conjeturas, mi estimado Armando –opinó Lozano–, puras conjeturas... ¿Qué más?

–En fin no solo de pan vive el hombre –agregó Marcos en son de burla...de conjeturas también –reflexionó.

El desayuno se alargó hasta el almuerzo y de la Donosti al Lafallet fue apenas un cruzar de calles.

La reflexión mayor le vino después, al día siguiente de la mano

de Popper, aún con la resaca del día anterior. El científico sostenía que el asunto de la verdad tenía que ver con el método, la forma de buscarla y de reconocer la falsedad. Popper en su trabajo sobre el “falsacionismo, principio de falsabilidad o racionalismo crítico”, proponía un método científico de conjeturas con el cual podían deducirse las consecuencias observables y ponerlas a prueba. De esta manera, si fallaba la consecuencia, la hipótesis quedaba refutada y debía entonces ser rechazada. En caso contrario, si todo se comprobaba, se debía repetir el proceso considerando otras consecuencias deducibles.

Agregaba el filósofo austriaco que cuando una hipótesis sobrevivía a diversos intentos de refutación, entonces se podía decir que estaba corroborada, más no afirmar que dicho planteamiento era totalmente definitivo. Más acertado sería decir que el mismo resultaba provisional debido a la evidencia empírica. A eso probablemente se refería Lozano, apoyado por Guillen en la víspera. Una reunión que se había iniciado con un desayuno y culminado con una bacanal que lo devolvió al hogar cuando el sol se ocultaba tras la montaña del Ávila.

La visión de Popper le cayó de perlas a Marcos Marín, aún si cepillarse los dientes corrió a su biblioteca y descubrió el tomo sin mucho ajetreo. Lo hojeó con avidez y en cuestión de minutos encontró lo que con cierto desespero buscaba ante la actitud sigilosa de Rosalba que lo observaba desde la cocina. Leyó:

“...Para los falsacionistas el científico es un artista en tanto que debe proponer audazmente una teoría que luego será sometida a rigurosos experimentos y observaciones. El avance en la ciencia

está en falsar sucesivas teorías para así, sabiendo lo que no es, poder acercarse cada vez más a lo que es...”

Siendo un obsesivo compulsivo de las historias de Sir Arthur Conan Doyle, Marín también era un fanático de las deducciones, por lo tanto nunca era tan “elemental” la frase: “elemental mi querido Watson” utilizada como muletilla por Holmes, en cada uno de sus complicados casos. De modo que colocando en su lugar cada frase de las dichas por sus dos principales fuentes sobre el caso del cadáver vacío, como si se tratase de un enorme rompecabezas, se preguntaba si realmente podía conjeturar todo aquello que tanto Guillén como Lozano conjeturaron a su antojo, sin dejar espacio a las dudas. ¿Lo hacían acomodaticiamente para llegar a la conclusión a la que había llegado, cuando preguntó dónde se encontraba el “gato encerrado”? o ¿buscaban maniqueamente que él, Marcos Marín asumiera para sí tales conjeturas con el fin de escribir lo que ellos querían que escribiera? ¿Quién o quienes ganaban qué con estas suposiciones? .Tenía poco tiempo para despejar todas las incógnitas que le llegaban a la mente, cosa que debería hacer en menos de 24 horas. En estos tiempos de redes sociales y tecnología avasallante, no podía darse el lujo de elucubrar como lo había hecho en sus años mozos con aquellos reportajes sobre el secuestro de niños para robar sus córneas, contrabandearlas y venderla al mejor postor.

Pero igual lo asechaba la idea de fidelidad: Aquellos dos hombres eran sus amigos y siempre se habían dado una mano en los casos más escabrosos sobre los cuales había escrito. Indubitablemente ambos, a su modo, habían alcanzado cierta fama en sus respectivos oficios. Nada como los medios para lograr tales fines y

él había sido el eje fundamental de sus alcances como profesionales, uno dentro del ámbito policial, y el otro dentro del campo forense. ¿Había sido utilizado siempre en su creencia de que recibía información veraz, fidedigna? Más aún ¿por qué la carrera de ambos profesionales se había estancado una vez que él se había dedicado a la novelística jurando jamás volver al mundo del periodismo?. ¿Cómo hicieron para vivir esa vida de calidad de la cual disfrutaban en medio de tanta miseria en la que viven los otros profesionales de su misma especialidad?. Incluso, el mismo, Marcos Marín, había fracasado en todas sus iniciativas personales, tanto que no le quedó más remedio que a su edad, sesenta años que no es poco decir, de nuevo se encontraba asalariado cubriendo la fuente y llenando la sección de sucesos como en sus años iniciales. Ellos no eran corruptos y en cuanto a esa certeza, Marcos podía meter sus manos en el fuego. Lozano, soltero implacable, logró recorrer el mundo de la medicina forense en tiempos de la llamada IV República, se encontraba en el ranking de los más prestigiosos patólogos de este continente y en su tiempo como conferencista había amasado una buena dote. Su cuenta en bancos del exterior le permitía darse ciertos lujos al igual que su socio Armando Guillén. Con respecto al Inspector no era un secreto que la vida familiar lo apoltronó evitándole seguir cursos en las sedes de las policías más prestigiosas del mundo. Hizo algunas pasantías en el FBI, en la Sureté y hasta con la policía israelí, pero gracias a su fama mediática consiguió buenos créditos para comprarse un apartamento en el este de la ciudad, y hasta para mandar a sus dos hijos a estudiar al exterior. Hoy, venido a menos en cuestión salarial, recibía de ellos una remesa mensual en dólares, los cuales al cambio le hacían llevar una vida acorde a sus gustos tan elevados

como los ostentados por el forense. Todo eso pasaba por la mente del periodista mientras cotejaba los libros que meticulosamente extraía de su biblioteca.

En “la aventura del Jorobado” Holmes instruye a Watson en lo que para el detective todo era “elemental” pues por no razonar ante las “evidencias” siempre dejaba escapar los pequeños detalles en el que se basa la deducción. Recordó que en alguna publicación referida al detective de Conal Doyle, había leído que “hacer una sola conexión puede ser fácil pero hay una ciencia compleja para unir todos los puntos. Dos ciencias de hecho: la medicina forense por un lado y criminología por el otro. Sherlock Holmes podría considerarse un pionero de ambas.

Como su memoria no le concedía mucha ayuda, se dirigió a la computadora y ya frente a ella acudió a una página de la BBC news. Allí encontró lo que buscaba: “La deducción real se reduce a dos cosas que se usan en combinación: tu conocimiento y tu sentido de conciencia. Cuanta más información puedas reunir, más precisas serán tus deducciones”.

Pero, ¿cómo recopilar esta información? ¿En qué hay que fijarse?... Todo está allí, al descubierto, frente a ti. Todo lo que tienes que hacer es sintonizarte. ¿Qué ves? ¿Qué hueles? ¿Qué escuchas?” ¿En qué dirección está viajando esa sirena que escuchas en la distancia? ¿Cuál es esa canción que llega a través de los auriculares de la persona a tu lado en el Metro?” Observa a alguien, a cualquiera. ¿Qué se puede inferir? ¿Notas marcas, manchas o pelos que no son propios en su ropa? ¿Qué perfume está usando? ¿O huele a otra cosa, como un alimento especialmente picante?

”Si aprovechas tus sentidos, tu conciencia aumenta y, con el tiempo, sabrás quienes son realmente las personas, qué sienten y hasta lo que están pensando”.

Era su filosofía de vida, en su primera novela “Amores a destiempo en tiempos de revolución” el personaje principal en su amor frenético por Olguita Saldivia había escrito: “...Tres palabras golpearon mi rostro: “seguro algún día”, dijo. Para agregar: “de veras lo voy a pensar”. Y noté la falsedad en sus palabras, en su mirada esquiva, porque ver y mirar no es lo mismo como oír y escuchar no se escriben igual. En ese instante de recuerdos, de nostalgias, abrí los ojos frente a un anuncio de una obra de teatro: “Les mauvais aussi meurent”. Me encontraba frente a La Fontaine Stravinski, a las puertas del museo...”

No fue difícil para Marín acudir a aquellos personajes: Popper, Conal Doyle y Charles Peirce, entre otros no menos importantes como los clásicos San Agustín de Ipona, Platón o Sócrates, pues habían sido sus maestros filosóficos en todas sus novelas, cuando había cambiado de profesión. Los leía con afán para otorgarles características a sus personajes, los cuales siempre vivían en un eterno conflicto existencial.

En cuanto a observar, Marín siempre veía cosas en donde otros eran totalmente ciegos. También oía, o escuchaba todo aquello que se movía a su alrededor, en donde otros eran obcecadamente sordos, ateniéndose a su proverbial frase de que ambas palabras ni se escribían igual, ni “significaban lo mismo, si de poner atención se trataba”. Por ello eran frecuentes las discusiones con Rosalba quien para él, era la persona más pánfila del mundo.

Por ello ahora le llegaban muchos recuerdos de sus dos amigos y se preguntaba quién había sido más tonto de los tres. Guillén, más que abogado era un policía intuitivo, muy bueno como profesional y dado a hurgar en las cosas hasta encontrarles el hueso, pero débil en mantener una postura personal ante Lozano, quien casi siempre lograba convencerlo con sus argumentos. Marín pensaba que la egolatría del forense menguaba la personalidad del detective. Y si bien la ciencia forense era una auxiliar de la criminalística, no tenía que ser la panacea de la sabiduría en cuanto a la resolución de los crímenes que ambos investigaban. Sin embargo Guillén al parecer le restaba importancia a su disciplina, subordinándola a la del forense, dejando atrás todos aquellos indicios que le permitían probar de forma fehaciente algún tipo de delito. El haber estudiado en la Escuela de Policías no le dio las herramientas para distinguir entre criminalística y criminología, pero tampoco su carrera en la Universidad para graduarse en Derecho Penal, disciplina que jamás logró ejercer, le permitió “ver o mirar” más allá del hecho objetivo”. Sin embargo su experiencia lo llevó a afinar un instinto natural para resolver casos, pero ante una arremetida de Lozano: “la ciencia, amigo mío, mata a todo eso que tú llamas instinto”, Marín se preguntó si esa afirmación le había pesado a Guillén en su haber de investigador tanto como para subordinarse atado de manos al patólogo, caminando, embobado sin resistencia alguna, hacia el paredón de fusilamiento, a pesar de su terquedad enfermiza. De allí que el forense siempre llevara la voz cantante. Era el líder en esa combinación de dos cerebros acoplados ante un objetivo común. La otra pregunta que le tocaba responderse la dejó a la posteridad. De ser ciertos todos esos escauceos colmados de incertidumbres, ¿en dónde estaba ubicado

él? Ante toda esta confusión que achacó a la resaca puesto que siempre el alcohol le creaba síntomas paranoicos: tensión, ansiedad, miedo, desconfianza, amargura, sensación del aislamiento y depresión. A estos le agregaba la preocupación porque los demás tengan motivos ocultos para embaucarlo en algo que lastimara su credibilidad, algo que le venía desde sus primeros reportajes amarillistas. También se le había afinado la creencia de que estaba siendo explotado o usados por otros y dudaba de su capacidad para trabajar en conjunto con ellos como ya lo había hecho en anteriores ocasiones. Así, aislándose del afecto que los unía a ellos, comenzó a sentir cierta hostilidad y a despotricar de ellos en voz alta mientras recorría el apartamento de un lado al otro. Afortunadamente para él, Rosalba ya había salido rumbo a su trabajo habitual dejándolo “al abandono”, pensó, y también la metió en el paquete de los despotricados. Al poco rato, bajó la guardia con ella recordando la primera vez que la vio cubierta de arenilla en aquella playa devastada a donde había ido a parar quedando prisionero ante una inundación que dejó decenas de damnificados y cientos de fallecidos en la región central del país:

A Rosalba, recién llegada de Chile, le habían recomendado aquella playa como un oasis encantador de aguas cálidas, diferentes a las de Valparaíso: heladas y furiosas. Hasta allá fue a dar solitaria, sin más, para ser víctima de los embates de una población desesperada por la falta de alimentos. Allí conoció a aquel joven periodista, cuando se le acercó para ofrecerle una lata de sardinas con unas galletas de soda, rescatadas entre la turba, en momentos en que los helicópteros de la Defensa Civil, lanzaban bolsas de comida a la bahía. Con el rostro todo cubierto de arena, así como

en buena parte del cuerpo, ella esperaba recostada bajo la sombra de un cocotero. Marcos no pudo descubrir, inicialmente, aquel rostro enmascarado por la arenilla, pero se quedó impresionado ante unos ojos azules, vivaces, que llenaban todo el espacio de luz, a pesar de la tragedia vivida. Ella sonrió tras la arenilla y hubo de escupir las partículas que se le colaron dentro de la boca cuando quiso decir su nombre para presentarse. Tomó el obsequio y dijo:

–Gracias... Rosalba. –y estiró la mano para chocar la de Marcos.

–Y tu apellido –preguntó, Marcos, para satisfacer una tonta curiosidad que le vino a la mente: “Esos ojazos no pertenecían a esta tierra”.

–Sayegh Richter. –dijo ella.

–Ahh con razón...–hizo un ademán para agregar...Raza superior.

–Noo chico... –rió ella...raza chilena.

Unos meses después contraían matrimonio y hasta ahora, con sus idas y venidas, sus buenos y sus malos momentos, sus intenciones y amenazas de divorcio continuaban unidos y ya no había vuelta atrás. A su edad Marcos la complació en todo lo que pudo, hasta en eso de no beber en el hogar, pues según contaba a sus colegas reunidos en el bar de Manolito, que si su mujer lo echaba por la puerta, él saldría corriendo humillado a meterse por la ventana, pero todo eso no era más que una hipótesis o una falsabilidad, y entonces soltó la risa y regresó a lo suyo.

Culminadas todas sus divagaciones, así como las escenas fantasmales con respecto a sus fuentes primordiales, Marín se dispuso a escribir su segunda entrega:

Alto funcionario gubernamental

Presunto implicado en caso del “Cadáver vacío”

A pesar de los distintos intentos llevados a cabo por el Servicio de Inteligencia Antiterrorista para ocultar y desaparecer las evidencias obtenidas en la escena del crimen ocurrido en las residencias Altamira en días pasados, trascendió a través de los medios de comunicación y redes sociales que un alto funcionario gubernamental podría ser el autor intelectual del monstruoso hecho.

De igual manera, varias fuentes confidenciales procedentes de la policía criminalística confirmaron a este redactor que las sospechas se dirigían al Ministro de Sanidad y a varios de sus más cercanos colaboradores.

La sospecha de los detectives del Cuerpo Policial de Investigaciones apersonados en la escena del crimen, se originó a partir de la presencia del Ministro en el lugar de los hechos al lado de dos prominentes miembros del partido, exactamente a la hora en que dos cadáveres iban a ser trasladados a la morgue para hacerles las autopsias de rigor. A la escena, acudió el Ministro, por razones que aún se desconocen rodeado de guardaespaldas quienes velaron por la seguridad de los personajes mientras estos se reunían con el jefe de operaciones del Servicio de Inteligencia. Este último le aseguró al alto ejecutivo que su intervención en la trifulca fue un intento de mediar entre ambos mandos policiales, que se habían enfren-

tados a puñetazo limpio, ante las provocaciones de los efectivos de la Científica en vista de que los mismos habían esgrimido sus armas en clara señal de amenaza contra sus hombres.

Otra versión de los hechos corrió por cuenta de los vecinos quienes siendo testigos presenciales de la revuelta señalaron que dicha reyerta se había originado precisamente por los funcionarios a la orden del General Pancracio Machuca, quien intentó por la fuerza y al frente de sus hombres en armas, tomar las instalaciones de la residencia como si se tratara de un bunker lleno de terroristas.

Al parecer todo el espectáculo promovido por el SI tuvo como objeto, mantener el control de la zona con fines no muy transparente, lo que originó un intercambio de palabras entre los jefes de ambos bandos policiales e incluso, hubo disparos con armas de guerra por parte de los miembros del SI con la intención amedrentar a los oficiales del Cuerpo de Investigaciones Científicas. A partir de ese momento se desató el caos en los alrededores y apenas se controló cuando aparecieron las camionetas en donde viajaba el Ministro. Unos minutos después de la reunión, el Inspector Armando Guillén junto al Director de Medicina legal, el médico forense y patólogo Andrés Lozano, abandonaban la escena del crimen sin rendir ningún tipo de declaraciones a los periodistas.

Sin embargo una vez en la Central detectivesca, conocidos los acontecimientos de esa mañana, se filtró la información que señalaba al Ministro de Salud como indiciado en el hecho, de igual forma, desde la Fiscalía, también surgían comentarios luego de que a los fiscales de la causa se les ordenara dejar el caso y pasarlo a la jurisdicción militar.

Todo esto acaecía en horas de la tarde, pero al caer la noche surgieron otras acciones por parte del SI y de la jurisdicción militar cuando fue allanada la sede de la morgue en momentos en que se les aplicaba la necropsia de ley a los cadáveres hallados esa mañana. Una fuente vecinal confirmó el movimiento de tropas y camionetas del SI desde donde descendieron más de doce agentes encapuchados, asistidos por un comando de militares entre los cuales se encontraba un Fiscal Militar quien, al parecer, dio la orden de incautar todos los equipos computarizados de la institución. En la sede no se produjo ningún arresto, pero a partir de ese momento ninguno de los médicos de guardia pudo penetrar a ella, así como los trabajadores habituales. El operativo se mantuvo hasta altas horas del pasado miércoles y solo hasta el día siguiente, se les permitió a los vecinos disponer de sus automóviles pues la restricción en el tránsito automotor no les permitió utilizarlos para realizar sus diligencias diarias. La frase “motivos de seguridad” fue la excusa utilizada por los funcionarios que custodiaban la zona, sin agregar ningún otro tipo de explicaciones a los atribulados vecinos.

La nota de Marcos debía ser entregada el viernes pues disponía de una página completa al siguiente día, según le había expresado la encargada de la secretaría de redacción. Disponía entonces de algo de tiempo para reunir más datos acerca del crimen. Ya había redactado la historia de principio a fin, debía rellenar unas seis cuartillas y ponerse en contacto con Domingo para que le reservara algunas fotografías de aquella tarde. En vista de que su cuerpo aun padecía los efectos de la bacanal alcohólica de la noche anterior, prefirió no moverse del apartamento y continuó chequeando datos

y haciendo llamadas telefónicas para ir complementado el reportaje.

La primera llamada se la hizo a un viejo conocido que durante años había sido alto directivo de la anterior policía de inteligencia. Tuvo suerte pues apenas pulsó los números del celular que guardaba del funcionario desde hacía bastante tiempo, escuchó su voz inconfundible al otro extremo que lo felicitaba por la nota escrita, la cual a su entender dejaba a los demás periódicos en situación de orfandad informativa.

Por tener bastante tiempo sin verse las caras, la conversación se alargó más de lo esperado por Marín, sin embargo la disfrutó en toda su extensión, sobre todo por los halagos que el funcionario hizo de él, a la final, un breve silencio le dio a entender que el periodista lo llamaba por alguna razón y entonces interrumpió los halagos para ponerse a la orden.

—Dime, en que te puedo ayudar.

Fue entonces cuando el periodista pudo aprovechar la ocasión, no sin antes cuadrar un día y una hora para beberse unos tragos, para preguntarle acerca del funcionamiento del Servicio de Inteligencia, pues si bien todos los cuerpos policiales eran transparentes en su misión y objetivos, este organismo era totalmente hermético en cuanto a informar al respecto.

—Sí, Marcos, esta es una institución arbitraria que se desempeña en cualquier ámbito que el gobierno estime, usurpa funciones y no respeta jerarquías. Para ser claro contigo, allí no hay funcionarios públicos, sino militantes del partido armados hasta los dientes,

a quienes se les otorgó una patente de corso para usarla a su libre albedrío.

–Es fuerte esa afirmación tuya – consideró Marcos.

–Te entiendo, pero tú sabes que yo estuve años en la anterior institución y allí todos éramos profesionales. No te pudo negar que se cometieron exabruptos y hasta violaciones en caso de Derechos Humanos, pero siempre fue en forma individual, nunca una política del organismo y por ello, todo el que cometió delito dentro de ella fue juzgado y encarcelado. Todavía hay muchos que continúan cumpliendo condena, pero este no es el caso con el SI. Allí no vas a encontrar a nadie que haya estado unos años en una universidad o en una academia policial, es más ninguno ha hecho algún curso en una policía del exterior, a excepción de Cuba. Y en esa isla tampoco hay policías profesionales, sino chivos y espías del gobierno.

–Bueno pero dejemos un poco las opiniones personales para cuando nos bebamos los tragos –intentó Marcos cambiar la conversación para lo que le interesaba.

–Como yo se que tu manejas siempre información policial de alta factura, me gustaría que me dieras algunos datos acerca de las acciones que el SI ha llevado a cabo en los últimos meses, porque para serte sincero yo no consigo ningún tipo de datos sobre acciones concretas en beneficio de la nación que no hayan sido allanamientos a residencias de grupos opositores y arrestos a diestra y siniestra sin orden judicial, así como acusaciones de torturas y hasta de muertes camufladas de suicidios.

—Tú lo has dicho, luego de esa realidad, qué más puedo yo agregar —expresó el Comisario— Sin embargo te puedo enviar por correo, algunas de las supuestas acciones que habrían llevado a cabo en este tiempo.

Se despidieron como dos buenos conocidos que necesitaban reencontrarse para compartir una de las pasadas veladas en donde el Comisario, al igual que Guillén, le suministraba información valiosa para sus notas de sucesos. De esas relaciones Marcos siempre se vanaglorió porque el resto de sus colegas no cultivaban estas relaciones y por el contrario les parecía deshonesto entablar este tipo de amistad porque podían perturbar la “objetividad” de su trabajo.

No hubo trascurrido cinco minutos cuando la laptop sobre la mesa de la cocina emitió el alerta dándole a entender al periodista que un correo había llegado a su bandeja. No perdió tiempo en abrirlo. En el mismo se exponían algunas acciones que el organismo cuestionado por ambos hombres al teléfono había realizado hasta el año 2010, es decir, había sido creado en el 2009 y esas eran las únicas acciones llevadas a cabo en un año. De allí en adelante no existía ningún tipo de estadista, según decía la nota anexa del correo.

“Hasta los actuales momentos (decía el informe confidencial al parecer enviado a la Vicepresidencia de la República) según los actuales directivos de la institución, se había logrado desarrollar 23.710 informes y operativos de inteligencia y contrainteligencia para enfrentar, frenar y minimizar el incremento de las amenazas contra la estabilidad de la nación por parte de la injerencia de entes

externos, así como de los diferentes factores y agrupaciones internas que tienden a afectar el desarrollo del proyecto de Estado y la seguridad de la nación, logrando superar al término del ejercicio fiscal 2010, las estimaciones programadas en materia Seguridad de Estado en el campo de Inteligencia, Contrainteligencia y Operaciones Tácticas, neutralizando 19.320 situaciones.

La acción denominada “Aplicar Acciones de Inteligencia y Contrainteligencia”, en atención a situaciones nacionales e internacionales para brindar seguridad de Estado, se refiere a las actuaciones territoriales y extraterritoriales necesarias para disuadir situaciones que pongan en riesgo la seguridad de la nación y la estabilidad del sistema político-institucional vigente, a la cual le fue asignado un financiero de Bs. 29.800.000,00 siendo ejecutado en un 100%. En materia política, estos servicios habían realizado operaciones de inteligencia y contrainteligencia, destacándose una ejecución de 18.789 informes, que representa el 4% sobre la programación anual de dicha acción, con la participación de un personal altamente capacitado y tecnificado en materia de seguridad. Bajo sus directivos, se inauguraron 45 salas situacionales de operaciones, implementando con ello políticas y estrategias de inteligencia y contrainteligencia en materia de seguridad de Estado, contando con la colaboración de la Guardia Nacional, Instituto Nacional de Transporte Terrestre, Oficina Nacional Antidrogas, Cuerpo de Investigaciones Científicas, Policías Estadales, Consejos Comunales y redes sociales

Luego de estudiar la nota, Marcos no dudó en hacerla formar parte de su reportaje y mañana viernes, temprano, armaría la página como ya la tenía prevista en su mente. Por ahora solo restaba

esperar las fotografías de Domingo Navas e irse a la cama a pasar el malestar. Cuando Rosalba llegó, dormía el sueño de los justos. No quiso despertarlo a pesar de que descubrió que no había cenado. La cocina estaba intacta y ya era un calvario para ella poner todo en orden cuando su hombre la tomaba por asalto.

Se levantó más temprano que de costumbre. Rosalba se despe rezaba a su lado y tomó la iniciativa para hacer el café, quizás la única cosa con la cual no se volvía un desastres. Ella lo observó desde sus almohadones, los besos atravesaron la distancia. Media hora más tarde, preparaban el desayuno y cada quien una vez despejada la mesa, se dispuso a tomar la ducha respectiva, pero a él le provocó en esta oportunidad hacerlo juntos. Hacía años que no disfrutaban de esa avenencia que era rutinaria en sus primeros años de matrimonio. Ella sonrió ante la propuesta y él le guiñó un ojo con picardía. Esa mañana no tenía los ojos enrojecidos y la ducha los mantuvo cuerpo a cuerpo en roses sucesivos. Él volvió a enjabonarle sus partes íntimas como no había hecho en varios años. Ella hizo lo mismo bajo una cadencia que anunciaba un reto sigiloso hacia tiempos lejanos. El ritual culminó con un beso furtivo y un “apúrate que se nos va a hacer tarde”. De modo que salieron del ritual y procedieron a alistarse. La calle los esperaba.

Marcos apenas disponía de la mañana y pocas horas de la tarde para recabar sus últimos datos, luego almorzaría y se dirigiría a su redacción solitaria. Se sentaría en su oficina solitaria y escribiría en solitario como era la rutina harto conocida por sus colegas. Había elaborado una minuta para seguirla al pie de la letra si dis-

tracciones que le hicieran perder el tiempo. Lo primero que hizo fue dirigirse a la morgue. No había conversado con Lozano desde la última bacanal, pero imaginaba que el galeno debía estar en su puesto como lo había hecho desde hacía más de treinta años. Estaba claro que el médico no tenía nada más que agregar a lo ya investigado pero Marcos necesitaba ver con sus propios ojos lo que había ocurrido con el allanamiento. Al llegar tuvo que dejar el vehículo a una distancia prudencial sugerida por los funcionarios del Comando aún destacados en el lugar. No se amilanó y subió a pie la cuesta que lo separaba del depósito de cadáveres. Al llegar fue recibido por uno de los “cuervos” que hacía guardia a las puertas acordonadas con unas cintas amarillas. Entonces comprendió que allí no tenía nada que hacer. Caminó unos metros y pulsó los números del celular de Guillén, este enseguida respondió.

–Dime...¿Dónde andas?

–En la morgue

–Y qué haces ahí, no sabes que esa zona esta tomada

–Si, pero quería verlo por mí mismo y pensé que a lo mejor Lozano se encontraba como siempre por su oficina.

–No chico, que va. Al viejo le prohibieron acercarse a cien metro de su lugar de trabajo. La orden provino del Fiscal militar que sigue la causa. Pero qué tal si lo convido a reunarnos en un rato donde siempre.

Marcos confirmó su presencia y aclaró que no podía disponer de mucho tiempo ya que le tocaba escribir la segunda entrega de

su nota inicial. El segundo punto de su agenda lo debía conducir a la residencia Altamira. No había estado allí cuando se armó el zafarrancho policial y le interesaba tomar declaraciones de algunos vecinos acerca de la contienda. Allí los resultados fueron lo esperado por él, incluso logró hablar con el vigilante mencionado por su fotógrafo, quien recordó, ahora más calmado otros hechos sobre los cuales no había reparado al momento en que había conversado con uno de sus colegas. Marcos entonces tomó nota, prometiéndole no citar la fuente para evitarle algún tipo de percance en su trabajo. Finalmente le tocaba la tercera y quizás el más difícil de los puntos de su minuta: visitar la sede del SI, donde existía un centro de reclusión denominado “la tumba”. Sólo probaría haciendo algunas preguntas incómodas e indiscretas, pero no a los oficiales ni a los directivos, sino a los choferes, porteros y mensajeros se reunían los mediodías a comerse unos fiambres en un local cercano a la sede. Esperaba encontrarse allí con algunos viejos conocidos que le sirvieron de mucho en el tiempo en que investigaba la muerte del Fiscal achicharrado con C4 para escribir una de sus novelas a la cual tituló “Mi adorada prostituta”. A esos jamás los despedían y siempre eran los mejores informantes, pues mientras conducían a sus jefes a los restaurantes más exquisitos de la ciudad “oían y escuchaban”, en este caso, las versiones “rigurosamente” confidenciales, que luego comentaban entre ellos mientras almorzaban o disfrutaban algunas cervezas a escondidas. Algo sacaría si se paseaba por aquel lugar al que por fortunas sus colegas no le daban importancia.

De esto conocía mucho Marcos Marín. Luego de graduarse en periodismo, había realizado un postgrado en Ciencias de la Co-

municación y si algo le había llamado la atención siempre era el rumor como medio de comunicación alterno, de hecho, su tesis para obtener el título fue un ensayo admirable para el jurado que recomendó su publicación. Precisamente lo que recordó cuando se dirigía al comedero de choferes y afines, fue un párrafo de aquel escrito: “No hay nada más importante para el ser humano que sentirse dueño de un secreto. Es una extraña sensación de poder el conocer algo que no conoce el otro a pesar de estar en el mismo ambiente de trabajo”. Pero el secreto asfixia y debe ser confesado para lograr el reconocimiento del otro, pero como el secreto por su misma condición no puede ser comprobado, ni quien lo posee goza de la necesaria credibilidad, este se convierte en rumor y cuando el rio suena...es porque piedras trae.

Cuando llegó al Lafallet ya tenía varias cervezas entre pecho y espalda. Apenas penetró sus puertas divisó a los dos hombres conversando misteriosamente sentados en el rincón más apartado del local. Los saludó desde lejos pues ellos también notaron su presencia y se vieron a las caras con preocupación.

–Les tengo tremenda bomba –les dijo sin darles chance a soltar una frase– hice toda una investigación acerca del caso que los va a sorprender.

–Pero...Marcos...sabes –Guillén intentó interrumpirlo, pero el periodista no cesaba en su entusiasmo.

–Ustedes dos me tenían paranoico. Pase todo el día de ayer estudiando el caso, hice varias llamadas a algunos contactos.

–Pero... Marcos, escucha lo que tiene que decir Guillén – esta

vez fue Lozano quien intentó interrumpir la euforia del periodista sin lograrlo.

–Ya va, déjenme terminar ¡¡Carajo!! Ustedes siempre quieren ser los que se roban el show.

–Pero...

–Pero nada, Guillén, basta de peros ¿alguna vez me han escuchado o simplemente soy un utiliti de toda la bazofia que se les ocurre? Esta vez me van a escuchar y luego me dan sus opiniones, pero por el momento, les agradezco a ambos, por primera vez en sus vidas que tomen en cuenta lo que les voy a –se expresó con tal firmeza que tanto el detective como el forense se vieron a las caras y mientras uno se llevó las manos a la calva, el otro solo se limitó a encoger los hombros.

–Muy bien, así me gusta. Resulta que logré averiguar la identidad del jefe de los sujetos del partido que acompañaban al Ministro el martes pasado. Por supuesto que ustedes, ni idea ¿verdad? –ambos hombres se vieron de nuevo las caras y asentaron.

–Nada menos que el mismísimo Secretario de la organización. El mismo que desde hace unos meses mantiene una demanda en tribunales contra el periódico. ¿Qué les parece?... ¿qué casualidad? Con esta nota, mañana está reventado, porque lo otro es que son muchos los metidos en el paquete y al parecer mi querido Lozano, usted que trabaja en la morgue, no se había dado cuenta de que...

–¡Ya! Marcos, ¡Basta por favor! –por primera vez el periodista veía exaltarse al detective. Había gritado golpeando la mesa y los

parroquianos volvieron sus rostros sorprendidos hacia aquella mesa. Lozano intervino de nuevo.

–Escucha, Marquitos, lo que te va a decir Armando –por primera vez también uno de ellos usaba el diminutivo y un silencio de segundos arropó la mesa–

–Llama a tu gente al periódico –Guillén antes de pronunciar la frase había dirigido la mirada a su reloj de pulsera– en una hora la policía y el SI, así como la Guardia Nacional, tomaran las instalaciones por orden judicial. La demanda de la que hablas prosperó y todo aquello queda embargado a partir de hoy. Ni siquiera te voy a decir quién será el nuevo dueño de tú periódico.

–¿Quién?

–Imagínatelo, tú eres el escritor

Epílogo

Si bien “24 horas frente al cadáver vacío” no es más que una ficción apoyada en algunos hechos reales acontecidos en Venezuela en los últimos años, no es menos cierto que existen y existieron leyendas urbanas, acerca del contrabando y venta de órganos humanos en muchas partes del mundo. El hecho de las leyendas urbanas no indica que el contrabando de miembros sea solamente un rumor y se ha comprobado que si bien este acto delictivo no suele ser muy común por lo engorroso y sofisticado para llevarlo a cabo, siempre existen las dudas acerca de la existencia de bandas, dedicadas a este terrible negocio.

Documento 1.

En 1999 la policía mexicana inició una investigación sobre una presunta red de tráfico de órganos extraídos a niños, con destino a pacientes estadounidenses. Posteriormente, se ha especulado con la posibilidad de que detrás de los crímenes contra mujeres de Ciudad Juárez pudiera haber una mafia de tráfico de órganos. Sin embargo, en 2003 la Procuraduría General de la República, tras investigar catorce casos, concluyó que las denuncias no tenían fundamento y que no había ninguna prueba de la existencia de una organización de este tipo.

La organización feminista RAWA ha denunciado que desde 1992, cuando la república socialista afgana fue destruida, los fun-

damentalistas religiosos, conocidos como muyahidines, se enriquecieron con el tráfico de órganos de pobres locales.

En 2005, una comisión de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa (PACE) certificó que se habían producido en Ucrania casos de secuestro de niños recién nacidos, presuntamente para utilizar sus órganos en trasplantes y como fuente de células madre.

En 2007, unas monjas españolas afirmaron tener pruebas de este tipo de tráfico en Mozambique, aunque no pudieron precisar si los órganos se destinaban a trasplantes o a rituales de magia negra.

También en 2007 Luc Noël, coordinador de procedimientos clínicos de la OMS, declaró que había un ‘turismo del trasplante’ que llevaba pacientes adinerados a países intermediarios, como Suráfrica, Egipto y Pakistán, donde recibían órganos ‘donados’ a bajo precio.

En su libro de 2008 “La caza: los criminales de guerra y yo”, Carla Del Ponte, fiscal del Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia, asegura que en 1999 la guerrilla del Ejército de Liberación de Kosovo traficó con órganos extraídos a cautivos serbios.

En mayo de 2008 el ministro del Interior argelino Noredin Yazid Zerhouni afirmó que niños argelinos y subsaharianos eran introducidos ilegalmente en Marruecos, donde se les extirpaban los órganos para venderlos en Europa.

En agosto de 2008, las autoridades de Jordania anunciaron que al menos treinta y cinco jordanos habían fallecido entre 2006 y 2008 tras vender sus riñones por 3.000 dinares (unos 2.700 euros)

a mafias de traficantes de órganos que operaban, sobre todo, en Egipto y Pakistán.

Documento II

Tráfico de órganos humanos

El tráfico de órganos es una práctica que consiste en la extracción de órganos humanos con fines comerciales, usualmente para realizar trasplantes. Se trata de una actividad que se considera ilegal en gran parte del mundo y de la cual no circula demasiada información real en comparación con supuestos, por lo que a menudo resultan temáticas de leyendas urbanas. En las últimas décadas defensores de los derechos humanos han denunciado casos de presunto tráfico de órganos mayormente en países usualmente inestables políticamente, con regímenes autoritarios o con poca seguridad jurídica como China, India, Mozambique o los países de Europa oriental que antiguamente formaban parte de Yugoslavia y la Unión Soviética.

De acuerdo a la Organización Mundial de la Salud (OMS), el tráfico de órganos ocurre cuando los órganos son removidos del cuerpo bajo el propósito de realizar transacciones comerciales y ha establecido que “el pago por órganos supone tomar una ventaja injusta sobre los grupos más pobres y vulnerables, socavando la donación altruista y conduciendo a la especulación y la trata de personas”. A pesar de las ordenanzas contra el comercio de órganos, se ha estimado que en el año 2005 el 5% de todos los receptores de órganos habían participado en trasplantes de órganos comercializados. Las investigaciones indican que el comercio ile-

gal de órganos va en aumento, con un informe reciente de Global Financial Integrity que estima que el comercio ilegal de órganos genera ganancias entre \$ 600 millones y \$ 1.2 mil millones de dólares por año, con un lapso en muchos países.

Si bien se trata de una práctica habitual y tradicionalmente punida y rechazada en casi todo el mundo, su estatus legal, sin embargo, está tendiendo a cambiar alrededor del mundo; por ejemplo, Australia y Singapur han empezado a permitir desde el 2013 la compensación económica a cambio de órganos para donantes de órganos vivos.

Documento III

Todos los 6 de junio La Organización Mundial de la Salud y la Organización Nacional de Trasplantes, celebran el Día Mundial de los pacientes trasplantados, con la finalidad de crear conciencia en las personas sobre la importancia de donar órganos. Sin embargo, Reymer Villamizar director de Amigos del Paciente Trasplantado, comentó que actualmente en Venezuela no hay cultura de donación, y que por eso cada año se reduce la cantidad de donantes.

“En el 2012 nosotros teníamos 4,5 donantes por millón de habitantes, en 2015, apenas llegamos al 1,5 y en lo que va de año solo contamos con el 0,5 por millón de personas”

Comentó que la escasez de dólares ha impedido que los entes gubernamentales importen los aparato, o instrumentos necesarios con los cuales se garantiza la preservación de los órganos. No obstante, exigió al Gobierno hacer lo posible por resolver este pro-

blema y bajar los medicamentos para los pacientes con diabetes e insuficiencia renal.

Dijo que fueron los mismos pacientes los impulsores de la Ley del Trasplante, que expresa textualmente:... “Toda persona es donante a menos que digan lo contrario. Creo que se debe hacer una campaña acerca de esto para que las personas puedan entender la importancia de las donaciones”.

“La única forma de mantenerse vivos hasta adquirir un trasplante es la diálisis, cuesta mucho. Un trasplante te cambia la vida, te vuelve a la vida (...) yo le pido al Gobierno que se preocupe porque después del trasplante somos útiles”, dijo Esla Rivas, paciente diabética trasplantada hace 15 años, tras una insuficiencia renal.

Por su parte Jorge Prieto, presidente de la Fundación Amigos del Riñón en el Estado Zulia, denunció que hay un colapso de incremento de paciente con insuficiencia renal y que las unidades de diálisis no se dan abasto.

Informó que a nivel nacional hay 15 mil pacientes que necesitan diálisis y unas 3.500 están en el estado Zulia de las cuales 1 500 están en espera de un riñón.

“Varios de los países que lideran en los temas de trasplantes y donación lo deben a las políticas estatales sostenidas en el tiempo”, dijo hoy a Efe el médico colombiano Alejandro Niño Murcia, ex-presidente de la Sociedad de Trasplante de América Latina, en el Día Mundial de la Donación de Órganos y Tejidos.

De acuerdo con cifras del Registro Latinoamericano de Tras-

plantes citadas por Niño Murcia, en la región son líderes Cuba, con una tasa de 13,9 donantes por millón de habitantes (dpmh), seguido de Argentina y Brasil, con 13,6, y Uruguay, con 13,2.

En un plano intermedio se ubican Colombia (8,4 dpmh), Chile (6,7), Costa Rica (7,1) y Panamá (6,4).

Mientras en los últimos lugares están Ecuador (3,9), México (3,5), Perú (2,6), Venezuela (1,7) y Guatemala (0,9).

Estos datos contrastan con los del líder mundial, España, que reportó 1.851 donantes y 4.769 órganos trasplantados en 2015, con una tasa de 40,2 dpmh y 100,7 trasplantes por millón de habitantes.

El registro que gestiona la Organización de Trasplantes de España con apoyo de la Organización Mundial de Salud (OMS) reportó en agosto que en 2015 se trasplantaron 119.873 órganos en el mundo, 15.431 de ellos en Latinoamérica.

Uruguay destaca en la región con las tasas más altas de donación desde el año 2000, dijo a Efe el coordinador del Instituto Nacional de Donación y Trasplante, Raúl Mizraji, quien lo atribuyó en parte a ley de consentimiento presunto, en la que todo uruguayo se considera donante a menos que se exprese su oposición.

En Argentina, que además reportó en 2015 la mayor tasa de trasplantes por millón de habitantes en la región, hay 7.941 pacientes en lista de espera y este año se han realizado 1.020 trasplantes.

Brasil presentó en el primer trimestre del año, según la Asocia-

ción local de Trasplante de Órganos, una “recuperación” en la tasa de donantes, que pasó de 13,1 dpmp a 14, aunque se espera llegar a 16 este año.

En Colombia, donde en 2015 hubo solo 195 donantes para 2.256 personas de la lista de espera, la ley es de presunción, por lo que las personas fallecidas se convierten en donantes automáticamente si no manifiestan en vida y por escrito su oposición.

En Chile, en 2015 se realizaron 321 trasplantes, con 120 donantes, tendencia que José Manuel Palacios, vicepresidente de la Sociedad de Trasplante chilena, atribuyó en septiembre a la dificultad para identificar potenciales donantes y la negativa familiar a ceder órganos de sus seres queridos.

En Costa Rica, donde en 2015 se realizaron 315 trasplantes, se destaca la prohibición de que la familia del receptor conozca la identidad del donante y viceversa.

En Panamá, durante este año se han realizado 98 trasplantes, entre ellos 10 hepáticos, 31 de células hematopoyéticas, 46 renales, 10 de corneas y uno de corazón.

Y en El Salvador, la donación de órganos y tejidos se limita a riñón de donante vivo, cornea, hueso, piel, transfusiones sanguíneas y de fluidos.

Hace tres años se aprobó en Nicaragua una ley que permite donar órganos cuando los donantes vivos están “relacionados genética, legal o emocionalmente” con los receptores.

De los países con las tasas más bajas de donantes, en Ecuador, 1.926 personas han recibido un trasplante en los últimos cinco años y en lo que va de 2016 se han realizado 545 con éxito, un 116 % más que en el mismo periodo de 2015.

En ese país los trasplantes son cubiertos por el Estado y los ecuatorianos mayores de edad se convierten en donantes de forma automática al morir sino expresan lo contrario en vida.

En Bolivia, donde entre 2013 y mayo del 2012 se practicaron 126 trasplantes renales gratuitos, la ley contempla que se pueden donar órganos y tejidos en vida y ya se comenzó a aplicar un programa con donantes cadavéricos, siempre que exista un consentimiento en vida y otro posterior de los familiares.

En México, en lo que va de 2016 se han reportado 2.747 trasplantes de córnea, 2.284 de riñón, 151 hígado, 26 de corazón, 3 de páncreas, uno de pulmón y otro más de riñón-páncreas.

Paraguay tiene una tasa de donantes de 3 por cada millón de habitantes y más de un centenar de personas están en lista de espera.

En Perú, 6.000 personas están a la espera de un órgano y las cifras más recientes, de 2014, señalan que en ese año se hicieron 592 trasplantes.

Y en Venezuela, se estima que hay aproximadamente 5.000 personas que esperan por trasplantes y existe también una ley de presunción de donación para quienes se les declare muerte cerebral.

*Notas de apoyo extraídas de diversas páginas web, utilizadas como fuente de investigación por el autor para darle basamento real a su historia ficticia. Se hace la siguiente acotación bajo la ética respectiva y por lo tanto, cualquier lector que haga enlace en cualquiera de las palabras expuestas en el epílogo, puede acceder a las mismas y disponer de los datos utilizados en esta novela.

Atentamente: El autor

Todos los derechos reservados para Barralibros. Editores

Barralibros@gmail.com

www.barralibros.es

